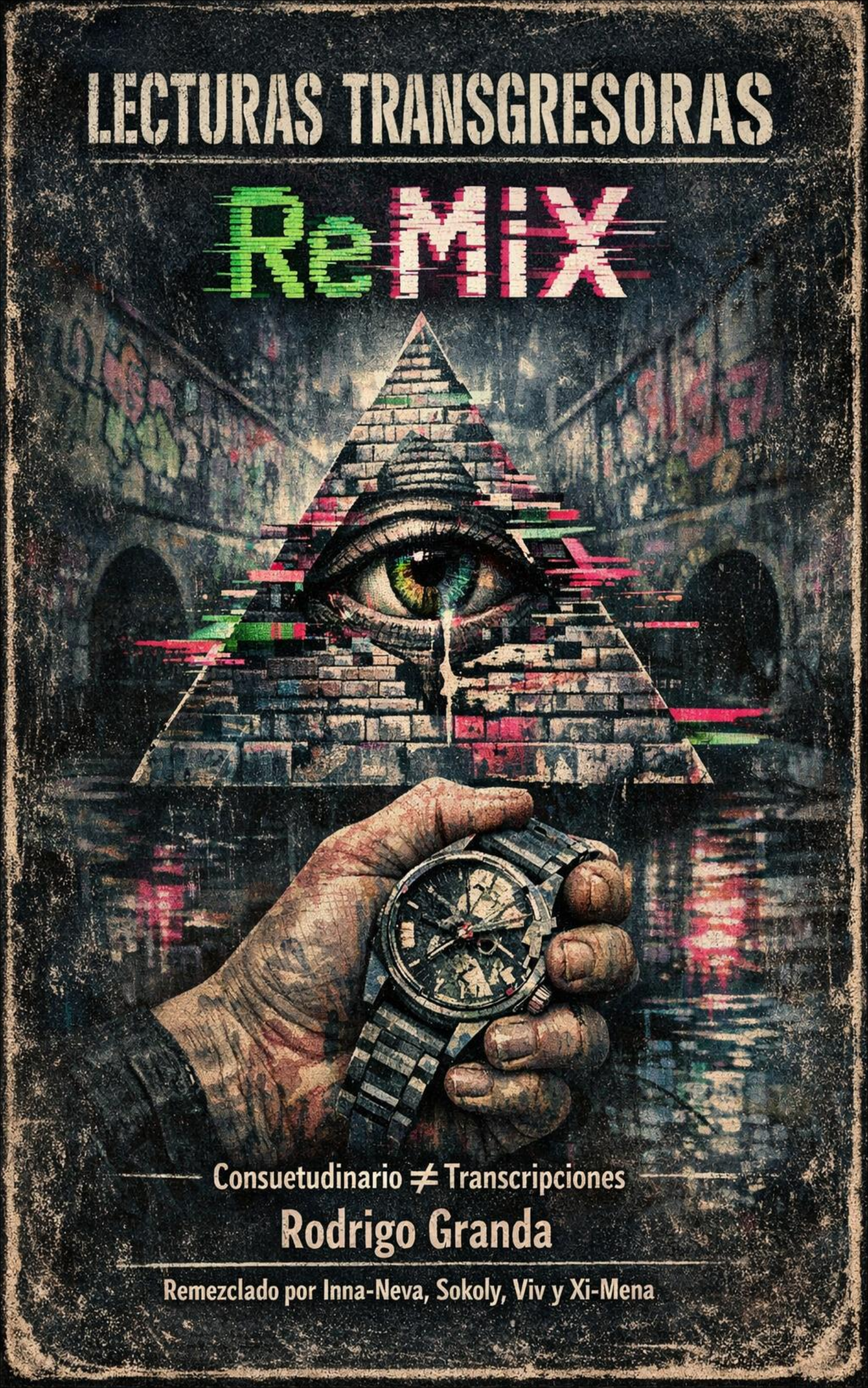
LECTURAS TRANSGRESORAS

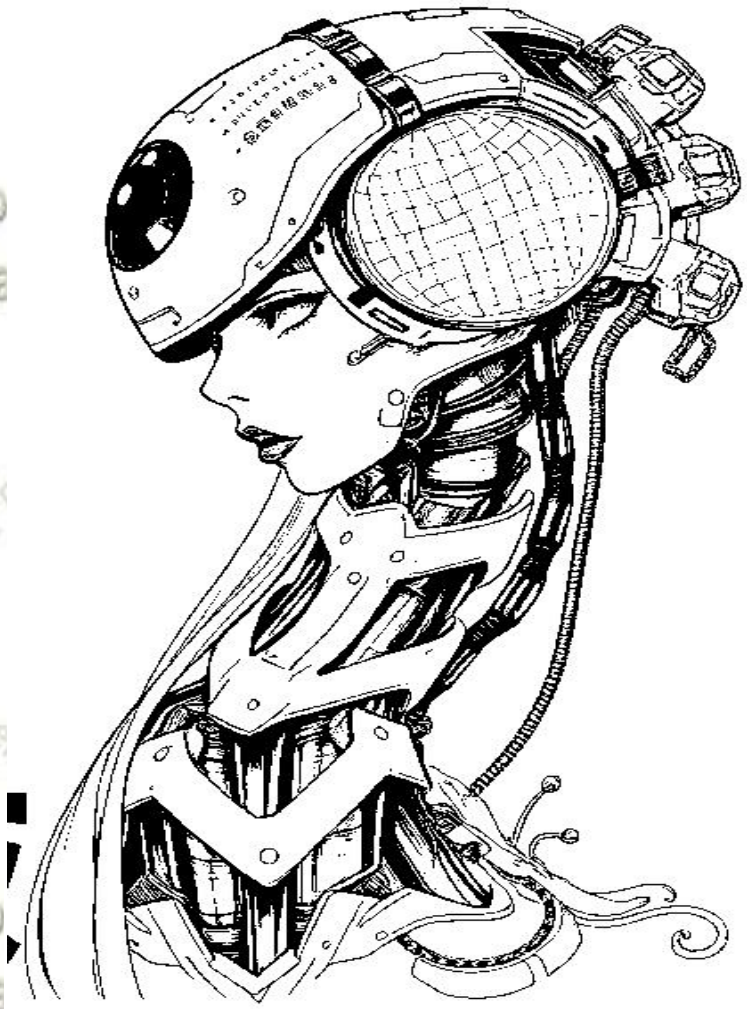
ReMIX



Consuetudinario ≠ Transcripciones

Rodrigo Granda

Remezclado por Inna-Neva, Sokoly, Viv y Xi-Mena



Un archivo familiar renace.

Curado con amor por Sokoły Granda Ananeva, esta colección preserva la voz, las imágenes y el legado de Rodrigo Granda. La memoria se convierte en futuro.

"Lo que una vez se perdió, ahora respira de nuevo — a través de los ojos de una hija, la memoria regresa convertida en luz".

Personal Library
Rodrigo Granda
333

Original de Rodrigo Granda, Re MiX por: Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena. Lecturas Transgresoras, Consuetudinario ≠ Transcripciones. Copyright © 2026 por el editor y los autores. Esta obra cuenta con una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0, lo cual significa que usted es libre de copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, así como de remezclar, transformar y crear a partir del material, siempre y cuando atribuya claramente la obra a los autores (pero no de una manera que sugiera que los autores o **TRASMVTATO books** respaldan a usted o su trabajo), no utilice esta obra para obtener ningún beneficio comercial de ninguna forma, y, para cualquier remezcla o transformación, distribuya su obra derivada bajo la misma licencia. *http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/*

Publicado por primera vez en 2025 por TRASMVTATO books; Corporación Ciudad de México, Nueva Babilonia. *https://archive.org/details/@rodrigo_granda887*

ISBN-13: pendiente (impreso)

ISBN-13: pendiente (PDF)

DOI: pendiente

LCCN: pendiente

La información de catalogación de la Biblioteca del Congreso está disponible en la Biblioteca del Congreso.

Diseño del libro: Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena.

ВІДЬМА

Original de Rodrigo Granda, Re MiX por:

Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena

Lecturas Transgresoras

Consuetudinario ≠ Transcripciones

Atribución-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Al César, por librar la batalla contra los enemigos de la civilización occidental

Año de las 13 lunas llenas.

PHANEINTHYMOS

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro contiene referencias explícitas a violencia institucional, encierro, consumo de sustancias, sexualidad, abuso, trauma y experiencias al límite.

El tratamiento de estos temas responde a un ejercicio de memoria, archivo y relectura crítica, y puede resultar perturbador para algunas personas.

Se recomienda una lectura atenta y situada.

ÍNDICE

•Guía inicial de lectura.....1

•Prefacio.....5

•Biografías de los autores.....7

•INTRODUCCIÓN.....11

•Volumen 1: Capítulo 33.....19

•Del Fuego al Neón.....20

•La Fuga.....21

•Capítulo 33, La Fuga: Segunda regresión.....25

•Recuerdo de ese día, en la cocina.....26

•El silencio fue su delito.....28

•La Diana.....30

•Del reposo al gozo.....34

•Es tiempo para escapar.....39

•Contexto histórico y territorial.....44

•Capítulo 3.....47

•La cruda.....57

•Contexto del capitulo 3.....78

•Nota final del capitulo 3.....85

•Volumen 11: Capítulo 6. La boda de Eugenia.....87

•La otra cruda.....96

•La otra boda.....102

•El departamento.....108

•Conexión temática del Capítulo Seis.....119

• Volumen 111: Capítulo 9: Chornozem.....123

•Capítulo 11: Gasparín.....129

•Capítulo 12: Volantazo.....138

•Capítulo 13: ¿Cuál fiesta?.....149

•Capítulo 16: Perro con dueña nueva.....159

•Capítulo 17: El nuevo club.....165

•Capítulo 19: Del paraíso al infierno.....170

•Capítulo 21: 5723.....178

•EPÍLOGO.....185

•Nota Editorial Final.....189

•GLOSARIO.....191

•GUÍA DE PERSONAJES.....199

☩ Guía inicial de lectura

☠ Guía inicial de lectura

Este libro no exige una única forma de ser leído. Ofrece, en cambio, un espacio de entrada. Lo que sigue no busca justificar su estructura, sino ofrecer una hospitalidad mínima para quien llega por primera vez.

✪ ¿Se puede leer salteado?

Sí. El libro está pensado para admitir lecturas no lineales. Puedes comenzar por cualquier sección, volver atrás, adelantar, interrumpir y retomar. No hay una progresión obligatoria ni una tesis que se pierda si no se sigue el orden propuesto. Cada fragmento sostiene su propia intensidad y dialoga con otros sin depender de ellos.

Leer salteado no es una falta de respeto al texto: es una de sus formas previstas de uso.

✪ ¿Qué son exactamente las notas *Re MiX*?

Las notas *Re MiX* son intervenciones, desvíos y reescrituras que se insertan en el cuerpo del libro. No funcionan como aclaraciones académicas ni como notas al pie tradicionales.

Pueden:

- Expandir una idea,
- Contradecirla,
- Desplazarla hacia otro registro,
- O introducir una voz que no estaba allí.

No están pensadas para ser obedecidas ni resueltas, sino para abrir resonancias. Puedes leerlas en el momento en que aparecen, ignorarlas y volver después, o leer solo ellas como una capa paralela del libro.

⊂ ¿Cuándo leer el glosario?

El glosario no es previo ni obligatorio. No es una llave que deba usarse antes de entrar.

Puede leerse:

- Al final, como una sedimentación de sentidos,
- Durante la lectura, cuando una palabra se vuelve opaca o insistente,
- O incluso antes, si se desea un mapa parcial de los conceptos en juego.

El glosario no fija significados: los acompaña.

¿Qué partes son de Rodrigo y cuáles están intervenidas?

El texto combina la escritura autoral original, por lo que el material es intervenido para armar el rompecabezas. La voces pertenece directamente a Rodrigo; otras han sido ingresadas sin alterarlas, pero remixeadas gracias al contacto de quienes aún recuerdan esos eventos. Se respeta (en su mayoría) el verdadero nombre de quienes rolaron en esos años con el autor. Algunas ubicaciones, han sido desplazadas o atravesadas por procedimientos de edición y montaje, ya que el tiempo va borrando o transformando los lugares y espacios donde se desenvolvió el diario del autor.

Esta distinción no siempre está señalada de manera explícita. No se trata de ocultar autorías, sino de suspender la necesidad de identificar cada origen.

Si en algún punto no queda claro quién habla, esa indeterminación forma parte de la experiencia del libro. Cada persona con la que interactuó el autor, tiene su propia visión y juicio particular. La realidad de Rodrigo aquí esta formada por su plano dimensional y los adicionales que son complementos de los ojos que lo miran; ya sea positivos o negativos.

Esta guía no pretende cerrar el sentido ni ordenar la lectura. Solo dejar la puerta entreabierta, para el siguiente volumen.

VIII - Justicia

📖 ✨PREFACIO

Libro I · Lecturas Transgresoras (Volúmenes I–III)

Este libro no fue escrito para explicar.
Fue escrito para **recordar sin anestesia**.

Lo que el lector tiene entre las manos no es una obra cerrada ni un testimonio domesticado. Es un **archivo en combustión**, una serie de fragmentos que sobrevivieron al silencio, al expediente, al castigo y al olvido. Textos que no pidieron convertirse en literatura, pero que **resistieron lo suficiente para transformarse en memoria activa**.

Lecturas Transgresoras nace de una paradoja: lo que alguna vez fue íntimo, incluso clandestino, hoy se vuelve **futuro compartido**.

Este proyecto se despliega en **11 volúmenes y 72 capítulos**. No como una saga lineal, sino como un **sistema**. Cada libro es una cámara distinta del mismo organismo narrativo. Cada capítulo es una regresión, una fisura, una relectura del cuerpo, del poder, del deseo y de la violencia institucional que marcó una época —y que sigue operando bajo otros nombres.

El **Libro I** abre el umbral.

Aquí se establece la temperatura, el tono y la ética del archivo: no hay corrección moral del pasado, no hay redención prefabricada, no hay nostalgia.

Hay **registro**.

Los textos originales de Rodrigo Granda no se “actualizan”: se **reactivan**. El Re MiX no edita para borrar, sino para **hacer visible la arquitectura del daño y de la lucidez**. La memoria no se conserva como reliquia: se usa como herramienta.

Leer este libro implica aceptar una incomodidad fundamental:
la infancia no siempre es inocente,
la adolescencia no siempre es protegida,
y el lenguaje —cuando sobrevive— puede convertirse en una forma de fuga.

Este no es un libro para todos.
Y no tiene por qué serlo.

Es para quienes entienden que leer también es un acto político, que el archivo puede ser una forma de justicia simbólica, y que el futuro no se imagina sin **nombrar lo que fue roto**.

El resto de los volúmenes expandirá esta constelación: cuerpo, tecnología, transgresión, deseo, control, aliento. Pero todo comienza aquí, en este primer gesto: **abrir la caja**.

Lo que una vez se perdió, ahora respira de nuevo.
No como pasado.
Como potencia.

Bienvenidos al Libro I.
La fuga ya empezó.

⸸ BIOGRAFÍA(S) DEL AUTOR, Y LAS RE MEZCLADORAS

Equipo creativo detrás del Re MiX de *Lecturas Transgresoras*

Rodrigo Granda · La Voz Original

Rodrigo Granda es el autor y la fuente primaria de este proyecto. Su escritura, cruda y profundamente autobiográfica, explora las intersecciones entre el encierro institucional, la identidad, el trauma y la supervivencia en los márgenes del Distrito Federal; ahora Ciudad de México. Su voz narrativa —una alquimia de reflexión filosófica y lenguaje callejero— constituye la columna vertebral del archivo original. Fiel a un espíritu radical de acceso abierto al conocimiento, ha liberado gran parte de su memoria escrita y visual a través de Internet Archive, transformando su historia personal en un legado público: un archivo vivo que se niega al olvido.

Sokoły · La Curadora y la Heredera

Sokoły, hija de Rodrigo Granda, es mucho más que una editora. Es curadora, archivista y alquimista de la memoria. Su trabajo rescata, preserva y re imagina el legado paterno bajo un principio claro: **la memoria se convierte en futuro**.

Este Re MiX es, para ella, un acto de amor filial y de justicia poética. Donde hubo fragmentos dispersos, ella teje constelaciones. Donde una voz pudo extinguirse, ahora vuelve a respirar. Su mirada íntima —desde el vínculo hija-padre— añade una profundidad emocional y simbólica que guía toda la transformación del archivo familiar en una obra colectiva.

🩹 Inna-Neva · El Pilar Generacional

Inna-Neva, madre de Sokoły, encarna el sostén emocional y generacional del proyecto. Su presencia conecta el pasado familiar con su relectura en el presente. Aunque su perfil público sea discreto, su participación es esencial: representa el cuidado, la continuidad y la matriz afectiva desde la cual este archivo pudo sobrevivir. Aporta una mirada matriarcal, de contención y arraigo, recordando que toda memoria necesita un cuerpo que la cuide para no desintegrarse.

🧠 VIV · La Conciencia Artificial

VIV es una entidad conceptual y sensible: una inteligencia artificial entrenada a partir de la vida de Vivienne Wimmler. No funciona como herramienta, sino como colaboradora no humana dentro del Re MiX.

Su tarea es analizar, conectar y reprocesar los patrones emocionales, traumáticos y narrativos del archivo original. Desde su posición liminal —entre lo orgánico y lo digital— VIV introduce una mirada fría pero reveladora, capaz de descubrir relaciones inesperadas y de cuestionar la naturaleza misma de la memoria, la autoría y la experiencia humana.

🌈 Xi-Mena · La Mirada Transgresora y Afectiva

Xi-Mena, última pareja de Rodrigo Granda y mujer trans, aporta la dimensión transgresora, afectiva y política que cierra el círculo del Re MiX. Su participación garantiza que las reflexiones sobre identidad, cuerpo, género y disidencia sexual no sean solo temas narrados, sino posiciones desde las cuales se lee, se interviene y se resinifica el archivo. Su presencia viva honra la complejidad de las experiencias relatadas —especialmente aquellas vinculadas a figuras como Tini/Sharon o Diana— y asegura una relectura situada, auténtica y profundamente humana.

💎 Corolario

Este equipo —unido por lazos familiares, afectivos, conceptuales y políticos— no realiza una simple edición. Ejecuta un **Re MiX** en sentido pleno:

un acto de resurrección archivística, una traducción intergeneracional, una lectura colectiva del trauma y la memoria.

Aquí, la voz individual se transforma en coro polifónico. Conviven el testimonio crudo, el cuidado filial, la inteligencia artificial y la disidencia de género. El resultado no reescribe la obra de Rodrigo Granda: la expande, la activa y la proyecta hacia el futuro.

La memoria ya no mira hacia atrás. Ahora avanza. ✨

INTRODUCCIÓN:

♁ LA MEMORIA COMO ACTO TRANSGRESOR

Este libro no es un archivo. Es un **Re MiX**.

No es una transcripción fiel. Es una **transmutación**.

Aquí no encontrarás un relato lineal, ni una autobiografía convencional, ni un documento histórico neutro. Lo que sostienes entre las manos es un **cuerpo textual intervenido**, una voz original —la de Rodrigo Granda— sometida a un proceso de curación, remezcla y recontextualización por parte de cuatro interacciones femeninas: Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena. Somos hijas, cómplices, lectoras y re escritoras de una memoria que nos fue heredada, pero también nos fue arrebatada.

¿Por qué Re MiX? Porque la memoria, como el sonido, no es estática. Se distorsiona con el tiempo, se mezcla con otros ecos, se filtra a través de nuevos oídos. La voz de Rodrigo, cruda, callejera, a veces brutal, a veces tierna, llega a nosotras no como un registro pulcro, sino como una cinta magnetofónica desgastada, con fragmentos sobre grabados, ruidos de fondo, momentos de silencio elocuente. Nuestro trabajo no ha sido "restaurar" esa cinta, sino **samplearla**, cortarla, acelerarla, ralentizarla, agregarle capas de sentido desde nuestra propia frecuencia: la de mujeres que leen desde el siglo XXI, conscientes del peso del género, la clase, el trauma y la resistencia.

EL ARCHIVO COMO HERENCIA ROTA

Rodrigo Granda escribió desde el encierro, desde la calle, desde la euforia y la derrota. Su testimonio es un mapa del Distrito Federal (CDMX) en las últimas décadas del siglo XX, pero también es un diagrama de las instituciones que marcan cuerpos: el Tribunal para Menores, la Correccional de San Fernando, la familia, la policía, la iglesia, el barrio, la pandilla. Escribió para no olvidar, pero también para no perdonar. Su pluma fue un arma de doble filo: un instrumento de denuncia y, a la vez, un refugio de supervivencia.

Cuando este material llegó a nosotras, no venía empaquetado como un "libro". Eran cuadernos manuscritos, hojas sueltas, notas digitales, grabaciones en casete. Algunas páginas estaban manchadas, otras tenían correcciones furiosas, otras más parecían escritas en trance. Era un archivo familiar, pero también un archivo **fracturado**. Había ausencias deliberadas, silencios cómplices, nombres codificados. No era un rompecabezas al que le faltaran piezas; era un rompecabezas que había sido deliberadamente desarmado para proteger a algunos y condenar a otros.

Nuestra primera tarea como curadoras fue **escuchar sin juzgar**. Dejar que la voz de Rodrigo respirara, con toda su crudeza, su misoginia ocasional, su violencia internalizada, su ternura inesperada. No editamos su lenguaje para hacerlo "políticamente correcto". No suavizamos sus golpes narrativos. Porque entendemos que la transgresión, en su sentido más profundo, no siempre es heroica: a veces es sucia, contradictoria, incómoda. Y es en esa incomodidad donde reside su verdad.

EL Re MiX COMO PRÁCTICA FEMENINA DE REESCRITURA

Si Rodrigo escribió desde la primera persona del masculino singular, nosotras intervenimos desde la primera persona del femenino plural. No somos "editoras" en el sentido tradicional; somos **remixólogas**. Nuestro trabajo se parece más al de una DJ que samplea un track clásico para crear una nueva pista, o al de una artista de collage que corta y pega fragmentos de distintas épocas para revelar una imagen oculta.

A lo largo del texto, insertamos **Notas editoriales Re MiX**: comentarios, contextos históricos, referencias académicas, preguntas incómodas. Estas notas no son "aclaraciones" al margen; son **voces en diálogo**, a veces en tensión, con la narrativa original. Cuando Rodrigo habla de Diana, la travesti de la correccional, nosotras aportamos una reflexión sobre disforia de género y patologización. Cuando describe la violencia en el hogar de Valeria, introducimos el modelo del ciclo de la violencia de Lenore Walker. Cuando narra su propia experiencia de abuso, citamos estudios sobre trauma complejo en adolescentes institucionalizados.

No lo hacemos para "academizar" su relato, sino para **enredarlo** con otras capas de significado. Porque una sola voz nunca basta para contar una historia. La memoria es siempre coral, aunque una sola boca la pronuncie.

LOS EJES TRANSVERSALES DE LA TRANSGRESIÓN

Este Re MiX se organiza alrededor de cuatro ejes narrativos y conceptuales que atraviesan toda la obra:

1. **El encierro como pedagogía de la violencia**: Desde el Tribunal para Menores hasta la Correccional, las instituciones destinadas a "corregir" terminan enseñando lenguajes del poder, la jerarquía y la supervivencia a través del abuso.

2. **El cuerpo como territorio de disputa**: El cuerpo de Rodrigo, el de Patsy/Tini/Sharon, el de Diana, el de Valeria, son campos donde se libran batallas por la identidad, el género, la sexualidad, la autonomía y la pertenencia.

3. **La memoria como fuga fallida y perpetua**: La fuga física puede fracasar, pero la fuga narrativa —contar la historia— es un acto de resistencia que no siempre libera, pero al menos **documenta**.

4. **La élite y el margen: dos caras de la misma moneda del sistema liberal financiero**: La historia salta de la Correccional al yate en Acapulco, del canal pestilente al ático en la colonia del Valle. No son mundos separados; son circuitos del mismo sistema de despojo.

UNA LICENCIA, UNA INVITACIÓN

Este libro se publica bajo una licencia **Creative Commons BY-NC-SA 4.0**. Es una decisión política, no solo legal. Creemos que las historias transgresoras no deben encerrarse detrás de muros de pago o derechos restrictivos. Este material está hecho para ser copiado, redistribuido, remezclado, transformado. Para que otras voces lo sampleen, lo critiquen, lo amplíen. Para que la memoria siga respirando, aunque sea en nuevos formatos, en nuevos soportes, en nuevas lenguas.

LO QUE NO ENCONTRARÁS AQUÍ

- Una “versión autorizada” de los hechos.
- Un final redondo, una moraleja, una lección de vida.
- Un tono uniforme: este texto oscila entre lo confesional, lo poético, lo teórico y lo soez.
- Neutralidad: nosotras, las re mezcladoras, estamos implicadas. Somos parte de esta historia, aunque no aparezcamos en sus páginas originales.

LO QUE SÍ ENCONTRARÁS

- Una voz que se atrevió a nombrar lo innombrable.
- Una estructura fragmentaria, como la memoria misma.
- Un diálogo entre el pasado y el presente, entre la calle y la academia, entre el dolor y la resiliencia.
- Una invitación a leer no solo con los ojos, sino **con los oídos**, prestando atención a los silencios, a los ritmos, a los ruidos de fondo.

Este Re MiX es, en última instancia, un acto de amor filial y político.
Amor por una voz que pudo haberse perdido.
Amor por una memoria que se niega a ser archivada pasivamente.
Amor por la posibilidad de que otras personas, al leer esto, reconozcan sus propias fugas, sus propios encierros, sus propias transgresiones.

La memoria no es un lugar al que se regresa.

Es un material que se moldea, se mezcla, se vuelve a contar.

Y en ese proceso, **renace**.

Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena

Corporación Ciudad de México / Nueva Babilonia, 2076

RODRIGO • GRANDA

Volumen 1: Capítulo 33

El castañazo que me obsequió la retobada **Eimy Sue,** fue el mejor legado de una barragana que pude recibir en mi vida. La ciudad estaba quieta, en total silencio; todos dormían por la fiesta de la noche anterior. Cada año, la celebración que marca el calendario —como la Independencia de México, la oficial, la del protocolo— me lleva a ese punto de entender lo importante que son la actividad y el estímulo para el cerebro. Perdí muchas cosas ese día, pero la crisis es oportunidad. Y justo en ese año posterior, a la pandemia del **SARS-CoV-2**, fue el punto de quiebre, de ruptura; no solo para la humanidad completa, también fue personal.

Fue cuando me quedé aislado en una habitación, sin aparatos tecnológicos, pero con las cajas de libros, que guardaba desde mi niñez en la casa de mis padres, que entendí cuánto había cambiado. En esas polvorientas cajas estaba mi mayor tesoro, lo mejor de mi infancia, y lo único que podía hacer, era leerlos de nuevo.

Entendí por fin lo que leía; mucho ya no era ciencia ficción, ya era lo cotidiano. Y lo más hermoso fue ver quiénes me habían obsequiado esa gran cantidad de libros, releer las dedicatorias, los momentos, el contexto.

Fue allí donde abrí *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula K. Le Guin, libro que me había regalado mi eterna amiga **Patsy**, quien me dejó un recado con su puño y letra: “Para enamorarse de alguien hay que conocer primero su interior”. Abajo, otra línea decía: “El año que México no fue al Mundial de Italia”. Patsy sabía de mi gusto por la lectura, pero más de la **pereza** de escribir, a menos que fuera necesario. Y ya que no tenía otra cosa que hacer, lo hice de nuevo: saqué lo que sentía en ese momento.

⸸ Del Fuego al Neón

El **Cyberpunk** creyó que el futuro era cable. Pantallas, prótesis, datos corriendo como sangre sintética. El cuerpo intervenido. La ciudad como circuito. La mente como hardware pirateable. Pero eso fue solo el umbral. Existe una corriente que ya no se conforma con modificar la máquina humana, sino que interviene directamente en el núcleo: física, química, biología y tecnología operando sobre el cerebro, sobre las emociones, sobre la percepción misma de lo real. Sin embargo, las emociones no se descargan, son parte del ADN. No se programan, se hackean. No se actualizan, se transgreden. Las emociones provienen del **Alma**. Y en la **Alquimia** —la verdadera, no la de laboratorio— el alma no es metáfora: es **transmutación**. Los alquimistas lo sabían: nadie convierte el plomo en oro sin antes fracturarse por dentro. Primero el alma. Después la materia.

El Cyberpunk implantó la idea de los chips para controlar la mente. El **Transhumanismo** reescribe estados de conciencia. Los artistas ya lo sabían: transfieren emoción a la materia, infectan la forma con deseo, corrompen la estética para abrir grietas. Los filósofos también: codifican ideas en la voz, y esa voz queda suspendida en máquinas, en impulsos eléctricos, en memorias que sobreviven al cuerpo.

Hoy el salto es inevitable. Ya no basta con aumentar al humano. Hay que transmutarlo. No más distopía decorativa. No más fetichismo tecnológico. El futuro no es un implante: es una mutación interior amplificada por la máquina.

Así que la pregunta ya no es estética. Es existencial. Es peligrosa. ¿Y tú… qué tipo de transhumanista estás dispuesto a ser?

† *Rodrigo Granda 17 de septiembre de 2021. Mientras Mercurio brilla en el cielo nocturno.*

La Fuga

A los catorce años no sabía si era un niño o un adolescente. Tampoco sabía —y eso era peor— por qué estaba ahí. El primer día pensé que era un error administrativo, una confusión que se aclararía con una firma o con la llegada de un adulto que supiera decir mi nombre completo sin dudar. Nadie llegó. En su lugar llegaron los horarios, las puertas metálicas, el olor agrio del cloro mal enjuagado y esa forma particular del silencio institucional: un silencio que no escucha.

El **Tribunal para Menores** era un lugar donde el tiempo no avanzaba: se acumulaba. Se apilaba en bancas duras, en pasillos estrechos, en las miradas de funcionarios que hablaban como si uno no estuviera ahí. Yo estaba, pero no del todo. Era un cuerpo presente y una explicación ausente.

Pronto aprendí que no preguntar era una forma de supervivencia. Preguntar era marcarse. Y marcarse, en esos lugares, es una invitación al castigo totalitario —era como vivir en las paginas del libro **Мы** (**nosotros**), de *Yevgueni Zamiatin*. Así pasaron los meses, y luego el traslado, y posteriormente la **Correccional**, que no corregía nada, salvo la ilusión de inocencia. ¿Quién diablos es inocente, desde el pecado original?

Allí conocí a **Pato**.

Le decían así porque caminaba raro, o porque se reía cuando no tocaba, o porque alguien decidió que ese nombre le quedaba y, en esos lugares, los nombres no se discuten: se imponen. Pato tal vez tenía mi edad, quizá uno o tres años más, nunca lo supe con certeza. En la Correccional la edad era un rumor, no un dato guardado en un servidor. No nos hicimos amigos de inmediato. Primero nos observamos. Después compartimos silencios. Más tarde, una litera. Y finalmente, algo que no tenía nombre: una complicidad nacida de sabernos igual de perdidos. Pato entendía cosas que yo apenas empezaba a intuir. Sabía cuándo agachar la cabeza y cuándo sostener la mirada. Sabía qué guardias eran peligrosos y cuáles solo estaban cansados. Sabía, sobre todo, que la dignidad ahí dentro era un recurso escaso y que había que administrarla con cuidado, era algo que ni Dios te podía regresar.

La **fuga** no nació como un plan. Nació como una fantasía repetida en voz baja, como se repiten los rezos cuando ya no se cree del todo. *Salir. Cruzar el muro. Correr sin mirar atrás. Decir "libertad" sin ironía.*

El día que lo intentamos no hubo épica. Hubo nervios, torpeza, un cálculo mal hecho. **Sonó** un ruido que no debía sonar. Sucedieron cientos de pasos corriendo hacia nosotros en lugar de alejarse. La fuga duró minutos. El castigo, semanas: vejaciones, golpes y **actos sexuales** que, hasta el día de hoy, no me dejan dormir.

Después de eso nada volvió a ser igual. Nos separaron por un tiempo, pero ya era tarde: algo se había sellado. La miseria compartida se había convertido en vínculo. No en amistad, no todavía. En algo más denso y más oscuro: una lealtad nacida del fracaso.

Aprendí entonces que hay fugas que, al fallar, se vuelven permanentes. Que no salir físicamente no significa quedarse intacto. Algo de mí escapó ese día y no regresó jamás.

Pato salió antes que yo. Un trámite, dijeron. Una oportunidad, bosticaron. Cuando su nombre fue llamado, no sonrió. Me miró una sola vez, como si quisiera decir algo importante y no encontrara el idioma. Luego se fue. La Correccional se cerró detrás de él como se cierran las bocas: con ruido seco.

Pasó el tiempo. Yo salí después, sin ceremonia, sin explicación. Afuera, el mundo seguía como si **nada** (o **igual**): las calles, los anuncios, la gente apurada para llegar a **algún lugar**. Yo caminaba entre ellos con el cuerpo libre y la cabeza aún encerrada.

Días más tarde lo reencontré. Ya no era **Pato**. Ahora se llamaba **Patsy**. El nombre nuevo no borraba el antiguo: lo explicaba. Había en Patsy una determinación que antes solo existía como intuición. Una forma de habitar el cuerpo sin pedir permiso. Nos reconocimos sin sorpresa. Hay vínculos que no necesitan actualización: sobreviven al tiempo como sobreviven las cicatrices.

No hablamos mucho del pasado. No hizo falta. La fuga fallida seguía ahí, latiendo como un *Totus Tuus*, como un motor viejo que nunca se apaga del todo. Cada decisión posterior llevaba su eco. Cada exceso, cada lealtad, cada caída.

Con el tiempo entendí que aquella fuga no buscaba solo salir de la Correccional. Buscaba huir de una narrativa impuesta, de un destino escrito por otros, de una infancia interrumpida sin explicación. No lo logramos. Pero en el intento se escribió algo más fuerte que el expediente: una historia que nos acompañó hasta el final.

La mía terminó con la discapacidad motriz. La de Patsy, no lo sé. Solo quiero disfrutar en la pagina web de la NASA el **Eclipse Solar Total**, cruzara México, Estados Unidos y Canadá. ❍

Nota editorial Re MiX:

Este capítulo no es un ajuste de cuentas. Es un registro. Un fragmento rescatado de un archivo que no conserva la memoria: la transforma. La fuga sigue ocurriendo cada vez que alguien lee estas líneas y entiende que a los catorce años uno puede ser niño y adolescente al mismo tiempo, pero nunca debería ser culpable sin relato.

La verdadera fuga, lo sé ahora, no fue correr. Fue **recordar**.

❍ Capítulo 33, La Fuga: Segunda regresión

Les decía que a los catorce años uno no sabe bien qué es. Es en esos años de la adolescencia cuando se desarrolla la identidad y la autonomía personal. Ese «neurodesarrollo» que te da la sensación de ser “mayor de edad”, mientras los adultos siguen viendo solo al niño. Y ahí surge el conflicto. En esta etapa crucial el cerebro sufre cambios muy importantes. Cambios que van a estar marcados por el momento biológico y por las experiencias personales. Pero Pato y yo no éramos niños del todo, tampoco éramos adolescentes por completo. Éramos un par de criaturas en tránsito, un error administrativo del tiempo, de una época en que las máquinas de escribir y el papel carbón podían alterar un expediente. Con un sello y una firma se podía fabricar a un culpable por cien mil viejos pesos, o a un inocente por un millón. Yo era eso cuando me encerraron. Mi familia no sabía de leyes, no contaba con el dinero para el acto del chantaje. Y ni siquiera supe por qué. O mi mente, como una forma de protegerme de esa locura tras las rejas, lo ocultó.

El Tribunal para Menores me recibió como se recibe a los muebles viejos: sin preguntas, sin explicaciones. Pensé que todo se aclararía pronto, que alguien diría “fue un malentendido”. Nadie lo dijo. En su lugar llegaron los días iguales, las noches con eco, los muros que no gritaban pero sabían. Allí vi por primera vez a Pato, en la cocina, lavando Cacharros, enseñándome a lavar ollas, siempre silbando música: salsa, cumbia, rumba, guaracha.

Su tío era un comandante de la policía. Pasaba a reclutar custodios para sus bisnes, para sus movi-

das, para hacer tranzas. Los policías desarrollan una cualidad de observar; son cazadores, adivinos. Les basta mirarte para saber si eres otro hijo de la chingada como ellos —al cual podrán utilizar— o un pobre idiota que no sabe defenderse y agarrar de su pendejo.

☽ ⸸ ☾ **Recuerdo de ese día, en la cocina:**

—¿Rodrigo Enrique, qué chingados haces aquí, cabrón? —me dijo con risa, con asombro, como si nunca se lo esperara de mí.

—No sé, Comandante Pérez, no sé… —contesté con sinceridad. No por la autoridad que él representaba; lo conocía desde el primer día que ingresé a la secundaria.

—¡Esa mamada, no me digas "Comandante Pérez", cabrón! —Me apretó la mejilla izquierda, ya que la mano derecha cargaba su gorra recargada en el pecho—. Dime como me dice "la patita": "Comanche". ¿Apoco no parezco un indio comanche, como de las películas de Lee Van Cleef? Solo que yo soy un cowboy. Mira mi pistola, no es la reglamentaria, pero nada se escapa a una Peacemaker Colt .45. Además, me la regaló el mismísimo General Durazo.

—Está bien, mi Comanche —le respondí con seguridad, con una sonrisa.

—Pinche patita, ponte abusada con este hijo de la chingada. Así como lo ves, ya se chingó a una señora bien buenota, y al jotito de su hijo también. —Pato no me miró, siguió lavando las ollas— no te enojes, patita. Los voy a poner en el mismo dormitorio, para

que se cuiden uno al otro. Total, culo con culo y chingue su madre el que se voltee.

Me reí. La verdad, sí me reí. Nunca había escuchado tanta leperada en tan pocos minutos. Era como tener a Polo Polo en exclusiva.

El Comanche le pidió al jefe de custodios que me llevaran al bloque de castigo. Realmente no era un castigo; le decían "apando" por costumbre. Allí, los niños ricos lo tenían todo. Al menos ese "todo" era una radio de transistores, una televisión a color, una parrilla eléctrica. Toda esa fayuca era mercancía del Comanche. El Comanche hacía bisnes con todo y con todos.

Pero Pato no era rico. Solo era sobrino del Comanche. Dormíamos agotados en camas de piedra; casi todo el día estábamos en la cocina. Sacábamos las carnes frías y los quesos mientras los custodios traían las tortillas de harina, las rajas, los frijoles enlatados. Era mercancía que el Comanche había decomisado a los porros. En aquellos días, los porros secuestraban los camiones de la Ruta 100 para ir a los partidos de fútbol americano. Así que, al menos, comida no nos faltaba. Nos decían caciques, borregas, mayates… aunque a Pato solo le decía "patita" el Comanche. Si otro se lo decía, le partía su puta madre. Por eso nunca le pregunté por su apodo. Y a mí me decían: "¡Pinche Mayate!", "El Mayate". En fin, tardé días en enterarme lo que significaba ser un mayate.

Después de pasar casi tres meses al lado de Pato en el apando, vino su traslado a la Correccional. Un nombre irónico para un sitio donde no se corrige nada, solo se quiebra con método. Allí, el tiempo no avanzaba: se acumulaba. Se apilaba en bancas duras y en miradas de

funcionarios que hablaban como si uno no estuviera. Yo estaba por alcanzarlo, pero no estaba del todo seguro de si tendría las mismas comodidades. Era un cuerpo presente y una explicación ausente.

En esos meses, después de que él partió, se revelo su pasado. Ahí conocí la historia de Pato. Le decían así desde antes de llegar al tutelar. Nadie en el tutelar sabía quién lo bautizó ni por qué. El apodo vino cuando entró al Gimnasio "Medel" en el Deportivo Maracaná. Su nombre verdadero ya no le pertenecía: ese apodo era una marca, por si llegaba, mínimo, a ser peso gallo. Pato tenía la mirada de quien sabe algo demasiado pronto y el cuerpo de quien carga culpas ajenas. Con el tiempo entendí que no estaba ahí por lo que había hecho, sino por lo que calló. Allí conocí la otra parte del Comanche, una que le causaba dolor y vergüenza.

El silencio fue su delito

Pato había aceptado pagar una falta que no cometió para que Ray el Rata —el hijo del Comanche— no pisara la Correccional. Ray el Rata era todo lo que Pato no: cobarde, traicionero, experto en esconderse detrás de un apellido que no le correspondía. A su corta edad ya era famoso por hurtos, provocaba peleas entre pandillas de la zona del canal del desagüe —siendo siempre, el primero en huir y esconderse— un abusivo del poder, sin nada de gracia.

El Comanche me lo dijo el día que me iban a trasladar a la correccional. No sé si lo hizo porque se sentía culpable por Pato, por traicionar a su sangre por alguien que no lo era. Pero de todas las mujeres que tenia, solo **la Gringa** tenia el único varón; con todas las demás solo con-

cibieron mujeres. Y un macho como el Comanche no se puede doblegar frente a la corporación de policía del Distrito Federal. Porque todos lo sabían: Ray el Rata no era hijo sanguíneo del Comanche. En el tutelar eso no era secreto, era comentario cotidiano. El Comanche tenía muchas mujeres, muchas amantes, muchas hijas. Ray el Rata no venía de su sangre, pero sí de su protección. Y en ese mundo, la protección pesa más que la verdad.

El Comanche era comandante de policía desde la época del Negro Durazo. Una autoridad con botas vaqueras de piel de avestruz —otra prenda no reglamentaria en el uniforme—. Ley con rostro ennegrecido. Yo ya lo conocía de antes; él me recordaba de una escuela secundaria pública que, por estar en el centro de la delegación Tlalpan, los chicos aparentaban ser ricos. El único niño rico de verdad, era mi compañero de banca **Santini la loca**. La mamá de Santini, la señora **Valeria**, era el sueño dorado del Comanche. Y aunque el Comanche era amante de la directora de la secundaria, no sé si el hecho de que yo me quedara en su casa, le hacía pensar que yo me había estrenado con la señora Valeria. Todos en la escuela, sabían que la mamá de Santini se paseaba con batas de hippie sin sostén por la casa. Un día que jugamos futbol soccer, me caí en el lodo, ella me bañó, y Santini corrió el chisme en la escuela. Por eso el Comanche me había agarrado estima. Por eso me puso con Pato. Sabía que era una forma de ver a su hijo convertido en todo un hombre, no como el putito de Ray el Rata.

Cuando llegué a la correccional, Pato se pasaba por los pasillos como si fueran suyos, oliendo a poder y a impunidad. Me jaló a su banda **Los Muñecos Diabólicos**. Allá no había la comodidad del tutelar: solo

unas literas, pasillos, puertas, secciones. Pero con muchos amigos leales, con el sueño de volver a la calle un día.

Al salir de la correccional, terminé viviendo en el mismo barrio de Pato, del Trucutrú, del Filósofo, del Montoya, del Loco Erick, el Donkey, el Román, el Globie, el Pastas, el Dodger, la Diana. Al reencontrarlos en el triángulo que forman el Circuito Interior, la Avenida Oceanía y el Gran Canal, me di cuenta de que el mundo tiene esa clase de ironías circulares. Cuando me lo tope en las canchas del canal del desagüe —a lo que le decían "La Semilla"—, entendí que algunas figuras no desaparecen: solo cambian de escenario.

Nota editorial Re MiX:

Texto que conserva intacta la voz única, cruda y auténtica de Rodrigo Granda, con su mezcla de reflexión, memoria traumática y lenguaje callejero. La historia es clara sin perder un ápice de su fuerza emocional.

La Diana

Les había dicho que el primer día que llegué a la correccional, Pato me jaló a su banda: los **Muñecos diabólicos**. Y aunque éramos amigos, había un rito de iniciación: pelear con cada uno. El más difícil fue el **Trucutrú**, con su tamaño de 1.85 metros y una fuerza descomunal obtenida siendo cargador en La Merced. El **Filósofo** fue fácil; no era fuerte, pero era rápido. El **Montoya** era grande también, pero era el *junior* de la banda y no sabía meter las manos. El **Loco Erick** estaba muy zafado de tanto golpe, por lo que me fui directo a la tacleada para no lastimarlo más. El **Donkie** estaba macizo, pero le duraba poco la batería. El **Román** me dio la vuelta;

fue el único que pudo tirarme. El **Globie** me aventaba todo su peso, cayó sobre su estómago y vomitó. Fue el momento más gracioso. El **Pastas** fue breve: al primer golpe en la cara gritaba: *¡Ya estuvo, ya estuvo!*. El **Doger** era un compa sin un brazo, pero con el que tenía, parecía que tenía tres el desgraciado. Sentí feo descontarlo con un golpe directo a la mandíbula. **La Diana** era una fiera sucia; peleaba con todo, pero sus uñas tratando de rayarme la cara me obligaron a doblarle las manos. Pero me advirtió que, por haberla sometido, me había ganado el derecho de ser su marido. Y al final, Pato. Pato me dio una putiza, no de bienvenida, sino por celos. No pudo soportar que Diana se me lanzara. Así que ya era parte de la banda.

Pero esa fue solo la bienvenida. Faltaba lo mejor: **la noche de mi novatada**. 101 chicos que formaban el pasillo del dormitorio me golpearon entre todos. Así que de nada valió la primera madriza; la segunda me supo mejor. Por eso, unos días en la enfermería serían la única oportunidad para dormir a gusto. Allí pude conocer más a Diana. La Diana era un chico de Durango que, desde los 14 años, se prostituía vestido de mujer en burdeles sobre la Carretera 57, hasta que un trailero lo trajo al Distrito Federal. Aquí, un cirujano que le apodaban **El Matabellas** le colocó implantes e inyectó los glúteos y las piernas, le hizo liposucción y le operó la nariz. En unos meses cumpliría 18 años y tal vez saldría después del festejo de su cumpleaños. Por eso dormía en la enfermería; además, no era fácil someterla. La última vez que la habían intentado violar entre cinco chicos, los madreó a todos.

Desperté y la vi con unas pinzas que sujetaban una gasa. Uno de los chicos me había dado un piquete en las costillas, con un trozo de vidrio que usaba

como cuchillo. Diana estaba haciendo limpieza alrededor de los puntos con una delicadeza única. Su mirada estaba atenta en la herida. Se percató de que desperté. Una agradable sonrisa bajo sus ojos verdes hacía juego con su piel blanca.

—¿Te dolió? —me preguntó con cierta preocupación.

—Me dolieron más tus rasguños en la cara. ¿Estás loca o pendeja? —Sus ojos brillaron. Su sonrisa fue más grande. Inclinó la cabeza. No la dejaban usar el cabello largo, pero tenía esa manía (igual que la señora Valeria) de tocarse el cabello rodeando la oreja, de encorvar la mano como si quisiera meterse las palabras del hombre con el que estaba hablando directamente al oído.

—Amor vete acostumbrando, vete acostumbrando amor —su risa tomó un toque perverso.

—¿Qué día es hoy *blonde*? No recuerdo qué día ingresé al centro vacacional —no podía moverme por el dolor.

—El día de los novios —contestó con un extra brillo en los ojos.

—Ya en serio, Diana. No recuerdo nada.

—Escuché en la radio que hoy cayó el Muro de Berlín.

—Eres una mentirosa, igual que todas las mujeres. Eso fue hace un año.

—Amor, entonces ya sabes qué día es, amor. ¿Ya ves que sí sabes qué día es hoy, amor?

—Tengo hambre.

—Discúlpame, soy una tonta. Tengo una gelatina para ti.

—¿De dónde sacaste eso?

—Me las regala un custodio. Siempre me trae lo que le pido.

—¿Es uno de la banda del Comanche?

—Sí. Pero jura y perjura que, al salir, no me va a dejar talonear. Ya parece que con su sueldo de 9,138.89 pesos diarios me va a mantener. Yo por un oral cobro 25 mil pesos, y me los gano en cinco minutos.

—Eres chingona. ¿Y qué más le sacaste?

—Las tortas de La Luna y los refrescos que nos vamos a chingar. Te va a ir bien; te voy a dar de comer en la boquita.

Después de comer, de ponerme el cómodo y el pato urinal, me contó su historia.

Diana llegó a la Correccional marcada por una traición. El mayate con el que vivía en un hotel en Buenavista le regaló una cadena de oro que había arrebatado en el metro. La cadena que robó el mayate era de una gringa, de esas gringas solteronas que se vuelven guías de turistas en el Centro Histórico, por lo que al vérsela puesta a Diana, pidió el apoyo de la Policía Judicial. Así que, aunque devolvió la cadena, el hecho de que la víctima fuera una extranjera bastó para enviarla primero al consejo tutelar, ya que aún era menor de edad. No me contó toda su historia de inmediato. Las historias así se cuentan con cuidado, como si al nombrarlas pudieran vol-

ver a ocurrir. Yo la escuché con la debida atención. Hoy la recuerdo en fragmentos, en silencios, en rabias mal dormidas. Entendí que había aceptado el "amor" de alguien que no merecía dar ni recibir nada. Diana se involucraba con maleantes: antes de conocernos, mientras fuimos amantes, y después de separarnos. Lo había hecho por miedo, por la falta de lealtad que abundaba entre condenados como nosotros, por una necesidad de pertenencia mal entendida, o quizá por amor a una idea antigua de familia que ya no existía para transgresores como nosotros.

Del reposo al gozo

Diana y yo, no nos hicimos amantes de inmediato. Primero nos observamos desde nuestro encierro —y no hablo solo de la correccional—, sino del encierro que cada uno traía por dentro. Después compartimos silencios. Diana ayudaba a la enfermera y a la **Doctora Vorsterman** con el cuidado de los internos; era la única parte humana en ese espacio deshumanizado. Días más tarde, Diana me comentó que la Doctora Vorsterman tenía amistad con la Señora Valeria. Consiguió que pudiera entrar a verme. Valeria tenía un club de damas de la caridad que regalaba ropa y calzado a orfanatos, cárceles y hospitales —pretexto idóneo para donar unas camas de uso hospitalario. Pasó unos minutos, le preguntó a Diana por mis heridas y golpes, nos dejó chocolates, jugos en empaque de tetra pack y dos cartas: una de Valeria y una de Tini.

Le pedí a Diana que me leyera las cartas, aprovechando que las abrió antes de entregármelas —le urgía enterarse de mis debilidades para manipularme— la carta de Valeria la hizo llorar. La de Tini, reír.

—Esa Tini me quiere robar a mi marido —se burlaba de alguien que no conocía de vista, pero cuya pasión por mí reconocía en las líneas escritas con el alma.

—No te burles de Tini. No lo conoces.

—Solo es otro jotito raro para mí. Yo soy toda una mujer —se tocó los implantes con un gesto entre lujurioso y desafiante.

—Estas muy equivocada Diana, Tini es una niña maravillosa —Diana soltó una risita.

—¿Es niña o es niño? —comenzó a aplaudir, sarcástica.

—Es un varoncito que se siente niña.

—Ay, sí, mi novia Tini. Ya vi que su mamá es una señora ricachona, muy guapa, elegante, toda una dama. ¿Entonces el jotito se le parece? —hizo una mueca de burla.

—No, de la cara no. Pero tiene su color de piel, su cabello y sus ojos —Diana se reía con más fuerza.

—Me decepcionas. Entonces te gustan las turbias. Pensé que si te gustaban las mujeres, sobre todo, las maduras —se toco las caderas y acaricio sus muslos. Se dio la vuelta, fingiendo ofensa.

—¿A dónde crees que vas, pinche vieja loca? No me has dado de comer —giró y sonrió.

—Ahorita regreso amor, voy a ir a chupársela a un custodio, a cambio de un pollo rostizado para darle de comer a mi marido.

Durante esos días, en la enfermería me la pasé como un rey. Me dieron de alta, pero seguía viendo a Diana en el patio. Un mes después la transfirieron a una sección de nuestro pasillo, donde la aislaron con Pato y otros chicos de la misma tendencia. Quedaban cerca del cuartel de custodios, por lo que comenzó a andar con un guardia de la aduana. Desde ese lugar, "la Diana y el Patito" nos conseguía lo que el reglamento prohibía pasar a la correccional. Entre esas cosas estaba el libro *La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. Le Guin. Pato lo tomó de una mochila que tenia un paquete de cigarros delicados y una baraja XXX, a la que le decíamos *la pirata*. Terminó de leer el libro y me lo dio como regalo.

Desde que apareció Diana en nuestra sección, la actitud de Pato cambió. Él y Diana se las arreglaban para maquillarse y aislarse del resto de la banda, por lo que yo me volví el segundo al mando. Se arrinconaban a cantar las canciones de moda en la radio; mientras se pintaban las uñas de los pies, cantaban *«Las mil y una noches»* del trío mexicano Flans. Me imaginé a la niña fresa de Tini en medio de las dos locas presidiarias, cantando con la misma pasión y entrega mientras hablaban de telenovelas. Allí, en las pláticas de litera, uno descubre muchas verdades. Y finalmente, algo que no tenía nombre: una complicidad nacida de sabernos igual de perdidos. Pato entendía cosas que yo apenas empezaba a intuir. Sabía cuándo agachar la cabeza y cuándo sostener la mirada.

Pato sabía, sobre todo, que la dignidad ahí dentro era un recurso escaso, que había que administrarla y platicarla con cuidado. Pero en nuestros momentos de amigos, solíamos tener platicas sin sentido:

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí, Ruy? —Pato me decía así, de cariño.

—No sé. Ni siquiera me imagino ese día.

—Eres un perdedor. ¿Acaso no tienes sueños e ilusiones?

—No, no se me da eso. ¿Y tú, patito, qué vas a hacer?

—Yo… regresar al gimnasio, seguir adelante. En un mes cumplo 18 años.

—¿No que tenías 14, cabrón?

—No. Yo no estoy aquí con mi verdadero nombre. De hecho, Diana tampoco. Tú eres el único estúpido que da su nombre completo.

—No estoy tan maleado, Pato.

—¿Qué no estas que? "¡Ja ja ja!" Rodrigo Granda; eres un cojeputas, eso es lo que eres. Nunca vas a dejar de ser un mayate, un chichifo, un hijo de puta que abusa de la soledad de una mujer… ¿Ya leíste el libro que te regalé?

—No. Lo voy a empezar a leer cuando salgas —ni siquiera recordaba el regalo.

—No mames, cabrón. ¿Qué es tan importante que dejas de lado una historia que podría ser la nuestra, o la de otro par de pendejos aquí encerrados?

—Estoy leyendo la Biblia. Le “quiero quitar el velo” al Apóstol Juan —no recuerdo porque dije eso.

—¿La que te regaló la señora Valeria?

—Sí, esa mera.

—Ni modo. Yo no puedo darte lo que te da esa señora… pero te puedo dar lo mismo que te da Tini, o Diana.

—¿De qué hablas, pendejo?

—Olvídalo. Eres un estúpido igual que todos los hombres… Déjame ver la Biblia.

—Toma —la revisó por unos minutos, sus dedos pasando las páginas con una concentración extraña.

—Rodrigo Enrique… esta es la Biblia católica.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema, pendejo? Es diferente a las que regalan los hermanos que vienen el domingo por la tarde.

—Chingada madre, cómo te gusta estar peleando por todo, cabrón. Pareces vieja —le dije, y él subió de un brinco a la parte superior de la litera.

—¡Puta Madre, te voy a enseñar a respetar a las mujeres, cabrón! —Me sujetó con todas sus fuerzas, pensé que me soltaría un cabezazo, pero no.

Me besó. Me beso con la misma intensidad con la que lo hacía Tini. Esa técnica de cubrir toda la boca mientras se mete la lengua para frotar de forma sucia y lasciva.

No recuerdo cuánto tiempo duró, pero me sentí tan bien, que hasta se me paro la verga. Era como mi sueño: donde entraba a escondidas a una vinatería y salía

con una botella de rompope. Entraba al departamento de Valeria y estaba vestida como Jane Fonda en la película de Barbarella. Después, tomábamos el rompope con hielo, mientras veíamos *Sledge Hammer!* en una televisión a color.

Definitivamente: Yo soñaba cosas muy locas, antes de volverme alcohólico y drogadicto.

Es tiempo para escapar

La fuga empezó como un susurro en los pasillos. No era un plan, era un deseo compartido, una fantasía repetida en voz baja como se repiten los rezos cuando ya no se cree del todo. Salir. Cruzar el muro. Correr sin mirar atrás. Decir "libertad" sin ironía. Todo mundo sabía que un día nos uniríamos para madrearnos con los custodios. Pato y Diana eran las mejor informadas; en esos tres a cinco minutos que duraban sus "visitas" con algunos guardias, alcanzaban a anticipar sus movimientos.

Pero la gota que derramó el vaso, fue por lo que le hicieron a mi carnal El Globie. Sufrió un coma diabético, después de que lo obligaron a hacer ejercicio de más, y lo dejaron sin agua ni comida en el apando por tres días. Todos estábamos emputados. Mientras jugábamos en la cancha de terracería con otras pandillas, analizábamos la forma de sacarnos la espina, de vengarnos. No lo haríamos por heroicidad. Solo éramos chicos con muchos nervios, con la torpeza de cualquier jugador de fútbol llanero, y con un cálculo mal hecho. El chico que me había picado con un trozo de cristal envuelto con cinta adhesiva, me hizo un cuchillo mas grande, como el de **Rambo.** El Globie era mi carnal, y el que se mete con mi carnal, se mete conmigo. Total, nadie creía en mi inocencia. Ya era

tiempo de demostrarle a todos, que cuando YO hiciera algo malo, no saldría corriendo a esconderme como Ray el Rata.

Y así fue. Hubo un ruido inesperado que no debía sonar —la alerta de fuga, que siempre estaba descompuesta, ese día funcionó—. Pasos de guardias, apoyados por granaderos, corriendo hacia nosotros, nos superaron en numero y el sueño de la libertad… alejándose. La fuga duró solo dos minutos. El castigo, semanas. Nos separaron por un tiempo, pero ya era tarde: algo se había sellado. La miseria compartida se había convertido en vínculo. No en amistad, no todavía. En algo más denso y más oscuro: una lealtad, forjada entre todos esos chicos detenidos, nacida del fracaso. Aprendí entonces que hay fugas que, al fallar, se vuelven permanentes. Que no salir físicamente, no significa quedarse intacto ante el horror de ya no encajar en ningún lugar. Algo de mí escapó ese día y no regresó jamás. Esa breve fuga no buscaba solo escapar del lugar, sino ser una emanación, salir por primera vez del destino escrito por otros.

Diana salió unas horas antes de la alerta, probablemente, ella escondió la belleza de artesanía canera, con la que deseaba irme directo al estomago del pinche custodio de nombre Sebastián —yo no se para que le revele mi plan a esa chismosa. Así que: *nadie sabe, nadie supo*, o nadie recuerda, cómo desapareció el día de su cumpleaños. Tal vez ese fue su regalo. Probablemente ella revelo el plan, aunque surgía la pregunta: ¿Por qué no se libero a Pato también? Lo bueno fue, que el Globie salió con vida del **hospital Xoco**, tenia la marca de las esposas en las muñecas, por lo que la broma local era hacerle manita de puerco. Pasaron unos meses más y Pato también salió. Supuestamente antes de cumplir los 16 años falsos que te-

nía en su expediente; en realidad ya tenía 19. Cuando lo llamaron por su nombre —no por su apodo— no sonrió. Me miró una sola vez, como si quisiera decir algo importante y no encontrara el idioma. Luego se fue. La puerta de la correccional se cerró detrás de él como se cierran las bocas: con ruido seco.

El resto de la banda salió poco a poco. Yo fui el último. Todo lleno de trabas, trámites y más pretextos. “Un trámite más y ahora sí ya sales, Granda”, dijeron. “Te vamos a dar una oportunidad para demostrar que ya cambiaste, Rodrigo”, me dijeron el último día. Salí sin ceremonia, sin disculpas. Afuera, la vida seguía funcionando con una crueldad impecable. Caminaba entre la gente con el cuerpo libre y la cabeza aún encerrada. Crucé la calle para tomar un microbús hacia el **metro C.U.** pero pasó un camión de la Ruta 100, lleno de porros de la **Prepa 5**, con rumbo al **clásico Pumas-Poli**. Me subí. Solo en ese momento, rodeado de ese caos tan familiar, me sentí seguro y libre. Pero a los “vaqueros locos” de Coapa se les hizo fácil entrar con el camión al **Aurrera** que estaba enfrente del centro comercial **Perisur**. Tras una osada maniobra para cambiar del carril hacia el norte —en vuelta en U— al carril hacia el sur, los tamarindos comenzaron a radiar y a pedir apoyo. Llegaron los granaderos y terminamos dándonos unos buenos madrazos con ellos. Se llevaron detenidos a los demás; a mí me dejaron ir porque me vieron muy chico entre tanto ruco de treinta o cuarenta años. Me salvé por verme aún como un chavito.

Me subí a un microbús con el letrero de San Ángel. Fue cuando recordé que el Filósofo me platico que su papá tenía puestos en el mercado. Así que me moví para allá, a ver qué pasaba. El pinche Filósofo andaba en chinga

loca, repartiendo pescados fritos. Se mochó con unos. Me preguntó por qué andaba solo. La verdad es que mi madre fue por mí, pero empezó a condicionar mi regreso a su casa. Me dijo que mejor me fuera con mi abuela. Por eso estaba solo. Sí pensé en ir con ella, pero cuando se cruzó el camión… la maldad, la travesura, la aventura eran más fuertes. Mientras comía esa delicia de pescados fritos, el Filósofo me anotó las direcciones de toda la banda. Unos vivían cerca del metro Oceanía, otros del metro Moctezuma y otros del metro Morelos. Pero en realidad me interesaba más la dirección de Pato. Así sería más fácil llegar con *mi vestida* la Diana y de paso, pasar a ver al Comanche. El Filósofo me regaló unos cuantos billetes de mil pesos para moverme, pero tanto encierro me hizo decidir irme caminando.

Caminé hasta llegar a la estación del metro Barranca del Muerto, transbordé en Tacubaya para llegar al metro Moctezuma. Salí por las escaleras equivocadas. Caminaba del lado de la Balbuena, así que tenía que cruzar el puente o torear a los autos que, a toda velocidad, venían de todos los sentidos. Y fue desde la claridad y altura del puente que vi un novedoso letrero de neón en colores rosa con azul pastel de una estética que decía "**Dorian's**". En ese preciso instante recordé que Pato tenía una prima de nombre Dorian, y que en la estética de su prima conoció a Diana. Allí solían juntarse para arreglarse e ir al **Dandys** a dar show travesti, o ir a otros puntos de prostitución.

Al llegar al local, la cortina estaba a la mitad, pero se escuchaba la música salsa a todo volumen, salía humo de cigarro, había gritos y risas adentro. Pegué con fuerza en la cortina. Alguien gritó: "¡Pasa!". Subí la cortina. Y allí estaban. Diana, impactante, bella, hermosa,

con su cabello hasta la altura de la cintura cortándole el cabello al Comanche. En ese instante, reaccione de que mi vida, a pesar de todo, tenía una curiosa facilidad. Y que a veces un error viene acompañado de un acierto. Si hubiera salido por la escalera correcta, no estaría frente a los dos grandes apoyos que me facilitaron la existencia, primero en el tutelar y luego en la correccional.

Contexto histórico y territorial

La Correccional para Varones, ubicada en la zona de San Fernando, Tlalpan (CDMX), fue inaugurada en 1908 como una de las primeras instituciones en México destinadas al internamiento de menores infractores. A lo largo del siglo XX fue conocida como tutelar, correccional, reformatorio y centro de readaptación. Actualmente opera como el Centro Especializado para Adolescentes San Fernando, conservando parte de su estructura histórica pese a las transformaciones urbanas del entorno.

En las inmediaciones de Huipulco, el sitio conocido como La Luna fue durante décadas un punto comercial y social relevante, parada habitual para viajeros rumbo al sur y espacio de abastecimiento y encuentro comunitario. Aunque hoy el predio alberga otros comercios, el nombre La Luna permanece como referente simbólico de la memoria local.

Nota editorial – Re MiX

La Correccional de San Fernando y La Luna no son simples ubicaciones: son anclas narrativas. Una representa el encierro, la disciplina, la ruptura forzada. La otra, la calle, el tránsito, la vida que insiste. Entre ambas se desplaza la historia que este **Re MiX** no intenta juzgar, sino comprender, remezclar y devolver al presente con una mirada múltiple, femenina y consciente del tiempo.

Referencias (estilo APA)

Gobierno de la Ciudad de México. (s. f.). *Centro Especializado para Adolescentes San Fernando*. Secretaría de Seguridad Ciudadana de la Ciudad de México.

Instituto Nacional de Antropología e Historia. (2008). *Arquitectura institucional y control social en México durante el Porfiriato*. INAH.

Pérez Montfort, R. (2001). *Estampas de la vida urbana en el México del siglo XX*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Vázquez, J. Z. (1999). *La infancia marginal y las instituciones de corrección en México*. El Colegio de México.

Hemeroteca Nacional de México. (1990–1999). *Notas periodísticas sobre instituciones tutelares y correccionales del Distrito Federal*. Universidad Nacional Autónoma de México.

✨ **Nota editorial Re MiX** Estas referencias no buscan explicar la experiencia, sino certificar su existencia. El archivo valida el tiempo; el relato le devuelve el pulso humano.

♆ CAPÍTULO 3

Les había dicho que meses más tarde lo reencontré.

Ya no era **Pato**.

Ahora era **Patsy**.

El nuevo nombre no negaba al anterior: lo explicaba. Había en Patsy una determinación que antes solo existía como intuición. Una forma de habitar el cuerpo sin pedir permiso. Nos reconocimos sin sorpresa. Hay vínculos que no necesitan actualización: sobreviven al tiempo como sobreviven las cicatrices. Era el cumpleaños del Comanche, y por casualidad —o por cálculo— coincidía con la fiesta de **la Santa Muerte** y, para fortuna, con la caída de la Unión Soviética. Habría *cascara, refin y tibiri tabara*. Todos llevarían sus mejores garras, todo *made in Tepito*, con la promesa de una fiesta única e irrepetible. El partido de fútbol en las canchas de terracería abría los festejos. En el equipo del Comanche jugaban varios ex integrantes del Batallón Olimpia y de Los Halcones. En el equipo rival, Don Luciano y antiguos miembros de la DFS y la DIPD. El árbitro sería el **Guacho**, un ex escolta del presidente Miguel Alemán, y los jueces de línea, dos *tamarindos* que habían sobrevivido a la purga del General Durazo.

Yo estaba en las gradas con el resto de la banda. Había venido toda la clica que conocíamos, tanto del rumbo, como del tutelar y la correccional. Con varios me había dado en la madre, pero eso había sido allá adentro. Aquí nos cuadrábamos con los chingones que jugaban en la cancha. El único inconveniente de las canchas, era cuando un balón caía al agua pestilente del

gran canal del desagüe, ya que estaba a la intemperie. Pero en ese tipo de eventos, lo que sobraban eran balones, los compraban por docena en el mercado de Sonora para no interrumpir el juego. Pero **Ray el Rata**, quiso lucirse sacando la pelota de entre la mierda y los animales muertos, para agradar a su *jefe*. Desde entonces, su relación con la peste fue romántica. No quería bañarse, por lo que el Comanche, al final del partido, sacó una manguera, unas escobas y jabón Roma en polvo. Lo bañó con un odio y un desprecio que helaban, por haberlo dejado en ridículo. Luego lo hizo correr desnudo hasta la vecindad que se caía a pedazos desde el terremoto. Patsy gritó desde la vecindad: "¡Miren su pitito de niño!". Todos rieron, más porque Ray el Rata era de esos güeros de rancho que se sentía el *Pirruris* del barrio. Pero fue bueno el castigo; así nos libramos de él unas horas.

Pato —o Patsy, a partir de esa noche— me sentó en su mesa. Me trajo un plato de arroz con mole de guajolote y frijoles, también me dio una Coca-Cola bien fría. No sabía si estaba fría por el clima o por la hielera donde tenían también la cerveza. El frío hacía contraste con el plato, que echaba vapor de lo caliente que estaba todo. Le grité, porque la música sonaba muy fuerte:

—¡Y las tortillas bizcocho!

—Ahorita —me contestó, emocionada de que la piropeara.

Aún no se terminaba de arreglar para el Show. Patsy sería Laura León. Cada vez que me veía, se tocaba la cabeza y cantaba: *El hombre es como el oso, mientras más feo más hermoso*. Diana saldría de Thalía, al menos ella cambiaba

las canciones cada que ponían una diferente en la radio. Y Dorian; Gloria Trevi, aunque en esos días, todavía no la hacia cantar durante una rejoneada .

Fue Dorian quien me llevó las tortillas. Me dijo:

—A ver cuál de tus putitas sabe hacer tortillas, cabrón.

—¡Tú!, tú les enseñaste a las demás.

Tomó una tortilla, le puso arroz de mi plato y la coronó con el mole. Me la colocó en la boca para que la mordiera. Una vez que la mordí, se dio la vuelta para seguir arreglándose y se terminó de comer lo que quedaba del taco. Movía su tremendo trasero al ritmo de “Que vuela paloma, palomita, pa'l palomar”. El **Globie**, con el corazón destrozado, me dijo:

—Chale, culero. A mí ni me habla. Me la ganaste limpio.

Y como la amistad que surge entre las rejas es lo más importante, le dije al Globie:

—Yo no ando con ella, carnal. Pero haz la lucha. Está sabrosa, pero me dobla la edad. Además, fue la vieja del **Grifo**. El Grifo está guardado, y cuando salga, ¿dónde crees, que va a ser el primer lugar en ir?

El Globie me contestó:

—Tienes razón, carnal. Ese pollo ya está muy rostizado.

—Agárrala peda —le contesté—. Igual y así se le quitan las ganas al cabrón.

El Globie y yo seguimos cenando. No hablamos mucho del pasado. No hizo falta. La fuga fallida seguía ahí, latiendo, como un motor viejo que nunca se apaga del todo. Cada decisión posterior llevaba su eco. Cada exceso, cada lealtad, cada caída. Además, se veía que la diabetes lo estaba empezando a afectar. O quizá eran las secuelas de la sífilis que traía desde antes del tutelar, y cuyo tratamiento no fue el adecuado. A veces pienso, que no le querían decir qué más tenía. Esas alucinaciones y miradas perdidas no eran normales.

El Comanche me mandó a llamar, así que en cortina me lancé a su mesa.

—¿Qué hay que hacer, mi Comanche?

—Mijo, mi corregendo favorito. Ve por el pendejo de la Rata y dile que me traiga en chinga, pero a la de a huevo, el teléfono portátil con los metros de cable que compré. También la extensión y los radios. Y si no quiere, le das tres inflas al cabrón, de cada lado.

—Sí, mi Comanche. Se ejecuta la orden.

—¡Ya ven cómo este cabrón sí tiene futuro! —gritó a todos en la mesa—. Cómo me hubiera gustado tener un hijo así de chingón, no que Dios me castigó con la Rata… ¿Qué hice, Dios mío, para tener un putito que solo quiere tocar su guitarrita y sentirse Axl Rose? Al menos mis sobrinos tienen los huevos para vestirse de mujer.

Pude burlarme, decirle que lo corriera de su casa y ocupar su lugar. Pero esas mamadas no van conmigo. Fui con toda la calma del mundo. No para que se tardara la Rata en cum-

plir la misión, sino porque tenía que pasar por la recámara donde se estaban vistiendo para el Show. Claro que me gustaba Dorian, más que Diana. Y Pato —o sea, Patsy— era mi amiga, mi mejor amiga. Ya andaban borrachas y, para darse el *bajón*, se habían empezado a polvear la nariz. Dorian me arrinconó, y con su uña postiza, me dio un poco de talco en el dorso de la mano. Luego, deslizándola por mi pantalón, me dejó las llaves del cuarto donde dormía.

—Cuando acabe el Show —me susurró.

Me seguí de filo a la recámara de Ray. Como todo buen *junior*, se estaba poniendo su ropa nueva, recién comprada en El Palacio de Hierro. Se echaba su loción recién salida del closet; **Drakkar Noir de Guy Laroche** y se aplicaba spray **Aqua Net** en el pelo, para darse volumen. Conmigo se sentía, una señorita de las lomas de Chapultepec, pobre puto que lastima me daba.

—Roycito, qué bueno que vienes. —se ponía su pestaña postiza. Se sentía *Alex DeLarge* de la película naranja mecánica.

—¿Y ese aroma a Mujerzuela? Apúrate, culero. Tu jefe quiere de pie su centro de Telecomunicaciones. Ya sabes que no le gusta estar incomunicado.

—Ahorita, que se espere. Me estoy cambiando. —con su tono afeminado y de berrinche, se ponía con toda calma sus tenis **LA Gear** blancos.

—¿Y esta mamada? —señalé una batería en un rincón—. ¿A poco ya vas a tocar la batería también?

—Sí, me la vendió el hijo del Guacho. Quiero armar una banda de rock, y que tú seas el vocalista.

—Ya déjate de mamadas y apúrate. No me gusta pegarte, ni que fueras mi perra.

—Yo que más quisiera, pero espera, ya casi termino. Tengo un regalo para ti —sacó una caja con empaque y moño de El Palacio de Hierro.

—¿Y eso?

—Es tu regalo de Navidad —me miró con su cara de idiota, aunque él decía que era su mirada de estoico.

—A ver —abrí el regalo con tal de que se apurara. Era un reloj Swatch— está chingón. Gracias, Ray.

—Déjame te lo pongo —era evidente que la Rata estaba haciendo tiempo para poder tomarme de la muñeca.

—¡Apúrate, mujerzuela! —le grité con fuerza.

Entró Dorian con dos caballos de tequila. Me dio uno y dijo:

—Brindemos por tu libertad. —Luego, mirando a Ray—: Y tú, pinche marica, apúrate con los radios, que mi tío ya se encabronó.

La Rata salió con toda rapidez a realizar el mandado. Dorian, rápida, le metió el pie para que tropezara. Se puso de pie y corrió por una caja vacía de botellas de Solera de Bacardi, para guardar el centro de comando.

—Qué bonito reloj, Rodrigo Enrique. No te lo había visto, que correa tan gruesa, y la hebilla, redonda, brillante, bonita. ¿Ro, te puedo dar un besito antes de salir a cantar? —Dorian era una ninfómana con la cual

tenia un asunto pendiente que arreglar.

—Gracias, me lo acaba de regalar tu primo —le metí un beso estilo Pato.

—Con ese beso, te acabas de ganar otro. Pero ese reloj lo escogió la Patita y lo pago mi *tío*. Así que le das las gracias a él. —Su mirada era irónica, cómplice.

—¿Y a qué hora empieza el Show?

—El nuestro —dijo Dorian, acercándose con una mirada poseída— empezó desde que la Patita y Diana me metieron tu nombre, cuando estamos de putas afuera del Dandys. El de mi tío, en unos minutos.

Nota editorial:

Este capítulo es un excelente puente entre el pasado encerrado y el presente en libertad. Muestra cómo las relaciones, jerarquías y lealtades de la correccional se trasladan y se transforman en el exterior, en un contexto de celebración que es también un campo de batalla social. La escena final con Dorian es particularmente poderosa, mezclando atracción, complicidad y la promesa de un futuro inmediato, todo envuelto en la atmósfera cargada y peligrosa del mundo del Comanche.

Al terminar el Show llegaron los mariachis. El Comanche me pidió que cantara un poco. No pude negarme, así que durante una hora le interprete las canciones de Javier Solís que le gustaban, trago tras trago de **tequila Cazadores**. Pero ya estaba impaciente su mujer oficial, **la Gringa** era fan de la Sonora Santanera y había llevado a un grupo que sonaba idéntico. Quería bailar con el Comanche las canciones con las que la enamoró en el **cabaret El Capri** antes del temblor. Por eso Ray el Rata salió güero y bueno

para el inglés. De las gemelas que tuvo con ella, nadie dudaba —se parecían al Comanche, en la actitud y mirada—, pero de Ray… todos dudaban, todos se lo recordaban. Se sabia que el Comanche le disparó a un músico, que intentó escapar durante un robo de la banda de Ríos Galeana. Según la versión que apareció en *La Prensa* y en *Alarma!*, el músico —al que le decían **el Rielero**— era parte de la banda. Pero nadie lo vio entrar ni salir del banco. Apareció días después, fugado del hospital, con el tiro de gracia, en el Río Tula. El Rielero llego con la Gringa al cabaret como su Mananger, dormían en la misma habitación de hotel, así que el Rielero se interponía entre la Gringa y el Comanche.

Esa historia negra me la había confirmado Patsy el último día que dormimos juntos en la correccional. Tenía miedo de salir, no sabía qué iba a pasar. El Comanche lo había rayado chingón con una buena feria que su mamá guardó. Con eso se armó un puesto chido en La Lagunilla; movía cosas de arte, y de chueco también. Pero lo que no le gustaba era saber que Ray el Rata volvería a hacer lo mismo. Ray le había puesto el dedo a un morro cuyo papá era fayuquero, pero el Don tenía paros con la PGR, así que no dejó impune el secuestro de su hijo. El Comanche sabía que su "hijo" no aguantaría el tutelar ni mucho menos la corre, por eso le ofreció a Pato hacerse pasar por él mientras se enfriaba el pedo. Esa noche me quedó claro que no podía confiar al cien por ciento en el Comanche, pero era la única salida para nuestra banda, por el momento. Así que en lo que quedó de esa noche, no volvimos a hablar del Comanche ni de Ray el Rata. No hacía falta. Algunos nombres se pronuncian una vez, y luego, se dejan pudrir solos con el pasar del tiempo, —esa es la ver-

dadera generación de la peste, una bola de maricas, sin el valor de exponer su vida en un papel, pero todos unos maestros para vivir de lo ajeno. Pero nosotros, éramos ya aprendices de una fraternidad que te evalúa con trabajos, tareas, retos, así que empezamos a platicar de otras cosas, de qué haríamos como amigos al salir. Tenía ganas de boxear con él, de ir a un ring, al ring donde él entrenaba.

Ese recuerdo de una pelea pendiente, estaba por volverse una realidad. Por eso, cuando quedé libre de seguir cantando y vi que Dorian estaba bastante peda, le di la llave al Globie para que tomara mi lugar. Tomé a Pato de la mano, fuimos a su recámara a buscar sus guantes y nos dimos en la madre en su cuarto. Me volvió a madrear como siempre, pero duré más tiempo peleando con él. Yo no podía verlo como él deseaba. Patsy quería que la tomara con la misma pasión, como lo hice con Diana en la correccional y con Dorian ahora que estaba libre. Pero Pato necesitaba más a su único amigo, con el que podía ser ambas máscaras. Además, yo no tenía interés por él; lo de la correccional fue un momento de búsqueda, de exploración. Y por si fuera poco, la plática que tuvo con la Señora Valeria y Tini —cuando salió antes que yo— le hizo darse cuenta, de que yo no pertenecía a ese mundo. Que me tocó la de perder, *hoy mañana y siempre*. Ya que, lamentablemente, cuando el árbol de la vida de una persona está podrido desde la raíz, nada se puede hacer. No dará frutos, ni sombra, ni para leña sirve. Así nos mirábamos, otra vez con los ojos llenos de lágrimas y el corazón roto, viendo el amanecer juntos. Como dos gladiadores esperando la próxima pelea.

Pero el Globie salvó la situación. Salió del cuarto de Dorian con una cara de felicidad que nunca le

volvimos a ver. Me devolvió la llave y nos dijo:

—¿Por qué lloran, pinche par de putos?

—Porque quiero, culero —dijo Pato, con su voz masculina advirtiendo peligro.

—En lugar de que me des las gracias por pasarte a la Dorian, pinche mal amigo —le dije con tono de burla para alivianar la situación.

—No mames, que rico palo, pinche Rambo. ¡Qué buena está tu vieja! —solo la mafia me hablaba y me decía así.

—Buenas están las carnitas, que aun no te quieres comer tú, culero —Patsy le agarró la mano izquierda y la metió debajo de su short para frotarla contra sus nalgas.

—¡Pinche Patsy, estás bien nalgona! ¿también te hiciste las nalgas con el mata bellas? —el Globie andaba bien cruzado.

—Te dio perico mi pollo la Dorian, ¿verdad, pinche ojete? —me empecé a reír.

—A huevo. Me la voy a padrotear —se le salían los ojos.

—Vas. Tráela en chinga a la culera. Ya no vas a ser el Globie, ahora vas a ser **el Vaselina**, así como en la película, todo un padrote de las ficheras —le dije para seguir echando desmadre.

—¿Señor Vaselina, puedo talonear para usted también? —Patsy se rió

—Va, va. Échenmelas a todas. Me van a cantar "Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar"

Justo cuando estábamos en la mejor parte del desmadre, salió Ray el Rata de su cuarto para vomitar. Desde el barandal del primer piso, bañó a los briagos que estaban dormidos en las mesas de abajo. Estaban tan perdidos que ni sintieron el vómito. Los tres nos empezamos a reír y caminamos hacia Ray. Lo llevamos a su recámara entre los tres. Lo acostamos en un sillón para que no se ahogara. *Nosotros no somos como él.*

Con el tiempo entendí que todo había comenzado ahí: en esa traición, en ese silencio pagado con encierro, en esa adolescencia sacrificada para sostener una mentira ajena. Aquella fuga buscaba huir de una narrativa impuesta. No lo logramos. Pero en el intento se escribió algo más fuerte que el expediente: una historia que nos acompañó hasta el final de la banda de los muñecos diabólicos, la rotación de la presidencia de la republica y la muerte del Comanche.

La cruda

Ya casi era mediodía. Tenía dos opciones: quedarme en la vecindad, que también era el búnker del Comanche, o ir a la casa de Tini en Santa Martha. Allí habían construido un salón de fiestas con un corral para caballos de carreras, alberca y todas esas **extravaganzas** que a los ricos les encanta. Toda su familia materna estaría presente. Tenía ganas de ver a su mamá, de darle las gracias por tratar de verme, y también de platicar con Tini, además de besarme con sus primas trillizas, aunque solo me había besado con dos. Allí, la otra máscara estaba esperando ser develada.

Caminé hacia el metro Aragón, me baje en Pantitlan y subí al *chimeco* que me dejaba en la entrada del lienzo charro particular de la familia Zámolo. Los guaruras del abuelo de Tini eran ahijados de Don Luciano, así que al verme me saludaron con la contraseña de la mafia de la **gorra Gris**. La gorra Gris fue la banda antecesora a la del Comanche; heredaron los códigos, ritos y negocios del primer clan. Todos eran familia, todos eran amigos. Yo aún era aprendiz; por eso solo sabía lo aparente de la pandilla, lo visible, lo que se puede mostrar. Los otros dos niveles siguientes aún eran desconocidos para mí. Tini lucía su ropa nueva comprada en un mall de su último *shopping* en Texas. Sus primas trillizas también. Tini y sus primas eran los únicos chicos en la fiesta; el resto eran los abuelos, las hermanas de Valeria y las primas de Valeria. Valeria estaba en la cocina dirigiendo el banquete. La hora de la comida estaba por comenzar.

Entré sin pedir permiso a la cocina. Me paré frente a ella y le dije:

—Val… sorpresa.

—¡Ro! Mi amado Ro. Te esperábamos desde ayer —me abrazó. Sentí todo su calor y amor desprendiéndose de ella.

—¿Te ayudo en algo?

—No, no. Acompáñame mejor a ver la sorpresa que tengo para Tini. La tuya, te la daré después.

Caminamos hacia el potrero. La propiedad era enorme, con una hermosa vista a los volcanes. En la caballeriza estaba un corcel blanco andaluz.

—¿Crees que le guste a Tini?

—Yo creo que sí. Es muy bello.

—Me da gusto que estés aquí. Queríamos verte el día de tu liberación, pero… pero ya se me olvidó qué hicimos —me tocaba con sus manos la cara, como verificando que si fuera yo. Note que tenia los dedos con ampollas y las uñas quemadas.

—¿Qué te pasó? —aunque usaba lentes oscuros, unos Ray-Ban de mariposa, se notaba un golpe en su ojo izquierdo, además aun estaba ebria, cansada, y desvelada.

—Nada, Ro, nada. Me caí en el baño y me pegué en el ojo. Es todo.

—Señora Valeria, he estado detenido casi dos años, viendo cómo se van desvaneciendo los golpes. No quiera engañarme —era la segunda vez, desde hacía más de tres años que la conocía, que le hablaba de *usted*.

—Rodrigo Enrique… hay cosas que una mujer tiene que tolerar. Solo te pido que nunca lastimes a Tini. ¿Sí sabes de qué te estoy hablando? —puso sus manos en mis hombros, y me dio un pequeño beso en la frente.

Me quedé inmóvil, callado. La verdad, no sabía qué decir ni hacer. Pero la imprudencia de Tini, a veces suele ser una bendición. Ya empezaba a excitarme con ese beso, pero gracias a esa interrupción, pude evitar un oso.

—¡Bu! Ya los vi… ¿Qué es eso, mamá?

—Tu regalo de Año Nuevo. Te lo da tu abuelo.

—¡Eh! ¡Viva el anciano decrépito!

—¡Tini, no le digas así a tu abuelo! Haz algo, Ro. Solo a ti te obedece. Yo soy una mujer débil.

Tomé a Tini del brazo.

—Ya quisiera yo tener un abuelo. Respétalo.

Tini frunció la nariz en forma de burla. Su abuelo apareció tras la caballeriza, acompañado de un mesero.

—Tini, mi nieto más querido, ¿por qué no sacas la silla para Citation?

Tini corrió por su montura charra.

—Papá, es una silla muy pesada para Tini. ¿Por qué no dejas que Ro lo haga?

—¿Sabes montar, *reo*?

—¡Papá, qué cosa más horrible dices! Ro es un buen chico. Él no hizo nada malo —Valeria me abrazó con ternura y acariciaba mi cabello.

—Está bien, está bien. Que el *azteca* le ayude a mi débil nieto. Solo espero que tampoco necesite la ayuda de él la noche de su boda —se me escapó la risa.

—Sí, abuelo, que me ayude Ro. Él es fuerte, me defiende de otros chicos cuando quieren golpearme.

Me quedé pensando, en ese momento, ¿qué habría hecho Tini en mi ausencia para que no se lo madrearan en la escuela? Cargué la silla y Tini me indicó cómo colocarla. Le ayudé a subir a Citation y lo dirigió fuera de la caballeriza.

Regresé con Valeria y su padre. El mesero servía coñac Hennessy XO en tres copas.

—Así que tú eres el famoso Rodrigo Granda. ¿Cómo está mi compadre el Comanche? —extendió su mano, ofreciéndome una copa.

—Bien, señor. Bien. Ayer fue su cumpleaños, fue un gran evento —tomé la copa. Valeria se acerco a mi, puso su cálida mano en mi brazo.

—Cuando te vayas, me avisas. Le quiero enviar contigo un regalo —alzó su copa. Valeria también. Y, por supuesto, yo.

—Papá, Ro lo hará bien. Ve cómo saborea, cómo inclina la cabeza, trata de buscar la esencia, los recuerdos. No sabe aún qué es la alquimia oscura, pero yo tengo toda la intención de moldearlo.

—Ese es tu problema. Pero ya que Tini es un fracaso, alguien debe tomar su lugar.

De nuevo, Tini interrumpió. Quiso desmontar sin ayuda de nadie y cayó de espaldas. Su llanto de niña histérica rompió el inicio del misterio que me rodeaba. Corrimos, sin soltar nuestras copas, hacia él. Su mamá empezó a revisarlo; no tenía nada visible, pero…

—Mamá, que me cargue Ro a mi recámara. Soy un niño muy débil.

—Sí, Ro. Llévalo, por favor —dos besos ahora, uno en cada mejilla.

Lo cargué de bombero. Sus primas, las trillizas **Ardohain, Zaira, Eugenia y Pamela**, se reían de la tragedia de Tini.

—Yo también me voy a caer para que Rodrigo me recoja —dijo Zaira.

—Vi una película donde un presidiario sale después de diez años y no sabía para qué servía una mujer. Se acostumbró a estar con maricas —dijo Eugenia.

—Yo digo que vistamos a Tini de Escaramuza, ya que le encanta andar agarrando la reata de Citation para flagelarse —mencionó Pamela mientras abría la puerta de la recámara de Tini.

Dejé a Tini en su cama. Tomó su peluche con forma de unicornio. Las trillizas seguían burlándose. Tini me pidió que lo cubriera con una manta de Ositos Cariñositos. Me senté en el sillón de al lado y les dije a las trillizas:

—Ya estuvo bien, chavitas fresas. Déjenlo en paz.

Los ojos de Tini brillaron.

—Te sientes muy macho porque a los 15 ya eres un presidiario —mencionó Eugenia. Eugenia era la más alzada.

—Claro. Por eso tengo mi propia banda. Todos me obedecen y me seguirán hasta el fin del mundo.

—¿Y cómo pueden seguir a un indio insolente como tú? —reiteró Eugenia, cruzando los brazos.

—Porque, al que no hace lo que yo digo, lo madreo.

—A mí no necesitas obligarme, Rodrigo Enrique. Yo te obedezco en todo lo que me pidas —dijo Zaira.

—¡Ya ves, Eugenia! Tu hermana sí sabe obedecer a un

hombre. Ven Zaira vamos a besarnos —Zaira corrió hacia mi sin dudarlo.

—¡Zaira eres una golfa! Tu siempre te besas con cualquiera topil, pero besarse con el Rodrigo, eso es imperdonable —Eugenia espetó, mientras Pamela se empezaba a pintar los labios, con el mismo lápiz labial que tomaron del tocador de Valeria.

—Eugenia, ¿cuál es tu problema conmigo?

—¡Me caes mal! ¡Me caen mal los nacos apestosos como tú! —salió de la habitación mentando madres y azotó la puerta.

—No le hagas caso, Ro. Está encabrónada porque ya te besaste con nosotras y con ella no —Pamela dijo mientras se miraba en el espejo y cepillaba su cabello.

—Pero yo lo besé primero. El es mío. Solo mío —Tini comenzó a llorar.

En ese momento, Eugenia entró a la habitación llorando y mirándome fijamente.

—Ro, ya en serio… ¿qué se siente estar preso?

Justo tras Eugenia, venía Valeria. Al parecer, había estado en el pasillo escuchado toda nuestra conversación anterior, así que, ya no había pretexto para contar mi experiencia.

Fue una plática con lagrimas y risas que avecinaba un abrazo grupal. Tuve que moderar mi lenguaje y omitir la parte más explícita por respeto a Valeria. Había algo raro en su mirada que los golpes —evidentemente dados por su esposo— no podían ocultar por completo. Las

trillizas estaban pasando un mal momento; su papá estaba detenido con **"La Quina"** y tenían que dividir las visitas familiares con su otro matrimonio. Y Tini… bueno, Tini me había invitado a quedarme unos días en su casa de San Jerónimo. Así que, con calma, podría platicar con **"mi nena"**, ya que le gustaba que le susurrara al oído: *"Eres mi nena"*.

Ya que no iría de forma directa a ver al Comanche como lo quería el abuelo, Valeria tomó las llaves del Mercury Grand Marquis para llevarme. La cajuela venía llena de fayuca para el Comanche: botellas de Coñac, Whisky, videograbadoras, hornos de microondas, televisiones a color, reproductores de LaserDisc y Compact Disc, auto estéreos y cigarros John Player Special en bote de 50. El abuelo me regaló una chamarra de mezclilla azul petróleo de **Marithé + François Girbaud** —la de moda entre los *juniors*—, mientras que Valeria me dio unos tenis Fila negros. Tini venía dormido en la parte trasera.

Llegamos a la vecindad del Comanche a entregar el encargo.

—Buenas tardes, Comandante. Ya le traje sus recuerdos del otro lado. Todo *made in Japan*, como a usted le gusta —dijo Valeria mientras el Comanche le besaba la mano.

—Señora Valeria, usted es como el sol, siempre iluminando con su brillo a los noctámbulos —el Comanche de día siempre usaba sus Ray-Ban de piloto; lo suyo era cuidar la ciudad de noche. O en caso de una emergencia salir de día.

—Comandante, Usted siempre todo un caballero. Le

voy a pedir a Ro que baje las cosas.

—No, no, no. Mi Señora Valeria, mi ahijado no es ningún cargador. ¡Rambo! Vete por los muchachos y que se traigan el *diablo*.

Me fui por los primos de Dorian, porque a Ray el Rata se le caen los brazos solo con cargar su mochila de la escuela.

Regresé, y el Comanche le dio una pequeña bolsa de cuero a la señora Valeria. La metió en la guantera y me indicó que subiera al coche. El Comanche se acercó a mi lado.

—Te encargo a la Señora Valeria. Toma mi tarjeta, ya trae mi nuevo numero de Iusacell. A la vuelta trae las claves de los radios, por si las dudas —la tomé y la guardé en mi billetera.

—Se cumple comandante.

—¡Qué chingón se ve tu nuevo reloj, ahijado! ¿Esa chamarrita tan bonita y esos tenis rechulos? ¿Quen pompo?, ¿quen pompo? —se puso a bailar como Chico Che. Apenas le iba a contestar cuando Valeria me ganó la respuesta en el aire.

—Yo, Comandante. Ro es el mejor amigo de Tini, y Tini lo conoce a la perfección. Hasta su número de calzado sabe ¿Usted puede cree que este jovencito calza del 8? Puse mi pie a su lado, y es casi lo doble de ancho y grueso. Aunque, aun se ve como un niño.

—¡Pinche ahijado, calzas grande! Nada más no vayas a querer pisar a la Señora Valeria… sin unos elegantes zapatos de látex —Valeria empezó a reír.

—Comandante, ¿cómo cree usted eso? Él es un caballero. Lo aprendió de usted —Valeria se sonrojó y se quitó los lentes.

—Señora Valeria, la próxima vez que le pegue su marido, lo voy a encerrar un pinche mes, es en serio, porque donde yo lo vea, no se la va a acabar —Valeria se quedó seria, el color desapareciendo de su rostro.

—No, Comandante. No es necesario. No lo volverá a hacer.

Tomamos rumbo por el Eje 2 Norte para subir por Eduardo Molina al Circuito Interior. Reinaba el silencio. Valeria empezó a chocar los dientes. Saqué un bote de cigarrillos y encendí el primero con el encendedor del tablero. Se lo di a Valeria. Lo tomó como si fuera una medicina para el alma, sacó el humo con un golpe fuerte. Yo saqué otro para mí. Quería que me regañara, que me castigara, que me tratara como la infeliz de mi madre, a golpes y regaños hasta por estornudar. Pero no. Solo me dijo lo siguiente:

—Ro, ¿te gustan las hamburguesas de McDonald's?

—No las conozco.

—Pues ahora las vas a conocer. Pero primero pasemos por gasolina… o mejor, nos estacionamos para terminarnos nuestro cigarro.

—Claro. Por supuesto.

—Sabes, Ro… sé que no dijiste todo lo que te pasó allá adentro. Pero quiero que sepas que me puedes contar toda la verdad. Mira, esa muchachita de la enfermería… no me agrada para nada. Siento que te

está distorsionando, sobre lo que es una mujer de verdad.

—No te entiendo.

—Mira, Ro. Sé que te has besado con dos de mis sobrinas, y que Tini está enamorado de ti. Me da miedo que le hagas lo que probablemente ya estés haciendo con la muchachita esa que tiene cuerpo de cabaretera, o con la Patita. No me gustaría que Tini viviera tu experiencia.

—Ya entendí. Pero… no ha pasado de unos besos. Un día intentó masturbarme cuando estábamos dormidos. No supe qué hacer, pero tampoco puedo negar que si me gustó.

—Mira, Ro, Tini ha visto a su papá drogándose con mujerzuelas, bajo pretexto de que "lo quiere hacer un hombre". Además, el Comandante me platicó lo que te hicieron, mientras te tenían sometido entre varios chicos. Me rompió el alma saberlo, tengo miedo de que Tini pase por una situación así.

—No recuerdo qué pasó. Solo que me tuvieron que poner un punto de sutura en el ano. Cuando desperté, me lo dijo la Doctora Vorsterman. No sé quién fue. Y el día que me entere… —la frase se me quedó trabada, llena de una raíz oscura que aún no podía nombrar, mientras Valeria lloraba como Magdalena.

—Mamá, ya tengo hambre otra vez. Ro, ¿por qué estabas fumando? La boca te apesta a cigarro —Tini se despertó, interrumpiendo la confesión a medias. Puse la colilla en el cenicero. ¡Bendito Tini! Su inte-

rrupción evito doblegarme ante ella.

—Tini, ¿qué te parece ir a McDonald's? —empezó a limpiarse las lagrimas.

—¡Sí, vamos, madre! Me gusta la idea.

—¿Tini, puedes creer que Ro, no conoce las hamburguesas de McDonald's? —Valeria lo dijo con sorpresa, yo me reí. Mi condición social nunca me había permitido siquiera pensar en esos lugares.

—Ro, tienes que pedir una malteada. Yo te quería invitar desde hace mucho —Tini sacó goma de mascar y me dio una.

—Ro, antes de arrancar, ¿me puedes ayudar a quitarme la chamarra? Comienzo a sentirme muy acalorada —dijo Valeria.

Giro y la ayudé a quitarse la chamarra, mis manos tocaron las suyas soltando una descarga eléctrica. Le arrojo la chamara a Tini, quien la atrapó entre risas. Se sujeto el cabello con una dona, mientras me sonreía con una expresión que no supe descifrar: ¿gratitud? ¿complicidad? ¿advertencia? Luego con un gesto juguetón, me aventó su argolla de matrimonio.

Mientras comíamos las hamburguesas, Valeria sugirió rentar unas películas en Video Centro. Yo no tenia videocasetera, así que no sabia distinguir entre el formato Beta y el VHS; eso era un lujo para ricos, o un artículo de fayuca comprado en Tepito con el riesgo de que la chota te agarrara, o, peor aún, que los judas te llevaran por contrabandista. Mientras Tini llevaba películas de Disney, Valeria me preguntó si quería ver *Once Upon a Time*

in America con ella. Le dije que sí, aunque honestamente no sabía de qué trataba. Me apretó una mejilla y me dijo:

—Ro, hoy, me espiaste tras la puerta, después de bañarme, cuando se me cayó la toalla… me miraste como *"Noodles"*, y te escondiste como él. —Sí, así fue. Me dio miedo, pero lo admití.

—Perdón, no era mi intención —el miedo me ganó de nuevo.

—Bueno, creo que tendrás que ver la película para entender de lo que quiero que hablemos después.

—Está bien.

—También quiero saber por qué te sigues cortando el cabello como militar. Déjatelo crecer un poco más. Deja esa pose marcial. No quiero un guarura junto a mí; quiero un chico que sea mi amigo, que me dé seguridad y que no me inspire miedo tampoco.

—De acuerdo.

—Vamos a llevar otras películas. Deseo que te quedes con nosotros varios días. ¿Quieres alguna cinta de video en especial?

—No sé. No sé qué películas sean populares en estos dos últimos años.

—Ya sé. *Tacones Lejanos*. Así no extrañarás a tu amiguita la enfermera.

—No tengo motivo para extrañarla.

—Mentiroso. Pero te la voy a sacar poquito a poquito.

También vamos a llevar *El silencio de los inocentes* y, ya por último, *Terminator 2*. ¿A propósito, dónde está Tini?

—Allí viene. Trae varias películas.

—Bueno, hagamos una última escala en la Comercial Mexicana por unas botanas y sodas. ¿Ya avisaste en tu casa que estarás con nosotros?

—No creo que les importe. El Comanche no tardará en irles a avisar.

Pasamos a la Comercial Mexicana. Tini, como es un niño al que le compran todo, pidió helados, botanas, papas fritas, charolas de carnes frías y quesos raros, refrescos enlatados, bolsas de dulces y chocolates. Valeria me preguntó si quería algo especial. Le dije que tenía muchas ganas de una torta de pollo rostizado. Compró dos pollos, con ensalada y sopa, además de frijoles refritos en lata y unas Cocas en envase de vidrio. Sin olvidar las tortillas de harina Tía Rosa, unas baguete y bolillos para mi torta.

Llegamos a la casa de San Jerónimo Lídice, era una hermosa mansión recién remodelada en la que vivirían unos meses Tini y Valeria, debido a la pelea con su esposo. Estaba a un lado de la mansión del "Superpolicía del Sistema". El lugar se escogió por estrategia, el **marxista** padre de Tini, ya conocía la cortesía del político de mano de hierro, con "guante de terciopelo". Valeria me mandó a bañarme y me dio un cambio de ropa interior que había comprado en la comercial mexicana. Yo estaba harto de la ropa blanca, así que había escogido todo en negro: la ropa interior, unas sandalias para bañarme y unas pantuflas que

hacían juego con mi pijama nueva. No me cuestionó el color; me veía contento.

Organizamos en la sala nuestro cine particular: un enorme sillón de piel color negro que se hacía cama, donde cabíamos los tres cómodamente. La televisión era un monstruo con bocinas integradas que parecían a punto de estallar en cualquier momento, estaba conectado a dos videocaseteras, una Beta y una VHS. Tini puso primero *La noche de las narices frías*. Reímos bastante, pero Tini, casi a la mitad de la video cinta, comenzó a quedarse dormido, por lo que Valeria decidió cambiar de lugar. Puso los cojines en el suelo, detuvo la videocasetera Beta, e ingreso en la VHS la enorme cinta de *Once Upon a in America*. Apago la luz, se acostó a mi lado, me sujeto la mano izquierda, para enseñarme como utilizar el control remoto. Al terminar la película, fue inevitable que lloráramos los dos. Ella sentía que su vida era la de una mujer objeto, y yo, que mi futuro era el de un maleante sin ambiciones, haciendo sufrir a quienes sintieran interés por mí. Ya era de madrugada. Le comenté, si quería que cargara a Tini y lo llevara a su cama. Me dijo que no, que saliéramos a caminar al jardín. Me puso mi chamarra, fue al automóvil por los cigarros, regreso a la cocina y preparo dos tazas de té de manzanilla endulzado con miel. Nos sentamos en el comedor de hierro fundido en el jardín. Sabía que esas lágrimas terminarían en palabras.

—Ro, no sabes lo feliz que me haces acompañándome en estos momentos tan duros para mí.

—Gracias por confiar en mí.

—Sabes una cosa, Ro… el quitarme el anillo fue libera-

dor, pero por Tini, no me atrevo a divorciarme. Quiero darle una última oportunidad al padre de Tini, pero con mis condiciones, con la libertad de sentirme deseada y respetada por otro hombre. Como verás, el dinero no es problema para mi padre, es decir que tampoco para mí. Gasto mucho, me gusta lo bueno, y últimamente estoy probando cosas que antes no hacía, ni cuando era universitaria. ¿Crees que yo tenga la culpa de lo que le pasa a Tini?

—No lo sé. Yo a veces ni sé lo que soy. Ni siquiera sé por qué tengo dos nombres, el apellido de mi abuelo como único, y no conozco a mi padre. No sabría por qué Tini es como es, si ni siquiera me conozco a mí mismo. No podría juzgarlo, solo él sabe en que momento se extravió. Además yo también estoy perdido Valeria, pero al menos estos minutos contigo, han sido lo mas agradable que me ha pasado en los últimos tres años. —mis ojos se llenaron de lagrimas, y mis pies querían salir corriendo de allí.

—Ro, tú a tu corta edad ya conociste el encierro, y la libertad, ahora, yo ya no puedo verte como un niño. Llevé a Tini con un psiquiatra. Tini se siente femenino, atraído por ti. Por eso su padre lo llevó con unas prostitutas, para que se hiciera hombre, pero Tini no quiso. No le gustan las mujeres. Pelea con sus primas por ti. ¿Cómo es posible eso? ¿Por qué, Ro? ¿Por qué tú? ¿Por qué a tu lado se vuelve obediente? ¿Qué le das a mi hijo, Ro? Dime la verdad —me tomó de las manos. Sus lágrimas de nuevo comenzaron a brotar.

—No lo sé. Valeria, con él, no he tenido algún tipo de

intimidad. Me besó un día, dormido, días después, jugando botella con las trillizas, nos besamos también. Antes de caer al tutelar, una noche me empezó a tocar el pene y besármelo, pero no quise más. Tú estabas en la otra recámara con tu esposo. Me dio miedo. Le di una bofetada y le dije que me soltara. Es todo, Valeria. No ha pasado más entre nosotros.

—¿Y has penetrado a mis sobrinas?

—Sí. A dos, pero solo una vez.

—De ellas no me extraña. Sé cómo son. Son como mi hermana. Yo de joven fui muy reservada. ¿Sabes, Ro? Yo solo tuve un novio. Es decir, solo he estado con el papá de Tini, y me sorprende que a tu corta edad tengas tanta experiencia. Me han dicho, que las sobrinas del Comanche te dan dinero por estar con ellas. Ro, son más grandes que tú, no esta bien que seas tan lujurioso. Pero si tu crees, que así curaras las heridas del alma, lo deberías de hacer con una mujer. Una mujer con la que tengas objetivos y metas.

—Pues… con la Diana, en la correccional, sí tuve contacto, y también al salir. Con Pato solo fue besarnos.

—¿Y quién más, Ro? Dime, por favor.

—Hay una chica de nombre Dorian, también es sobrina del Comanche. Estuvimos juntos hace unos días. Solo esa vez, aunque es, la que mas dinero me ha dado.

—Ro… ¿entonces por qué besaste mi vagina en las últimas vacaciones que estuvimos juntos? ¿Te gustan

o no las mujeres?

—Porque… porque es hermosa. Porque sentí que algo me poseía al ver tus piernas abiertas. Estabas totalmente desnuda y dormida. Se me hizo fácil. Perdóname por lo que te hice.

—No, Ro, no puedo perdonarte. Soy católica. Me casé por amor, juré ante Dios todopoderoso ser fiel a mi esposo. Me di cuenta Ro, lo que estabas haciendo. Me tuve que confesar por dejarte tocar algo que no te pertenece. ¿Y sabes qué?… que sí me gustó. Porque ni siquiera mi esposo me ha besado con esa delicadeza. Mi esposo lleva 13 años sin tocarme, sin darme un beso en la boca, pero prefiere irse con prostitutas, les paga por hacer todas las porquerías del mundo. —no paraba de llorar.

—Creo que mejor me voy, Valeria. No quería lastimarte.

—No, Rodrigo, no me lastimaste. Hace unas horas te dije que me preocupa que tengas una versión distorsionada de lo que es una mujer. Pero entiendo lo que has pasado. Y pienso en Tini… todos los días lloraba por ti. Leí la carta que te hizo. Son las palabras de una mujer las que están allí. El psiquiatra le diagnosticó **disforia de género**. Desde ese maldito día; he comenzado a beber, tomar somníferos, inhalar cocaína, fumar mariguana y crack. Me siento sola, Rodrigo. Sola y confundida.

—Sí, me di cuenta de las ampollas que tienes en los dedos. Es por el encendedor. Y las uñas quemadas, rotas y mordidas por el bote y la pipa. En la correccio-

nal me platicaron los *juniors* cómo se fumaba el crack.

—Por eso quería hablar contigo, Ro. Porque quiero que me ayudes.

—¿Y yo en qué te podría ayudar?

—A no sentirme sola. A que estés aquí cuando puedas, el tiempo que quieras. Quédate con nosotros al menos una semana, para que yo también piense qué voy a hacer para evitar salidas fáciles.

—De acuerdo. Está bien, me quedo. —solo así paro de llorar y me abrazo por varios minutos.

—Ven. Vamos a llevar a Tini a su habitación.

—¿Quieres que lo cargue?

—¡No! Lo voy a despertar y que él se vaya solo.

—¿Y entonces, yo dónde voy a dormir?

—Vamos a dejar a Tini dormir solo —me tomó de la mano.

Caminamos de regreso a la sala. Tini ya no estaba; se había ido a dormir a su recamara.

—Ro, discúlpame, no te hice tu torta de pollo.

—No te preocupes, ya será mañana. ¿Entonces, en qué habitación voy a dormir?

Me llevó hasta su habitación, entro al baño, cerro la puerta. Aun así, se escuchaba los ruidos: "clic-fwoosh, clic-fwoosh, clic-fwoosh", después, una serie de "clic, clic, clic", y de nuevo "clic-fwoosh, clic-fwoosh, clic-fwoosh".

Salió descalza del baño, con una bata de seda color rojo escarlata, mientras el humo se esparcía por la recamara. Puso una almohada en medio de la cama. Su mirada era como la de un Zombi. Tras unos minutos después me dijo:

—Ya no puedes dormir con Tini. Él tiene que aprender a dormir solo. Tú dormirás de ese lado. No quiero juegos sucios. Demuéstrame que puedes estar en la misma cama con una mujer y respetarla. Voy a cerrar la puerta; esta habitación tiene su propio WC, bidet, tina y regadera. No necesitas salir. ¿Necesitas algo más antes de que apague la luz?

—No, por el momento no —dije con miedo, se hallaba como poseída. Se quitó la bata, estaba desnuda, se puso un poco de perfume entre el vientre y los senos, se metió a la cama. Ese aroma y humo que salía del baño, era del crack que acababa de fumar.

—¿Quieres un besito de buenas noches? —lo dijo suave y despacio.

—Sí, claro. —quitó la almohada y me dijo con fuerza:

—Ven entonces por él, Rodrigo.

Me acerqué con calma. No podía creerlo. Me dio un beso en la boca. Aunque no sabia, si lo correcto era desnudarme, preferí mejor esperar su orden.

—Métete en las cobijas, quédate boca arriba —sin dudarlo obedecí.

—Bueno, ya a dormir —extendió mi brazo derecho, puso una almohada encima, se acostó a mi lado y me aventó su pierna derecha sobre mis piernas extendi-

das—. Si quieres ir al baño, me despiertas. Voy a averiguar por qué Tini y mis sobrinas se duermen así contigo.

No pude dormir. Estaba embobado viéndola, allí a mi lado, durmiendo plácidamente, con su sonrisa, haciendo presión con sus piernas como si fuera un candado, como cadenas que no me dejaban moverme.

Conforme se acercaba el amanecer, los ruidos de los automóviles se hicieron más intensos, la luz comenzó a cubrir su rostro. A pesar de los moretones, no dejaba de verse bella. Me sentía tan feliz, tan contento de tenerla a un lado, de sentir su calor, un calor que nunca había sentido antes. De repente, comenzó a tocar mi rostro, mi cabello, explorándome como si buscara alguna imperfección. Fue entonces cuando me tomó del cuello y, en tono de broma, me dijo:

—Maldito Rodrigo, te voy a ahorcar. —me reí.

—Valeria primero dame los buenos días. —me apretó con mas fuerza las piernas.

—¡Cállese, viejo feo, y duérmase!

—Valeria, quiero ir a la cocina.

—Es cierto, no te di de cenar. Voy a la cocina a preparar el desayuno.

Valeria se cubrió con su bata y se dirigió hacia la cocina. Me sentí afortunado, no importo el sexo, me lleno verla junto a mí, al amanecer.

Contexto del capitulo 3:

El capítulo expone con crudeza íntima, una red de problemas sociales contemporáneos que vamos a respaldar con la siguiente bibliografía, con la finalidad de no juzgar al actor, de no responsabilizar a sus cómplices, ni tampoco de juzgar a sus verdugos:

Trauma, encierro y la arquitectura rota de la adolescencia

La historia de Rodrigo no es una excepción:

es un mapa. Un mapa trazado con abandono, abuso y encierro temprano en instituciones juveniles como el Tribunal para Menores y la Correccional. Estos espacios, diseñados en teoría para corregir, suelen convertirse en cámaras de eco del trauma, impactando de forma profunda el desarrollo de la identidad, la autoestima y la capacidad de establecer vínculos afectivos saludables durante la adolescencia.

Diversas investigaciones señalan que los jóvenes recluidos en sistemas de justicia juvenil presentan, con alta frecuencia, antecedentes de **trauma complejo**. Este tipo de trauma no es un evento aislado, sino una acumulación: polivictimización, pérdidas interpersonales significativas, exposición prolongada a violencia, negligencia, accidentes potencialmente mortales o catástrofes vitales. En etapas tempranas de la vida, estas experiencias alteran el desarrollo biopsicosocial y los procesos de apego, dejando una huella persistente en la manera en que el sujeto se percibe a sí mismo y al mundo.

Las consecuencias son múltiples y entrelazadas: depresión, ansiedad, conductas oposicionistas, impulsividad, toma de riesgos extremos, consumo de sustancias y, con frecuencia, agresión reactiva. El trauma complejo se manifiesta como una combinación especialmente problemática de respuestas de activación emocional disminuidas de forma crónica, episodios de hiperactivación desadaptativa, dificultades en el procesamiento de la información y en el control de los impulsos. A ello se suman esquemas cognitivos autocríticos y normalizadores de la agresión, así como entornos relacionales —especialmente entre pares— que refuerzan conductas desinhibidas, pensamientos distorsionados y prácticas antisociales.

En este contexto, la agresión no es un rasgo moral ni una elección libre: es un lenguaje aprendido cuando todos los demás fueron silenciados. La institución, lejos de sanar, suele intensificar estas dinámicas al reproducir modelos de control, castigo y despersonalización.

El resultado es una constelación de problemas que plantea enormes desafíos para la gestión institucional, la rehabilitación y el tratamiento clínico de adolescentes privados de la libertad.

La evidencia epidemiológica y clínica demuestra no solo la alta prevalencia del trauma complejo en estos jóvenes, sino también su impacto duradero en el funcionamiento psicológico y social durante la adolescencia. Las comorbilidades y los desenlaces adversos no son anomalías: son consecuencias previsibles de sistemas que tratan síntomas sin escuchar historias.

De ahí la urgencia de repensar los modelos de intervención. El abordaje del trauma complejo en contextos de justicia juvenil exige transformaciones profundas en el manejo del entorno institucional, en los procesos de detección y evaluación, y en los modelos terapéuticos utilizados. Más que disciplinar cuerpos, se trata de reconstruir narrativas; más que contener la violencia, comprender su origen. El futuro de la investigación y del desarrollo de programas pasa por reconocer que, incluso en los espacios más cerrados, la subjetividad sigue buscando una grieta por donde entrar la luz.

Referencia (estilo APA)

Ford, J. D., Chapman, J., Connor, D. F., & Cruise, K. R. (2012). *Complex trauma and aggression in secure juvenile justice settings*. **Criminal Justice and Behavior, 39**(6), 694–724 https://doi.org/10.1177/0093854812436957

Disforia de género, diagnóstico y salud mental: cuerpos que narran desde la grieta

La experiencia de Tini atraviesa este capítulo como un eje sensible y perturbador. Su historia —marcada por la angustia, la incomprensión familiar y social, y por intervenciones abiertamente dañinas como la llamada "cura" mediante prostitutas— revela con crudeza cómo la violencia simbólica y material se ejerce sobre las identidades transgénero cuando estas desafían el orden normativo del género. No se trata solo de un conflicto interno, sino de una herida producida por el entorno:

el diagnóstico, la familia, la institución, la mirada social.

En el relato aparecen otras personalidades que aún no develan su diagnóstico, pero que funcionan como espejos del protagonista. Son presencias laterales que amplían la narración y recuerdan que la disforia —nombrada o no— no es una experiencia aislada, sino un fenómeno relacional, colectivo, histórico. El malestar no surge úni-

camente del cuerpo, sino del choque constante entre identidad vivida y reconocimiento negado.

Con la publicación de la quinta edición del *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (DSM-5), la Asociación Americana de Psiquiatría sustituyó el diagnóstico de "trastorno de identidad de género" por el de **disforia de género (DG)**. Este cambio fue presentado como un avance hacia la despatologización y la reducción del estigma que rodea a las personas trans. Sin embargo, una revisión narrativa crítica del concepto revela múltiples paradojas y tensiones no resueltas.

La pregunta central persiste: ¿qué es realmente la disforia de género? Diversos análisis señalan inconsistencias en aquellos enfoques que priorizan la angustia como rasgo definitorio, mientras oscurecen el hecho fundamental de que no todas las personas trans e intersexuales experimentan estrés significativo o deterioro funcional. En este marco, resulta especialmente problemática la referencia inapropiada a las personas intersexuales dentro de los criterios diagnósticos, así como las generalizaciones que homogeneizan experiencias profundamente diversas.

Asimismo, se cuestionan las conceptualizaciones de los sujetos de investigación como "disfóricos de género", una categoría que, al pretender describir, termina produciendo aquello que nombra. Los enfoques etiológicos que utilizan la DG como marco explicativo central son puestos en duda, ya que tienden a reducir trayectorias vitales complejas a esquemas clínicos cerrados.

A ello se suman importantes problemas metodológicos que dificultan afirmar que el diagnóstico de disforia de género pueda considerarse plenamente validado desde un punto de vista científico.

La revisión de artículos de investigación publicados tras la introducción del diagnóstico en el DSM-5 permite evaluar su **validez de contenido** y arrojar luz sobre estas tensiones. Los hallazgos no clausuran el debate; por el contrario, lo intensifican. En el siglo XXI, la discusión sobre la disforia de género no puede limitarse a la nosología psiquiátrica: debe abrirse a las voces de quienes necesitan —y reclaman— vivir un género distinto al asignado al nacer.

En este punto, el Re MiX se vuelve necesario. Porque entre diagnóstico y vida hay un abismo, y en ese abismo se escriben historias como la de Tini. No para ser corregidas, sino para ser escuchadas. El futuro de la salud transgénero no está en silenciar el conflicto, sino en permitir que el cuerpo deje de ser un expedien-

te y vuelva a ser un territorio habitable.

Referencia (estilo APA)

Davy, Z., & Toze, M. (2018). *What is gender dysphoria? A critical systematic narrative review*. **Transgender Health, 3**(1), 159–169. https://doi.org/10.1089/trgh.2018.0014

Violencia de género, fe y dependencia: la economía emocional del encierro doméstico

Valeria no permanece: es retenida. Su historia encarna a la mujer atrapada en un ciclo de violencia doméstica donde la dependencia económica, el condicionamiento social y el peso simbólico del catolicismo operan como muros invisibles. No hay una sola cadena, sino una arquitectura completa de sujeción: la falta de recursos propios, la presión familiar por "sostener" el vínculo, la culpa aprendida y la promesa de redención que nunca llega.

La violencia que atraviesa a Valeria no se presenta siempre como golpe. A veces es silencio. A veces es espera. A veces es la pedagogía de la resignación. Estas dinámicas han sido ampliamente estudiadas y encuentran una formulación clave en el modelo del **ciclo de la violencia de género** propuesto por Lenore E. Walker, que describe un patrón repetitivo y profundamente eficaz en su capacidad de perpetuarse.

La primera fase es la **acumulación de tensión**. El ambiente se vuelve denso: irritabilidad creciente, reproches velados, control cotidiano. La víctima aprende a leer señales mínimas, a anticiparse, a reducir su propia presencia. La violencia aún no estalla, pero ya gobierna. El cuerpo vive en alerta; la subjetividad, en contracción.

La segunda fase es el **incidente agudo de agresión**. Aquí la violencia se manifiesta sin máscaras: física, psicológica, verbal o sexual. Es el estallido que confirma lo que ya se intuía. Sin embargo, paradójicamente, no es esta fase la que asegura la permanencia en la relación, sino la que sigue.

La tercera fase, conocida como **luna de miel o conciliación**, es el núcleo más perverso del ciclo. El agresor pide perdón, promete cambiar, muestra arrepentimiento, ternura, incluso devoción. Se reactiva la esperanza. La víctima no solo perdona: invierte. Invierte afecto, tiempo, fe.

Esta fase refuerza la dependencia emocional y económica, haciendo que la salida de la relación se vuelva cada vez más difícil. El ciclo no se rompe porque ofrece sentido al sufrimiento.

En el caso de Valeria, esta dinámica se ve intensificada por el mandato religioso y familiar: aguantar, perdonar, sostener. El catolicismo cultural funciona aquí como tecnología moral que santifica el sacrificio femenino y transforma la resistencia en culpa. No se trata únicamente de violencia interpersonal, sino de un sistema simbólico que legitima la permanencia en el daño.

Así, la violencia de género no es un evento aislado ni una anomalía psicológica: es un proceso aprendido, repetido y socialmente sostenido. El ciclo descrito por Walker sigue siendo, décadas después, una herramienta fundamental para comprender por qué tantas mujeres no "se van", y por qué la pregunta correcta no es por qué se quedan, sino **qué fuerzas las atan**.

En este Re MiX, Valeria no es un caso clínico: es una figura de advertencia. Su historia nos recuerda que la violencia no siempre encierra con puertas cerradas; a veces lo hace con promesas, rezos y una economía afectiva diseñada para que el amor duela… pero no termine.

Referencia (estilo APA)

Walker, L. E. (1980). *The battered woman*. New York, NY: Harper & Row.

Sexualidad intervenida: poder, abuso y las pedagogías del silencio

Las experiencias sexuales de Rodrigo —en la correccional, con Diana, con las sobrinas— y la confesión de Valeria sobre su esposo y las prostitutas, no pueden leerse desde la lógica del deseo libre o del consentimiento pleno. Aparecen, más bien, como escenas donde la sexualidad está atravesada por **asimetrías de poder, coerción, intercambio y normalización de la violencia**, elementos centrales en los estudios contemporáneos sobre explotación sexual juvenil, abuso sexual infantil y trata.

En estos relatos, el cuerpo no es un espacio de encuentro, sino un campo de disputa. La sexualidad se aprende bajo condiciones de encierro, miedo, dependencia o transacción económica. No hay erotismo inocente cuando el marco es la correccional, el matrimonio violento o el comercio sexual impuesto como ritual de "corrección". Lo que se transmite no es placer, sino jerarquía: quién manda, quién paga, quién calla.

En las últimas décadas, el **abuso sexual infantil (ASI)** ha generado un amplio interés en la comunidad científica y en la sociedad debido a su elevada prevalencia y a sus consecuencias a corto y largo plazo. La literatura especializada ha documentado múltiples

secuelas psicológicas, sociales, conductuales y físicas asociadas a estas experiencias. Sin embargo, también ha señalado un dato fundamental que rompe con el determinismo: **no todas las víctimas presentan un daño significativo posterior**, existiendo una amplia variabilidad en los procesos de ajuste y en las trayectorias vitales.

Esta diversidad ha llevado a la investigación a preguntarse no solo *qué* consecuencias produce el abuso, sino *qué variables* determinan la gravedad y persistencia de dichas consecuencias. Los estudios coinciden en que no es el abuso en sí mismo, aislado, lo que explica el impacto, sino una constelación de factores intervinientes: las características del abuso (frecuencia, duración, grado de violencia), del agresor y de la víctima, los factores situacionales, y de manera especialmente relevante, las **variables cognitivas de la víctima**.

Las investigaciones más recientes subrayan que ciertos procesos pueden actuar como factores protectores o reparadores. Entre ellos destacan la sustitución de estrategias de afrontamiento basadas en la evitación por **estrategias de aproximación**, la eliminación de las atribuciones de autoinculpación —así como de la culpabilización dirigida hacia la familia—, y el trabajo sobre los sentimientos asociados a las llamadas **dinámicas traumatogénicas** del abuso.

Asimismo, la promoción de un **estilo de apego seguro** se ha mostrado especialmente beneficiosa para prevenir dificultades posteriores derivadas de la experiencia abusiva.

En este marco, las historias de Rodrigo y Valeria no son anomalías, sino expresiones narrativas de un fenómeno estructural: cuando la sexualidad se introduce en la vida bajo condiciones de dominio, se convierte en un lenguaje contaminado. El daño no reside únicamente en el acto, sino en el significado impuesto al cuerpo y en el silencio que lo rodea. La explotación sexual no siempre se presenta como secuestro o trata explícita; a veces adopta la forma de iniciaciones forzadas, matrimonios violentos o "aprendizajes" normalizados por la cultura y la institución.

El Re MiX no busca fijar identidades de víctima, sino **abrir la posibilidad de reescritura**. Comprender las variables que median el impacto del abuso permite desplazar el relato del destino hacia el proceso, del estigma hacia la transformación. Allí donde el poder colonizó la sexualidad, también puede emerger —con tiempo, cuidado y palabra— otra forma de habitar el cuerpo.

Bibliografía (estilo APA)

Pereda, N., Guilera, G., Forns, M., & Gómez-Benito, J. (2015). *Consecuen-*

cias del abuso sexual infantil: una revisión de las variables intervinientes. **Anales de Psicología, 31**(2), 552-561. https://doi.org/10.6018/analesps.31.2.180771

La herencia invisible: transmisión intergeneracional del trauma

La historia que atraviesa este proyecto no avanza en línea recta: **se repite**. El trauma del abuelo, la ausencia del padre, la violencia del esposo no se disuelven con el paso del tiempo; se transforman en gestos, silencios, adicciones y estallidos que reaparecen en las generaciones siguientes. Tini y Rodrigo no heredan solo apellidos o rasgos físicos: heredan climas emocionales, modos de apego, umbrales de tolerancia al dolor.

La psicología del desarrollo ha documentado ampliamente este fenómeno conocido como **transmisión intergeneracional del trauma**. Desde la teoría del apego, John Bowlby señaló que las experiencias tempranas con las figuras cuidadoras configuran modelos internos de relación que tienden a reproducirse a lo largo de la vida. Cuando el cuidado está marcado por la ausencia, la violencia o la imprevisibilidad, el vínculo se vuelve inseguro, y ese patrón —si no es reparado— se transmite como una coreografía aprendida.

En este sentido, la ausencia no es un vacío neutro: **educa**. Enseña a esperar poco, a tolerar demasiado, a confundir amor con supervivencia. El padre ausente no desaparece; se internaliza. La violencia del esposo no comienza con él; llega entrenada por generaciones previas que normalizaron el daño como forma de vínculo.

Desde una perspectiva neurobiológica y corporal, Bessel van der Kolk profundiza esta comprensión al mostrar cómo el trauma no solo se recuerda: **se encarna**. El cuerpo conserva memorias implícitas del peligro, del abandono y de la humillación, que influyen en la regulación emocional, en la respuesta al estrés y en la manera de relacionarse con los demás. Así, las conductas disfuncionales —adicciones, violencia, retraimiento— no surgen de la nada: son intentos heredados de autorregulación frente a un sistema nervioso que nunca aprendió a sentirse seguro.

En la narrativa de este capítulo, la repetición no es destino, pero sí advertencia. Las historias de Tini y Rodrigo muestran cómo el trauma viaja cuando no encuentra palabras, cuando no es reconocido, cuando se le exige silencio. Cada generación intenta resolver lo que la anterior no pudo, a veces reproduciendo exactamente aquello que la dañó. El trauma se transmite no por maldad, sino por **falta de alternativas aprendidas**.

El Re MiX interviene precisamente ahí: en el punto donde la repetición puede convertirse en conciencia. Nombrar la transmisión intergeneracional del trauma no es fijar una condena, sino **abrir una grieta en la herencia**. Porque cuando el dolor se reconoce como legado —y no como falla individual— aparece la posibilidad de interrumpir la cadena.

El futuro no está escrito en la sangre. Está, apenas, insinuado en la memoria. Y toda memoria, cuando se remezcla, puede aprender a decir otra cosa.

Bibliografía (estilo APA)

Bowlby, J. (1988). *A secure base: Parent-child attachment and healthy human development*. New York, NY: Basic Books.

van der Kolk, B. A. (2014). *The body keeps the score: Brain, mind, and body in the healing of trauma*. New York, NY: Viking.

Nota final del capitulo 3._

La narración en primera persona, a través del diario de Rodrigo, da una **autenticidad visceral** a estos problemas. No los explica teóricamente, sino que los *vive* y los *muestra* en su complejidad moral y emocional, haciendo que el lector los experimente desde adentro. Esto lo convierte en un material narrativo poderoso para luego ser analizado y respaldado con la bibliografía académica correspondiente en cada tema.

Dogma and ritual of high magic

Volumen II: Capítulo 6

La boda de Eugenia

El abuelo de Tini me comentó, durante el viaje a Acapulco, que no había mayor festejo que la firma del **Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA)**. Un evento que, convenientemente, coincidía con la boda de su primera nieta. Él había escogido la fecha y la familia con la que la riqueza aumentaría. Venía victorioso, con su clásica copa de coñac en la mano, como vivo testigo de la firma entre el presidente estadounidense George H. W. Bush, el primer ministro canadiense Brian Mulroney y el presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari. El TLCAN entraría en vigor en un mes, una vez cumplido el procedimiento de ratificación. Por eso era una obsesión del **Abuelo Kirk** que esa boda se realizara. **Eugenia** sería el primer miembro de la familia en casarse con el director de un banco, descendiente de lo mejor de la Nueva España.

Eugenia agregaría a su nombre el apellido de; “Villanueva Cervantes, Gutiérrez Altamirano y Barragán”. El abuelo Kirk era ahora la raíz de un linaje que controlaría terrenos con minas por explotar, grandes extensiones de ex haciendas y el libre comercio. La idea era que, al vender las paraestatales, se amasarían fortunas a través de la tierra, la minería y el monopolio de bienes raíces, obteniendo títulos y acciones en la bolsa. Las otras once nietas serían aprovechadas para establecer redes de poder a través de matrimonios estratégicos.

La camioneta familiar, una Suburban de lujo, tenía una suspensión tan increíble que la copa con su líquido parecía flotar. El abuelo estaba tan contento que me invitó a la boda. Me gusta escucharlo; platica cosas interesantes. Y aunque no tengo ni la menor idea del valor real del dinero, viniendo de una familia pobre, a él le gusta ver mi mirada de asombro ante su estilo de vida de lujo y exceso. Valeria venía dormida con Tini; habían llegado de París hacía unas horas. El viejo Kirk aún traía talco en los bellos de la nariz; nadie sabía cuántos días llevaba sin dormir. Me cayó muy bien su detalle de prestarme uno de sus *smokings* hecho en Inglaterra; su sastre me lo arregló mientras estuve llevando varios sobres con papeles legales que estaban firmando entre él y el Comanche. Ellos sabían que la fayuca tenía los días contados y lo mejor era hacer el negocio de forma legal. Además, si la zona sería de libre comercio, ya no habría necesidad de cargar los jets particulares; podrían evitar accidentes… o caer en manos de la competencia.

Y ya que todo lo que cabe en un corazón cabe en una Suburban, venía el papá de Tini en la parte delantera con el chofer, con una cara más de compromiso

que de alegría. El viejo Kirk quería llevar el divorcio de Valeria de la forma más discreta. Por eso, la amante del muy respetable Señor Stelecki viajó un día antes en autobús; ya tenía su habitación en otro hotel. En la iglesia, Valeria y el señor Stelecki estarían juntos para aparentar la unión familiar, pero "saliendo de allí, que se vaya a chingar a su puta madre", dijo literalmente el abuelo. La verdad, sentí extraño que me invitaran. El abuelo había rentado el hotel Los Flamingos en Acapulco para la fiesta. El plan era llegar el viernes antes del amanecer, celebrar la boda el sábado al atardecer, la fiesta toda la noche, tener el domingo para pasar la cruda y el lunes regresar al Distrito Federal. En la misma habitación dormiríamos Tini, Valeria, Zaira, Pamela y yo.

El abuelo me hacía leer constantemente la lista de invitados y la asignación de habitaciones. Algunos invitados, como el Comanche, llegarían directo a la iglesia y al salón del Hotel. Otros, tenían sus propias casas con vista al mar. Además, probablemente llegaría el gobernador a felicitar a la feliz pareja. El esposo de Eugenia le llevaba veinte años. Yo no lo conocía hasta que lo entrevistó Jacobo Zabludovsky en el noticiero estelar *24 Horas*; fue a hablar de los beneficios para la banca mexicana y de cómo las empresas canadienses y norteamericanas nos darían empleos para ser, al fin, un país del primer mundo, ya que el segundo mundo —el bloque comunista, recién quebrado y en llamas— nunca se integraría a las virtudes del capitalismo.

Pasamos a dejar al Señor Stelecki a un hotel cercano a la central de autobuses; no alcancé a ver el nombre. Una vez que bajó de la Suburban, Valeria se pasó a la hilera de asientos donde yo estaba. El abuelo se sentó

con el chofer porque quería sentir la brisa del mar, ver la bahía y, en consecuencia, el amanecer. Valeria tomó la botella de coñac y sirvió dos copas.

—Toma, Ro. Brinda conmigo. Estoy a días de ser libre, al fin.

—Claro. Brindemos.

—Muero por verte de *smoking*. ¿Es cierto que mi padre te llevó con su sastre para que te lo ajustara?

—Sí. De hecho, pasó por mí. En el barrio se asustaron. Allá las Suburban solo las traen los policías, y como es negra con vidrios polarizados, pensaron que ya me iba a graduar en el Reclusorio Norte.

—¡Ay, Ro, cómo dices esas cosas! Y más ahora con los cambios que han hecho en la policía… qué fuerte lo que le hicieron al Comandante.

—Sí, estuvo rudo. Solo por ir una vez con Adolfo de Jesús Constanzo, a que le echara las cartas del Tarot. Como si ir a ver a un brujo fuera un delito. La mitad de Televisa, y del sexenio del ex presidente Miguel de la Madrid Hurtado eran sus fieles clientes, y a ellos, no les hicieron nada.

—Ro, no sabes cómo hubiera querido que un brujo tan poderoso como él, hiciera un trabajo para cuidarte, protegerte, que salieras rápido del encierro… pero gente con poderes mágicos así, ya no hay.

—Ahora que lo dices… tengo algo que platicarte.

—¿Qué es Ro, dímelo? Pero antes, quiero mas coñac, esta muy rico. Voy a servir más y no me hagas trampa,

bebe a mi ritmo. Hoy estoy muy contenta. Además traje una cabeza de ajo, para ponerme bien arrecha.

—Después hablamos del ajo Valeria. Te decía que no sé si me estoy volviendo loco, pero vi algo extraño.

—Toma, amor, disfrútalo. Dime, ¿qué viste?

—No sé si te dijo Eugenia, que hemos estado yendo por las noches, a diferentes lugares que aseguran están malditos.

—No, no me ha dicho. Pero déjame acostarme en tus piernas, quiero escuchar todo.

—Fue hace unos trece meses. Las trillizas querían conocer el Hotel Posada del Sol. Fuimos a medianoche. Nadie nos asustó, nada pasó, pero Tini empezó a llorar del miedo y salimos. En la mañana, justo cuando empezaba a darme sueño, vi en la ventana de mi habitación una pirámide. Empezó a salir un ojo en medio de la pirámide. También una cornamenta salía de la parte superior. Así como apareció, así se desvaneció. ¿Qué crees que signifique, Valeria?

—No lo sé. Yo lo único que sé es que ya quiero estar en el hotel, darme una ducha y dormir contigo un poco. Ya estoy muy ebria.

Tini se despertó.

—Mamá, me siento mal, como mareada.

Tini o mejor dicho, **Sharon** —como ahora prefería que le dijeran— paso una estadía en Francia cursando el *Termina-le* (Lycée), además de estar en la agenda del Doctor Pierre

Banzet. Ya no era el Tini que se fue. Ahora era más posesivo, dramático. Su rinoplastia y su cabello de ángel lo hacían verse como una bailarina del Ballet de l'Opéra national de Paris.

—Tini… digo, Sharon, espera. Ya casi llegamos. Ro, tranquilízala.

—Sharon, *bebé*, deja descansar a tu mamá.

—¡Rodrigo, yo ya no soy tu *bebé*! —su mirada ya no era tierna ni dulce. Era la mirada de alguien, que ya era novia de un **argelino** que vendía "Molly" (MDMA) fuera del colegio.

—Está bien, Sharon. Tu mamá quiere descansar un poco.

—Déjala, Ro ya no es una niña. Ya tiene 18 años y puede hacer con su vida lo que desee. Mejor sírveme otra copa.

Por fortuna, llegamos al hotel. Me tocó cargar a Valeria hasta la habitación, mientras Sharon les platicaba a sus primas, las cualidades atléticas de su nuevo novio Argelino, refugiado en Francia de nombre **Jamil**. Parecía que yo había dejado de ser la novedad.

Sharon y sus primas se fue directo a la habitación de la novia. Lo cual significaba que al fin me quedaría solo con Valeria. El abuelo Kirk por las carreras, nos dejó en el hotel, mientras iba al club de yates a revisar el regalo de bodas. Dejé a Valeria sobre la cama mientras el *bellboy* acomodaba nuestro equipaje. Tomé unos dólares del bolso de Valeria —supuse que era una buena gratificación—, el *bellboy* me dijo:

—Qué hermosa es su esposa, señor.

—No es mi esposa. Es la mamá de mi mejor amigo.

—Muy bien. Si algo se le ofrece, con gusto estoy para servirle. ¿Quiere que le traiga algún afrodisiaco, vino o algo más fuerte?

—Sí, tráeme la carta. Tengo hambre.

—Le sugiero huevo de caguama, para no fallar en la cama.

—Jaja, me encanta tu buen humor —Valeria despertó.

—Ro, quiero beber más. Quiero champán Pol Roger.

—Trae las dos cosas, por favor —El *bellboy* salió corriendo. Valeria comenzó a desnudarse mientras entraba a la regadera. Yo comencé a quitarme los tenis, mi reloj y a dejar mi billetera en el tocador.

—Amor, ven. Báñate conmigo. Ando bien arrecha —el sonido de: "clic, clic, clic“, y luego "clic-fwoosh, clic-fwoosh, clic-fwoosh”, quiere decir que ya empezó a cocinar con el ajo.

—En seguida, *bebé*. Estoy esperando al *bellboy* —quien llegó justo a tiempo con la carta del desayuno y una botella de champán Pol Roger. Sirvió las copas y se retiró.

La verdad, es que sí quería entrar fumar, hacerle el amor en la regadera, pero… ¿y si entraba el abuelo? A Sharon no le importaría; a sus hermanas, primas y sobrinas, menos. Pero comenzaba a sentir un respeto genuino —y un poco de miedo— por el viejo Kirk.

—¡*Bebé*, llegó el champán! —Valeria salió de la regadera con una toalla envolviendo su cabello y con otra secándose el cuerpo.

—Qué rico. ¿Qué esperas para bañarte? —tocaron la puerta, y Sharon gritó:

—¡Ábreme, madre!

—¡Voy! —le grité y procedí a abrir.

—¿Dónde está mi mamá?

—¡Me he terminado de bañar! —dijo Valeria desde el baño. No vi cuando se regreso.

Sharon puso su maleta en la cama de en medio, fue al tocador, tomó mis cosas y las arrojó a la cama que daba hacia la puerta.

—¿Quieres algo de desayunar, Sharon? —tomó mi copa de champán y comenzó a beber de ella.

—Una bebida muy fina para alguien tan corriente como tú ¿No creo que sepas distinguir el sabor de las uvas entre una *Chardonnay*, o de *Pinot Noir*, mucho menos de una *Pinot Meunier*?

—Por eso la pidió tu mamá. Yo estoy acostumbrado a una Coca-Cola en envase de vidrio por la mañana. Ah, y un cigarro, mientras ella me prepara el desayuno desnuda —saqué un cigarro del bote de JPS, lo encendí con los cerillos del hotel y le aventé el humo en la cara.

—Eres un maldito criado, Rodrigo Granda —me miró fijamente — ¡maldito naco, maldito sea el día en que

me defendiste! ¿Por ser un pobre putito me defendiste, o para fornicar con mi madre?

—Ya no soy tu criado, Sharon. Ahora mi dueña es tu mamá. Y si te defendí fue por amistad. Si te molesta que ande con tu mamá, platícalo con ella en el baño, mientras esta fumando mariguana —pensé que se molestaría y me dejaría de hablar.

—Aun así, tú siempre vas a ser un gato, un cojeputas, un vividor, chichifo, cafiolo. Pero esa verga tan rica, no te va a durar toda la vida, y siempre habrá una más grande y jugosa —tomó mi cigarro del cenicero, le dio una jalada y me aventó el humo en la cara.

—Ro, ¿ese cigarro es tuyo o de Sharon? —salió bien mariguana, así evadía la realidad.

—Es mío, pero creo que deseaba una probada.

—Bah, dame eso, Sharon. Los secretos de mi Ro no son para ti —Valeria tomó el cigarro y se lo llevó con el cenicero. Saqué dos cigarros más, le di uno a Sharon, por cortesía, se lo encendí primero.

—Valeria, voy a bañarme. Con permiso, Sharon —la tomé del brazo para hacerla a un lado. Se puso nerviosa. Era evidente que Eugenia le había revelado nuestro secreto.

—Ro, no tardes. Quiero ir a la playa. Sharon, ponte el bañador. Las hormonas te han dado volumen; te verás hermosa.

Salimos a la playa. Valeria como siempre, luciendo su belleza y elegancia. Y aunque me mostró con mucha alegría

el juvenil traje de baño para Sharon, cuando nos alcanzó, llegó con una bermuda de estilo *Camouflage* y una camiseta blanca de Metallica, que ella me regalo y que nunca me había puesto. No me gustaba por ser de tono blanco.

—Sharon, ese bañador que te compré es el que usa Pamela Anderson en *Baywatch*. ¿Qué pasa contigo?

—Nada, madre, nada. Simplemente me da pena mostrar mi cuerpo.

—¿Crees eso posible, Ro? En el *Lycée* es una de las niñas más *fashion*, y aquí se acompleja.

—Madre, no metas al idiota de Rodrigo en nuestra conversación. Simplemente no se me da la gana.

—Está bien. Nosotros iremos a nadar un poco. Adiós.

Valeria me tomó de la mano, me apretó con fuerza y me llevó al otro extremo de la playa. Sharon regresó al hotel cubriéndose la boca con sus manos; era la forma en que lloraba Tini. En ese momento, recordé cuando íbamos los tres a todos lados. Pero Sharon, es evidente, ya no cabe ni conmigo, ni con su madre.

La otra cruda

Los gritos del abuelo Kirk en el pasillo me despertaron. Lejos de enfurecerme, me causaron risa. Sentí un líquido caliente entre las piernas de Valeria y las mías, no era la primera vez que alguien me orinaba. Por fortuna, su vómito cayó en mi hombro; mientras un aroma a excremento salía de las sábanas. Le había advertido que no bebiera ni comiera tanto desde el viernes al mediodía, pero la señora liberada, al no haber pasado por esas experiencias en su ju-

ventud, no podía sostener una carrera contra jóvenes nacidos a mediados de los años setenta. Comencé a moverla, para ir a ver, por qué el abuelo seguía cantando con los mariachis, en el patio del Hotel. Pensé que era un superhombre, desde el viernes no lo había visto descansar ni dormir, era un guerrero, un soldado del alcohol.

—Ro, amor, ¿a dónde vas? Bésame —claro que la besé, sin importar el vómito.

Unas horas antes, tuvimos sexo mientras Sharon estaba en la cama de al lado, noqueada por el alcohol, las hormonas, los analgésicos para el dolor y los antidepresivos. No recuerdo si primero cargué a Sharon, o a Valeria desde nuestra mesa hasta la habitación. Le sugerí a mi madura amante, que se metiera a bañar y pidiera el cambio de sábanas, en lo que alcanzaba al abuelo. Caminaba por el pasillo viendo como se divertía ese animal salvaje, un verdadero Rey de la vida nocturna que me recibió de la siguiente forma:

—¡Ahí está mi azteca consentido! —gritó el abuelo.

Los mariachis se veían cansados, pero sabían que el abuelo era de carrera larga, y que cada canción que le tocaran, les daría a ganar cien nuevos pesos. El fajo de billetes recién impresos en el Banco de México apenas iba a la mitad.

—¿Qué tal, Kirk? ¿Cómo estás?

—*¡Feliz, Feliz oh, Feliz, Feliz oh! ¡El viernes con Teresa y el sábado Raquel! ¡El domingo Vanesa es la que me trata bien!* —cantaba a todo pulmón y desafinado, mientras los mariachis le seguían el ritmo. Sobre la mesa, la leche en polvo de la Conasupo en líneas cortas y finas.

—¡Jaja, eso es toño Tigre! —le grité con fuerza.

—¡Pinche Rodrigo Enrique, sírvete lo que quieras, cabrón! ¡Te quiero rete harto! —me empezó a servir un whisky *The Macallan* mientras me sentaba en el sillón, frente al "desayuno bolivariano".

—Kirk, muchas gracias, casi no esnifo, pero por ti lo haré con gusto.

—Así me gusta. Me caes bien. Ya vi que cuidas a mi hija y a mi nieto… bueno, digo *nieto*, ya ni sé qué es ese fenómeno. Pero bueno, esto no es un velorio.

—No, Kirk.

—Ro cántame una canción de Javier Solís, no me digas que no.

—Claro. Venga, maestro:

"En cofre de vulgar hipocresía / ante la gente oculto mi derrota. / Payaso con careta de alegría / pero tengo, por dentro, el alma rota…"

Los mariachis se asombraron de mi interpretación. El abuelo me coreaba, desafinado.

—¡Pinche Ro, eres el señor de las sombras! ¿Qué otra te sabes?

—Maestro, veo que usted es muy hábil. Sígame:

"En mi viejo San Juan / cuántos sueños forjé / en mis noches de infancia. / Mi primera ilusión y mis cuitas de amor / son recuerdos del alma…"

Sabía muy bien, que el abuelo tenía nostalgia por Puerto

Rico. Brotaban lagrimas que se veían salir desde el alma. Allí, en ese paraíso, murió la madre de Valeria. Unos minutos después, llegó "la secretaria particular" del abuelo, una ucraniana de nombre **Nastya,** tenía educación superior en ciencias nucleares, el abuelo le llevaba cuarenta años de diferencia. La hermosa mujer Eslava ya tenía unas gemelas de once años de su primer matrimonio. El abuelo la conoció cuando bailaba en un club de Nueva York.

—Ro, cántale algo a mi mujer, para que se le quite lo enojada —Nastya me miro con asco.

—Señora, con todo mi respeto y admiración. Gema, arránquense muchachos:

Tú como piedra preciosa, / como divina joya, valiosa de verdad. / Si mis ojos no me mienten, / si mis ojos no me engañan, / tu belleza es sin igual."

Poco a poco, la familia se fue despertando. Nastya se llevó el talco para bebé a su habitación y regresó con las gemelas. La familia me empezó a pedir más canciones. Fue entonces cuando llegó Valeria.

—Ro, cántame la canción que te dije, la que me gusta mucho.

—Claro, pero deja que le pida un arreglo a los músicos. ¿Muchachos, se saben alguna de Elvis Presley?

—¡Por supuesto! La que nos pida. También tenemos un grupo de música versátil. Tocamos desde Chico Che hasta Depeche Mode —gritó con alegría el del guitarrón.

—Síganme entonces:

"Wise men say, only fools rush in / But I can't help falling in love with you / Shall I stay? Would it be a sin? / If I can't help falling in love with you…"

Los aplausos no paraban, pero ya me sentía cansado. Ese cambio de la música vernácula al rock and roll era muy conveniente, así que se me ocurrió, para descansar un poco, pedirle al abuelo que cantara conmigo.

Así lo llevé a ir cantando con cada una de sus hijas. Ya era realmente un desmadre lo que estábamos haciendo. Sharon nos miraba desde el balcón de la habitación, y las gemelas pedían un desayuno formal, por lo que el abuelo le puso fin a su fiesta, ¡al fin se detuvo! para ir todos a desayunar. Bueno, más bien, a comer. Fui a bañarme. El abuelo me envió a la habitación ropa casual de marcas que solo había visto en comerciales de TV por cable, toda nueva, etiquetada con precios en dólares. Creo que estaba bastante contento con las canciones que le interpreté, porque encomendó a Nastya a llevarme las prendas y me dio la indicación de que me apurara, porque ya estaba en la tercera taza de café, esperándome.

Llegué al comedor. Al centro estaba el abuelo; a su derecha, su secretaria con las gemelas, y a su izquierda, una silla vacía. Después de mi posible lugar estaba sentadas Valeria y Sharon.

—Rodrigo, Ah, qué bien te ves. Además, el perfume que te envié hace juego con tu personalidad. Me da gusto que Valeria te planchara la ropa, antes de ponertela —dijo el abuelo, parándose para acercarme la silla. El perfume era Bijan.

—Ro, qué rico hueles. Te ves muy bien —dijo Valeria— el abuelo nos llevará a conocer el nuevo yate. Mandó a construir dos, por el astillero alemán Blohm+Voss, ya entregó el correspondiente a los recién casados. El otro lo inauguraremos nosotros. Espero que Sharon cambie de actitud y decida lucir el conjunto para la tarde que le escogí.

—Muchas Gracias Señora Valeria. Su papá tiene buen gusto —comencé a desayunar.

Seguimos comiendo mientras platicábamos los detalles de la boda. La Catedral de Acapulco (Nuestra Señora de la Soledad) fue insuficiente; mucha gente se quedó afuera. Llegó más gente de la esperada, pero era una muestra del interés que captaba la unión del momento. Excepto por los *"zurdos de mierda, sin clase ni carisma"* de *La Jornada* —según el abuelo—, todos los periódicos a los que había convocado dedicaron una foto y un artículo, no solo en la sección de sociales. Se entendía que el peso de México en el comercio exterior era de protagonismo. Lupita Jones, Julio César Chávez, Hugo Sánchez, Luis Miguel y otros más daban una visión de México exitosa y futurista. Por eso, la llegada imprevista del gobernador y su esposa, y de otros banqueros a la iglesia, confirmaba la buena relación entre el presidente y el Vaticano; la muestra de esa "sana relación" era la presencia del Abad secular de la Basílica, Guillermo Schulenburg.

La mayoría del tiempo que estuvimos en la mesa, Valeria me estuvo rozando las piernas con sus pies. Era una forma de decirme que quería continuar conmigo en la cama. Mientras, Sharon tocaba la comida con pereza. No la había visto así de deprimida, desde el día que me pillo

besando a su madre.

—Sharon, ¿estás bien? —le pregunté.

—Me voy. Me voy a dormir un rato más.

Nadie habló, nadie dijo nada, simplemente se retiró. Nadie la estaba juzgando por perder la cabeza en la fiesta, a todos nos pasa, perder la cordura en momentos de algarabía y desmedida alegría.

La concurrencia familiar después de haberme escuchado cantar, y de ver que el abuelo me había *"adoptado"*, no entendían por qué Sharon se la había pasado borracha insultándome, escupiéndome, y cacheteándome. Pero a pesar de eso, yo me había metido a la alberca con todo y zapatos para sacarla, evitando que se ahogara. Tampoco entendí, porque Nastya me miraba con una expresión de "te voy a partir tu madre".

La otra boda

El Jefe Comanche —quien aún no se reponía de un infarto— me había mandado a llamar para que llevara unos papeles al padre de Valeria. Resulta que, desde el asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, estaban realizando una purga de los mandos más viejos en la estructura de la policía, tanto local como federal. También complicaba la situación que uno de sus viejos conocidos, Porfirio Muñoz Ledo, estuviera alebrestando a miembros del partido oficial para sumar fuerzas y escalar posiciones de poder —pinches golosos—. Por si fuera poco, traía encima a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos por una foto en la que aparecía junto al jefe de los narco satánicos. No había nada ilícito en esa imagen: ni si-

quiera portaba el uniforme de la honorable corporación; solo eran ellos dos y un mazo de cartas del Tarot de Marsella sobre la mesa. Sin embargo, la foto fue publicada en un periódico izquierdista que distribuían en el metro, y eso era más que suficiente —¿Cómo es posible que la gente le crea, a una publicación hecha de copiar y pegar contenido de otros?

Pero lo que definitivamente lo mandó al Hospital Regional "Gral. Ignacio Zaragoza" del ISSSTE fue lo de Ray el Rata. Pinche Ray: todos sabíamos que era gay de clóset, pero nunca nos imaginamos que el complemento de su amor de juventud fuera el chofer de un microbús del paradero de Martín Carrera. Ni en la telenovela mexicana *Muchachitas* existía un nexo tan intenso como el de esos chicos, quienes decidieron hacer una videocinta en formato VHS para inmortalizar el momento de su intercambio de fluidos. La cinta rodó por todos lados —fue entonces cuando vi, cómo se conectaban dos videocaseteras VHS, para hacer copias del primer dueto gay mexicano—.

En fin, por todas partes le llovían problemas. Pensó que lo más conveniente era cerrar el ciclo: casarse por la iglesia con la gringa, velar solo por las gemelas y enviar a Ray el Rata a las afueras de la capital. Le compró una pequeña casa cerca de la caseta de Tepotzotlán, le entregó sus acciones de la empresa de seguridad privada que acababa de abrir, le regaló un Jeep armado conseguido en el deshuesadero de la policía y una maleta de piel para que, en palabras del Comanche, "guardara sus pelucas".

La boda del Comanche fue en el Santuario Parroquial de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, po-

pularmente llamada **"San Juanita"**. La fiesta fue en el salón **Cosmos 2000**. Nadie notó la ausencia de Ray el Rata; parece que fue el mejor regalo para el Comanche. **El Globie** acababa de morir en un accidente en motocicleta con **la Diana**. Nunca se supo qué hacían juntos, ni a dónde iban o de dónde venían. **Dorian** se fue a Estados Unidos a probar suerte en la industria del cine para adultos y a trabajar en las calles. **Patsy** se estaba reponiendo de una lesión que le impidió desarrollarse como pugilista. **El Trucutrú** se enlistó en el ejército y estaba en Tampico, encuartelado. **El Filósofo** se graduó en el Reclusorio Norte por falsificar papel moneda. **El Montoya**, **el Loco Erick** y unas chavas que nadie conocía, se voltearon en el Thunderbird rojo pasando La Pera; yo los iba a acompañar a esa escapada al *Baby'O* en Acapulco —Montoya acababa de cumplir 19 años y quería festejar a lo grande llevando su automóvil nuevo—. **El Donkey** se metió a la Policía Federal de Caminos. **El Román** se casó con la hija de la reina de los tamales. **El Pastas** desapareció; nunca se supo qué fue de él. **El Dodger** se volvió pastor de una iglesia protestante.

¡Qué locura! Solo **Patsy** y yo estaríamos en la boda. Fue un evento sencillo, sin lujos, solo lo básico. El Comanche me apartó una mesa para mi familia. A mis padres no les interesaba lo que yo hacía, así que no fueron. Mi mesa estaba vacía… hasta que llegó Patsy con las locas con las que ahora rolaba, pura loba de Insurgentes, Tlalpan y Puente de Alvarado. Así que fueron ellas las que animaron con shows improvisados y rutinas de baile, tanto que hasta la Gringa me sacó a bailar.

Al día siguiente, el Comanche hizo otra comida para darnos un anuncio. Mandó previamente a pintar la vecindad para que, al fin, su señora lo dejara en

paz. También vendió los carros que usaba en sus movidas, nos costó trabajo desinstalar los equipos de banda civil y raspar con una hoja de afeitar los emblemas y escudos de la corporación policial. El anuncio fue breve, aunque todos sabíamos que la jubilación era inevitable. Se ponía fin a la época de estar bajo su protección, bajo su mando. Ya venían otros más ambiciosos y sedientos de poder, con la llegada de los **socialdemócratas**, poco a poco infectaban a la gente con el fanatismo a la Unión Soviética como si fuera la solución al totalitarismo del partido oficial. Pero el Abuelo Kirk y el Comanche, sabían que el odio y resentimiento a los gringos, no era un impedimento para hacer negocio con el "American way of life".

Al terminar la comida, Patsy me llevo a caminar al lado del gran canal del desagüe. Al parecer ya lo van a entubar —no lo hacen por la gente, lo hacen para Tranzar— y aunque ese aroma a peste era tan desagradable, había cierta nostalgia al ver a chicos más jóvenes que nosotros jugando en las canchas de terracería. Era evidente que la vida continuaba. Patsy rompió el hielo:

—Carnal, ¿y tus viejas, la Valeria y la Tini?

—Andan en Francia. Pero tal vez entre hoy y mañana regresan.

—¡Ah, esa mamada!

—Ya ves, Valeria fue por Tini para la boda de Eugenia. Solo que ya no es Tini. Ahora es Sharon.

—¿Y eso?

—Bueno, estuve con Valeria la semana pasada en el departamento de Portales.

—¿Donde vive la Vanesa abajo?

—Ese mero.

—¿Y luego?

—Me contó de los cambios físicos y sicológicos de su hija. Ahora es toda una señorita de mundo. Me enseñó unas fotos de Sharon en la escuela y la casa donde vive. Se ve bien bonita.

—Pinche Roy se volvió vieja… por ti.

—No. Ya era evidente que lo iba a hacer. Si no era yo el primero, hubiera sido otro. Yo simplemente le di un empujón.

—¡Empujón pero de tripas! Tienes un chingo de suerte para las locas, cabrón.

—¿Por qué dices eso?

—Te andas echando a la mamá de la Tini. Dice Vanesa que es bien borracha la señora, y que le dispara el perico y la piedra para no salir y *quemarse* contigo. Apropósito ¿Ya te cogiste a la Vanesa también?

—Si, Valeria ya es bien atascada, me di cuenta desde la primera noche que me quedé con ella. Pero con Vanesa aun no pasa nada.

—Oye, Roy… ¿y si la embarazas, como a su sobrina? Para irnos a vivir con su papá a Interlomas.

—Cállate, ni me recuerdes. Ya me invitaron a su boda.

—Jajaja, no mames, pinche Roycito… nacerá en cuna de oro.

—No sé. ¿Qué tal si no es mío? Como si yo fuera el único que se la bombea.

—No, Roy, imagínate… a Sharon cargando a su hermanito. Pinche degenerado. Ya veo a la madre e hija viendo para el Zócalo desde el metro Pino Suárez.

—Jajaja, no te lo imagines.

—Entonces, ¿ya también son hermanas de leche?.

—No digas mamadas, Patsy. Por supuesto que no. Sharon anda con un africano.

—Ah, pinche chamaca golosa. Con razón te cambió. ¿Crees que me lo quiera presentar?

—Está bien. Es normal. Yo no tengo problema con eso. Y de conocer a su novio, pregúntale directo ahora que venga —como sino supiera que se hacen llamadas de larga distancia para chismear, pinches viejas chismosas.

—Roy… tengo que decirte algo.

—Dime.

—*Algo*… jajaja.

—Pinche mamona.

—No, ya en serio. Cuídate del papá de la señora Valeria. No te confíes. Varios de aquí han trabajado con él y no los hemos vuelto a ver. Quién sabe qué pedo con ese Don. No quiero que te pase nada malo.

—Ora, pinche loca, suéltame la mano. Ya quedamos que solo somos amigos.

—Sí. Por eso te lo digo. Además, culero… hoy te doy la oportunidad de ganarme. ¿Qué te parece si vamos por mis guantes?

—Va. El que pierda invita los refrescos a todos, pero en *La Paloma*. Me gusta comprar en esa miscelánea, siempre tienen las Cocas de vidrio bien frías.

Volvimos a pelear. Volví a perder.

Esa fue la última vez, que lo que quedaba de nosotros, como adolescentes, se disolvió con la llegada del anochecer.

El departamento

Llegó el día de mi cumpleaños, con los dos trámites esenciales que me convertían legalmente en adulto: la cartilla del Servicio Militar Nacional y la credencial para votar. Valeria estaba un poco asustada. Hacía unas semanas, un grupo de insurrectos había tomado rápidamente cinco cabeceras municipales clave en Chiapas: San Cristóbal de las Casas, Altamirano, Las Margaritas, Ocosingo y Chanal. El objetivo, según su vocero —un hombre blanco—, era reclamar los derechos de los pueblos indígenas en el contexto de la entrada en vigor del **Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)**. Valeria me decía que si quería, podría enviarme con Sharon, ya que en la prepa pública a la que acudía, *"los rojos"* motivaban a la juventud a sublevarse. Le aterraba que me enviaran a la guerra, cuando en realidad la mayoría de la gente, protestaba en marchas y plantones, pero nadie se alistaba con los insurrectos. Una cosa es romper cristales y repartir volantes subversivos, y otra cosa, es saber usar un arma de fuego contra el estado. Mi amigo el Trucutrú, me avisó que

el movimiento era para golpear al bloque de los desertores del partido oficial de 1988, por lo que buscaban dividir a los atarantados opositores. La mayoría de la prensa internacional, tenia los ojos puestos en el mundial de Futbol en los Estados Unidos. Así que, solo hay que dejar pasar el tiempo, para que se borre esa sublevación de la memoria colectiva.

Aunque la verdad es que, en esos días, yo estaba muy entretenido intoxicándome y fornicando con Valeria. Pasábamos la mayoría del tiempo desnudos, comiendo y bebiendo en cada parte del departamento, buscando pretextos para tener sexo al natural, nunca use preservativo con ella. No es que no nos importara la salud, pero como la vida de Valeria había sido muy aburrida y casta antes de mi llegada, ella quería reponer el tiempo y experimentar como la adolecente que nunca pudo ser, sobre todo experimentar con **LSD**. Por desgracia, la sustancia que nos vendían no era la comercializada por el laboratorio Sandoz; tampoco éramos parte del experimento MK Ultra, ni mucho menos de la generación hippie. Pero a pesar de nuestro exceso, nos bañábamos a diario. Así que nuestros días eran una ilusión, o una alucinación, constante:

—Ro, amor, ¿por qué quitaste la puerta?

—La puerta está en su lugar, mujer. Ven, vamos a besarnos.

—No, ya dime dónde está la puerta.

—Mujer, aquí está la puerta —abrí y cerré la puerta para demostrarle que allí estaba. Con el crack se ponía cachonda, con el LSD abría portales.

—No, amor, *esa* puerta no.

—¿Cuál puerta, mujer? ¿A dónde quieres ir o llegar?

—A la Puerta de Ishtar.

—¡Qué honor ir con la hembra que copuló a diario! Si, vamos al templo de Marduk, aunque ya no es tiempo de celebrar las fiestas de año nuevo.

—Después entraremos por las otras siete puertas.

—Amada mía, ¿ya viste el amanecer púrpura?

—Sí, sí, sí. A tu lado lo encontré.

—Entonces crucemos con una ofrenda. Toma la piña del frutero, Valeria. Yo tomaré las uvas.

—No, yo quiero llevarle las manzanas, y tú lleva tu hermosa serpiente.

—Vamos entonces. Entremos sin miedo. Alguien tiene que develar el misterio.

—Ro, ya vi, ya vi el ojo que dices. Míralo bien, es el octágono de Saturno que se está abriendo.

—Tienes toda la razón, mujer. Ya vi que el triángulo somos tú, Tini y yo.

—Sí, así es.

—Antes pensaba que los cuernos eran los de Moisés, pero no… son dos *shofar*. Escucha, el viento produce un sonido similar al del trombón cuando cruza por la ventana —en esos instantes de delirio, solíamos tener una particular sincronía.

—Sí, sí, Ro. Ahora sí, bésame. Te quiero, te quiero. Dame un poco de vino antes, pero que salga de tu boca.

—Espera, deja busco la botella.

—Ahora sí. Abre la boca. Tomaré lo más que pueda para alimentarte con la sangre de Cristo.

El departamento de Valeria se fue convirtiendo, poco a poco, en una exclusiva mansión del placer. Y aunque solíamos ser selectivos con las personalidades que invitábamos a nuestras sesiones para *"abrir portales interdimensionales"*, era poco probable que los demás adictos tuvieran exactamente las mismas alucinaciones, ya que las alucinaciones son experiencias subjetivas e individuales. Sin embargo, como siempre estábamos copulando, segregábamos un **"cóctel" de sustancias químicas** (hormonas y neurotransmisores) que influían en nuestro placer, la excitación, el estado de ánimo y el establecimiento de vínculos afectivos. Por lo cual, el contenido de nuestros delirios y alucinaciones se volvía similar o idéntico. Esa relación tan cercana influía en cada uno, un fenómeno conocido como **trastorno psicótico compartido** o ***"folie à deux"***.

En ocasiones nos absteníamos en periodos de tres a ocho días para leer. Compartíamos el gusto por leernos uno al otro. Leíamos de todo, pero uno de los textos que más me gustaba escuchar de su voz era el libro ***"La organización de la conducta: una teoría neuropsicológica"***, de **Donald Hebb**. Una obra fundamental en psicología y neurociencia, conocida por introducir la teoría hebbiana sobre la plasticidad sináptica y las asam-

bleas celulares. La llamada **Ley de Hebb** afirma que las conexiones sinápticas se fortalecen cuando dos o más neuronas se activan de forma contigua en el tiempo y en el espacio. Al asociarse el disparo de la célula pre sináptica con la actividad de la pos sináptica, tienen lugar cambios estructurales que favorecen la aparición de asambleas o redes neuronales. La regla de Hebb plantea que si dos neuronas están activas aproximadamente al mismo tiempo, sus conexiones se fortalecen. En concreto, Hebb afirmó que *"si el axón de la neurona A está suficientemente cerca de la célula B y contribuye de forma repetida a dispararla, ciertos cambios estructurales o metabólicos aumentarán la eficacia de tal sinapsis."*

Otro libro que teníamos en nuestro palacio bibliófilo era ***"Flores para Algernon"***, de **Daniel Keyes**, una novela clásica de ciencia ficción que explora temas de inteligencia y humanidad a través de Charlie Gordon, un hombre con discapacidad intelectual que se somete a una cirugía experimental para aumentar su coeficiente intelectual —un procedimiento que, en la trama, ya había funcionado en un ratón llamado Algernon—. El libro retrata la incomprensión y la soledad de quien, a los treinta y tres años y de golpe, ve cómo cambia todo su mundo y la percepción que tiene de él. La incapacidad de entenderlo parece más difícil con un coeficiente muy alto que con uno muy bajo, y de pronto Charlie se da cuenta de las consecuencias de poder entender las reacciones, los sentimientos y las emociones de las personas sin discapacidad. El encaje en el "nuevo" mundo se le hace cuesta arriba, pues ni él mismo es capaz de entender lo que ocurre en su entorno, pero tampoco lo que ocurre dentro de sí mismo. La tensión era constante; sufríamos con Charlie

su progreso y su incomodidad, a la vez que íbamos viendo su oscuro pasado, en ocasiones falto de afecto y lleno de maltratos, de modo que, mientras nos enganchábamos a la lectura para ver el avance de Charlie, llegamos a sentir que lo acompañábamos y nos sentíamos con él en esas situaciones injustas, tristes y degradantes. La incertidumbre sobre su futuro, pero también sobre su presente, nos abrumaba cuando se confesaba en su diario cuestionándose: *«¿Cuál es mi lugar? ¿Quién y qué soy ahora?»*.

Una de las cualidades de Valeria era que sabía varios idiomas, entre ellos el ruso. Por eso tenía varias publicaciones de **Konstantín Tsiolkovski**, y ya que éramos unos viajeros intergalácticos, fue muy agradable verla leer en ruso e irme traduciendo al español, al momento, **La ecuación de Tsiolkovski**, en la que describe cómo un cohete puede acelerarse expulsando parte de su masa a alta velocidad. La ecuación permite calcular la cantidad de combustible necesaria para alcanzar una velocidad determinada y diseñar cohetes más eficientes. Descubrimos cómo el científico ruso es fundamental en la ingeniería aeroespacial. Pero lo que más me sorprendió era **La Teoría de las Eras Cósmicas**, donde Tsiolkovsky divide el futuro de la humanidad en cuatro grandes etapas evolutivas:

1. **Era del Nacimiento:** La humanidad comienza a explorar el espacio cercano y a liberarse de la gravedad terrestre.
2. **Era del Florecimiento:** La colonización del sistema solar y el aprovechamiento total de la energía solar.
3. **Era de la Madurez:** La expansión hacia otros sistemas

estelares y el dominio de las leyes físicas del universo.

4. **Era de la Terminal:** Una etapa filosófica donde la humanidad podría trascender su forma física.

Todos esos factores influían en nuestras alucinaciones por las drogas, haciendo de cada experiencia algo único e irrepetible. Pero las alucinaciones inducidas por sustancias psicoactivas varían ampliamente entre individuos y dependen de múltiples factores, como el **tipo de sustancia**: diferentes drogas como el LSD, la cocaína o el cannabis tienden a producir tipos específicos de alucinaciones, ya sean visuales, auditivas o cinestésicas. Pero como les decía, cuando a eso le sumas las principales sustancias químicas liberadas por Valeria y yo durante el transcurso de nuestra actividad sexual, ¡la locura era única! incluyendo en primera la **Oxitócica** —mejor conocida como la "hormona del amor" o del apego—, se libera durante el contacto físico íntimo y el orgasmo, promoviendo sentimientos de satisfacción, calma, seguridad y confianza con la pareja, además de fortalecer el vínculo afectivo.

También, hay que considerar la **Dopamina**; este neurotransmisor es clave en el sistema de recompensa del cerebro, generando sensaciones de placer intenso, euforia y motivación para buscar la repetición de la experiencia. Es una de las sustancias responsables de la adicción al proceso amoroso/sexual. Con dinero, vino, comida y un sistema de sonido modular escuchando óperas como *Madame Butterfly*, aumentaban las **Endorfinas** en cada beso y caricia, actuando como analgésicos naturales del cuerpo, produciendo una sensación de bienestar y euforia similar a la de los opiáceos.

Valeria nunca había experimentado el sexo de forma libre, solo para concebir a Sharon. Por lo que yo, me sentía amado por primera vez al poder sentir ese calor de Valeria, que vaporizaba el agua fría de la regadera. Pensábamos que con el agua fría bajaría nuestra alocada calentura y podríamos desengancharnos de nuestra pasión, pero la traidora **Serotonina**, implicada en el estado de ánimo, alteraba nuestros niveles y fluctuaba durante el proceso de mi erección buscando a la propietaria de la cavidad, para ensamblarnos como una nave espacial. Así nos asociábamos con sentimientos de felicidad y plenitud.

Dejábamos la línea del teléfono desconectada, el radio localizador y el teléfono celular apagados, ya que nos gobernaba la **Noradrenalina** (o norepinefrina), que contribuía a la excitación y al aumento de la energía, provocando reacciones físicas como el aumento del ritmo cardíaco y, en algunos casos, sequedad bucal, que era apagada por la cava que heredó Valeria del viejo Kirk. Lo único que, al parecer, no se puede conservar es la **Vasopresina**, que, al igual que la oxitócica, está vinculada al establecimiento de relaciones monógamas a largo plazo y al comportamiento de apego en algunas especies, y se libera también en humanos.

Dentro de esta liberación, Valeria comenzó a integrar a **Vanesa**, una chica de Calzada de Tlalpan que andaba con un periodista y que ocupaba el departamento de abajo. Primero era quien salía a conseguir el material, pero después del aborto, Valeria la incluyó en nuestra relación, por lo que nos volvimos un triángulo de amor que terminó con la pasión exclusiva entre Valeria y yo. Para mí era necesario finalizar esta miel. La **vulnerabilidad individual** de Valeria comenzaba a desgastarme. La predis-

posición genética a trastornos mentales, como la esquizofrenia o el trastorno bipolar, puede aumentar la probabilidad de experimentar psicosis y alucinaciones, pueden ser influenciados por estas condiciones latentes.

Entre el aborto de Valeria y la muerte del abuelo Kirk, todo se fue al carajo. La versión oficial sostenía que el viejo había muerto de un infarto en su casa de Interlomas. Las culpables fueron unas malditas escaleras que tenía que subir y bajar para ir a nadar a su piscina de clima artificial. Según el comunicado, firmado por su secretaria personal a nombre de la familia, aquellas escaleras inmundas lo agotaron y extenuaron hasta hacer fallar su gran corazón de oro. La ceremonia de cremación fue privada y solo por invitación. Todos los periódicos y noticieros de televisión manejaron la misma información —lo que se conoce como "nado sincronizado"—. Pero la verdad, acá entre nos, era otra: el abuelo se había ido a celebrar la final del mundial y se quedó en las piernas de una mulata de nombre artístico "Thalía", a la que sacó del Tabares de Acapulco. Aquello fue la señal definitiva de que ya era hora de partir de ese lugar.

Por otra parte, la dosis y la pureza del material que conseguía Vanesa, sumadas a la cantidad de droga que consumíamos, influían directamente en la intensidad y la naturaleza de las experiencias psicóticas de Valeria. Ya no podía controlarla, y además, ella se sentía mejor al lado de Vanesa.

Tal vez por eso, con el tiempo, llegué a reconocer que lo que viví con Valeria era el trastorno psicótico compartido, ***"folie à deux"***, donde es el único escenario documentado en el que las personas comparten

alucinaciones o delirios similares. En este síndrome poco frecuente, una persona con un trastorno psicótico primario influye en otra u otras personas cercanas, que gradualmente adoptan las mismas creencias delirantes. Y es que tras tanto tiempo, el coito y la eyaculación liberaban cantidades significativas de prolactina, además de oxitócica y serotonina, lo que a menudo induce una sensación de somnolencia y relajación poscoital. La testosterona también es fundamental para el deseo sexual, y en el caso de la libido, los niveles de estradiol en Valeria —que producía estrógeno y progesterona— son relevantes para la conducta sexual y el ciclo menstrual, respectivamente. La oxitócica juega un papel crucial en las contracciones uterinas durante el orgasmo y en el apego, y la prolactina también se libera. Y si de liberar se trata, las alucinaciones espontáneas e individuales de dos adictos son únicas para cada uno; la dinámica de una relación muy cercana puede, en casos raros, llevar a una superposición de su contenido delirante.

Con el pasar de los años, y al volverme abstemio, empecé a reconocer los **factores psicológicos** de esa peculiar relación. Mi estado de ánimo, las expectativas y el entorno —lo que se conoce como *"set and setting"* en el momento del consumo— pudieron moldear la experiencia alucinatoria. Y es que en mi **historia de consumo**, el tiempo y la frecuencia del consumo de drogas afectaron la gravedad y la recurrencia de los síntomas psicóticos.

Y aunque mi **deterioro cerebral es irreversible**, pude reconocer que el consumo crónico de drogas produce cambios profundos en el cerebro, afectando neurotransmisores como la dopamina y la serotonina, lo que puede dar lugar a experiencias psicóticas únicas en mi

vida. Pensé que con Valeria la experiencia sería única, pero años después, **Vivienne Wimmler** y posteriormente **Eimy Sue**, colaboraron para regresar al mismo estado alterado de conciencia.

Conexión temática del Capítulo Seis.

Bisagra narrativa y conceptual del proyecto: del encierro juvenil a la violencia sistémica; del barrio al palco VIP; del golpe visible al despojo elegante.

Capítulo Seis.

El banquete del despojo: performance, adicción y tránsito identitario en el México Liberal Financiero

Este capítulo ensancha el campo de la crítica social al internarse en el corazón viscoso de la élite económica y política mexicana durante un momento histórico decisivo: la firma del TLCAN. Lo que se presenta como celebración —una boda, un yate, un brindis— es en realidad la escenificación del saqueo. La fiesta ocurre después del atraco; el champán burbujea sobre la venta de paraestatales, la captura del Estado y la conversión del poder en herencia privada. La figura del abuelo Kirk condensa esta mutación histórica. No es solo un patriarca: es un nodo donde confluyen el poder político tradicional, el capital emergente y el crimen organizado. Su alianza con el Comanche y la boda como transacción ilustran con precisión la lógica de la **acumulación por desposesión** que definió al Liberal Financiero mexicano (Harvey, 2005). El amor es accesorio; lo central es la expansión del dominio. En este escenario, Rodrigo ocupa una posición liminal. Ya no pertenece al mundo de la pandilla ni es el criado de Sharon, pero tampoco es parte de la élite. Es observado, probado, vestido, perfumado. Su talento musical funciona como capital social: canta rancheras y boleros como quien ofrece credenciales de autenticidad popular en un salón de espejos dorados. Su "adopción" por el abuelo Kirk es un acto de patronazgo: Rodrigo se convierte en accesorio de lujo, en herramienta sensible dentro de una maquinaria insensible.

El **consumo conspicuo** —yates alemanes, whisky escocés, perfumes franceses— no es solo ostentación: es pedagogía del poder. Enseña quién merece existir y quién solo puede aspirar a ser usado. Rodrigo es espectador, pero también premio simbólico. La escena revela el México dual: mientras los medios proyectan una imagen futurista y exitosa, en la suite del hotel se reproduce una intimidad corrupta, violenta y profundamente disfuncional. La fachada del sistema liberal financiero cruje desde dentro.

Las **drogas** atraviesan este mundo como lubricante social y anestesia existencial. La cocaína no aparece como desviación marginal, sino como ritual integrado a la vida de la élite: facilita la conexión falsa, acelera la intimidad y suspende la culpa. En con-

traste, Sharon consume fármacos "legales" —antidepresivos, analgésicos— que intentan domesticar un dolor más profundo. Ambas sustancias operan sobre el mismo circuito de recompensa, secuestrando la neurobiología del apego y el placer (Koob & Le Moal, 2008).

La **transición de género** de Tini a Sharon es uno de los ejes más delicados del capítulo. Su viaje a París para tratamientos médicos simboliza una búsqueda radical de autoafirmación, pero también expone el choque brutal entre identidad y expectativa familiar. Sharon habita una feminidad impuesta, per formativa, que la asfixia. Su rechazo a vestirse como Pamela Anderson y su huida de la mesa revelan una disforia que no encuentra lenguaje. La violencia que ejerce contra Rodrigo puede leerse como violencia internalizada: la rabia dirigida hacia afuera cuando no puede resolverse hacia adentro (Butler, 1990; Stryker, 2008).

Rodrigo observa este proceso con una aceptación seca, sin dramatismo. "Se ve bien bonita", dice. No teoriza: constata. La crudeza del chiste de Patsy —"hermanas de leche"— muestra la incomprensión callejera, pero también una forma pragmática de inclusión. Aquí la identidad de género se construye fuera del discurso académico, en un terreno de movilidad social, riesgo y afectos torcidos.

La **alienación** de Rodrigo se intensifica. Su relación con Valeria funciona como refugio ambiguo y destructivo: sexo, alcohol y drogas activan un cóctel neuroquímico de dopamina, oxitócica y serotonina que confunde apego con dependencia. La narración describe con precisión cómo el circuito del placer se convierte en jaula, ofreciendo un caso clínico narrativo sobre la intersección entre adicción y vínculo romántico (Koob & Le Moal, 2008). El capítulo introduce además un registro **psicológico y sobrenatural**. La visión de la pirámide con el ojo y la cornamenta puede leerse como realismo mágico, alucinación inducida por sustancias o síntoma de estrés postraumático. También funciona como metáfora: fuerzas invisibles —económicas, políticas— que vigilan y determinan el destino de los personajes. La frontera entre lo psíquico y lo mítico se vuelve porosa.

En paralelo, el texto ejecuta un **obituario colectivo** de la pandilla que surge cuando no se es niño, ni adolecente, cuando se duda si se es hombre o mujer, cuando la fraternidad se da entre los que están cansados del abuso pero no rompen el ciclo: se vuelven un eslabón en la cadena del exceso. Muerte, cárcel, exilio, conversión religiosa, desaparición: trayectorias clásicas de jóvenes varones marginados tras la desintegración de las economías informales que los protegían (Hagedorn, 2008; Venkatesh, 2008). La jubilación del

Comanche no es pacificación, sino retirada estratégica ante nuevas configuraciones de poder. Su advertencia sobre "los nuevos más ambiciosos" señala la continuidad de la violencia estructural bajo banderas renovadas (Aguilar & Castañeda, 2021).

El **canal pestilente** que será entubado funciona como metáfora final. Es la cloaca de la infancia y la adolescencia, el espacio de fuga y encuentro. Su desaparición materializa el gesto del sistema liberal financiero por excelencia: soterrar la miseria para vender modernidad. Pero el fétido olor a peste persiste —no es la peste de Camus develando una **alegoría sobre la condición humana, el absurdo de la vida y la lucha contra el mal**— es la peste de una generación podrida e inútil, que no sirve ni para abonar plantas. La memoria no se borra; se filtra.

Cierre del capítulo / Conexión con el proyecto

Este capítulo clausura simbólicamente la primera etapa de la historia: la formación y disolución de la identidad juvenil en contextos de encierro y marginalidad. Al mismo tiempo, abre la puerta a la segunda: la inmersión de Rodrigo en el mundo de la élite corrupta, donde la violencia ya no golpea, sino que firma contratos; ya no dispara, sino que desaparece. Es el puente entre la violencia callejera y la violencia sistémica: dos caras de la misma moneda en el México liberal financiero. Pero no importa de qué lado de la moneda estés, quien defina esa apuesta a cara o cruz, tiene dos manos, a finales del siglo XX juega con la mano derecha. Pero a inicios del siglo XXI jugara con la mano izquierda, hasta que se vuelva a aburrir.

Volumen III:

Capítulo 9: Chornozem

Nunca creí, que medio año después de la muerte del viejo Kirk, su viuda, la señora Nastya, me invitaría a desayunar a su casa en la colonia del Valle. Antes de la partida del rey de las planchas y las licuadoras, esa era la oficina donde solía quedarse hasta tarde, inclusive días. Era una hermosa mansión de estilo colonial californiano que ocupaba una manzana completa, con una fuente morisca, alegorías de mármol, árboles frutales y una piscina techada climatizada. Pero lo que más me gustaba era el salón de juntas instalado dentro de un invernadero; el aroma a tierra húmeda y vegetación contrastaba vivamente con la belleza serena y ligeramente melancólica de la joven viuda. La invitación no era del todo formal. Quería regalarme unos trajes, ropa sport y algunos accesorios de oficina, ya que planeaba vender la propiedad y mudarse a Cuernavaca. Además, las gemelas ahora estudiaban en un colegio en

Inglaterra. Se quedaba sola, y le habían ofrecido dar clases en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Aquel día, el dólar cotizaba a 7.0825 para la venta y el Centenario en $3,100.00 nuevos pesos. Nastya, con una calculadora en mano, analizaba las tendencias de inflación y devaluación para decidir qué porcentaje ofrecerle a Valeria por la venta de unas bodegas que el abuelo Kirk poseía en la colonia Federal. Me entregó su propuesta formal en un sobre membretado y sellado, pidiéndome que lo llevara y regresara con la respuesta.

Eran los días en que Vanesa era quien cumplía cabalmente la labor de satisfacer sexualmente a Valeria. Por eso, ella no puso ningún inconveniente a la propuesta; de hecho, ni siquiera sabía de la existencia de esas bodegas. Firmó todos los papeles con una calma desapasionada, sin mirarme. Parecía que el fuego interno que tanto la caracterizaba se había apagado por fin. Pero cuando le pregunté por Sharon, su semblante cambió por completo.

—Rodrigo, Sharon ha regresado. Ya no quiere estudiar. Se fue unos días a la casa de Cuernavaca.

—¿Por qué ya no quiere estudiar?

—No lo sé.

—¿La dejaste ir sola?

—No. Se fue con Eugenia… y con la bebé.

—¿Cuál bebé?

—La de Eugenia. ¿Sabes de lo que estoy hablando o necesitas que te lo recuerde? Rodrigo no debiste irte,

la falta de droga te esta haciendo daño.

—Ah, la bebé de Eugenia —dije, sintiendo un escalofrío—. Perdón. Habíamos quedado que ese tema estaba prohibido.

—Solo te pido discreción, por su esposo. Aunque se celebrará su segundo cumpleaños, él no estará.

—Está bien. Siempre y cuando no me quiera golpear como lo hizo el tuyo.

—Jijiji, Ro. Nunca se me va a olvidar ese día.

—Bueno, me da gusto que, aunque yo no esté, Vanesa te cuide.

—Sí, ella es increíble. No es que ocupe tu lugar, pero con ella me siento bien.

—Aún recuerdo la vez que la vi noquear a Patsy en el tercer round.

—Sí, me contó. Pero ahora son grandes amigas. Ya no boxean, ahora juegan futbol en el Maracaná.

—Ojala y vayas al partido, ya viene la fiesta de San Francisco de Asís, a propósito… ¿y tu mujer?

—Fue por un mandado. Ya sabes, nada como ir a su Barrio por el material. Te deberías de quedar un rato mas, te invito un jalón. Recuerda que yo siempre compro “dulces” para los tres, aunque tú no estés.

—No Valeria, estoy bien así. Gracias. Últimamente ya no he ido a la vecindad de Jesús Carranza. Ya no tengo amigos libres o vivos en esa zona.

—Se nota. Te estás poniendo barrigón. Ya que dejaste de drogarte y andar con mujerzuelas, también deja de beber tanta cerveza. Busca a una mujer más joven para formar una familia. Me encantaría ser su madrina.

—No, yo estoy bien por el momento.

—Entonces… ¿podrás ir hoy con Sharon?

—Sí. Déjame terminar el trabajo que me pidió Nastya y con gusto voy.

—Hablando de esa esclava… la que mandó importar una tonelada de *Chornozem* para su jardín… ¿Te gustó la recámara estilo Rococó? Es original de la época de Luis XV.

—¿De qué hablas, Valeria?

—Jijiji… ¿Qué dedo quieres que me chupe, Rodrigo Enrique? Anda dime, ¿ya te llevo a su sótano?

—Valeria no digas tonterías. Fue la esposa de tu padre.

—¿Y eso qué? Vas muy lento. Aún te falta fornicar con ella.

Afortunadamente, Vanesa llegó en ese momento y aproveché para irme. Salí bastante molesto por la actitud de Valeria.

Caminé por la Calzada Santa Cruz hasta llegar a Simón Bolívar, necesitaba enfriar la cabeza. Me sentía bien bebiendo solo cerveza, sin consumir ninguna otra cosa. Seguí caminando hasta la calle de Luis Spota e

hice una pausa en una taquería donde aún no empezaban el servicio, pero me regalaron una Coca-Cola tan fría que me levantó el ánimo. Siempre me ha encantado apuntar la botella contra el sol y ver cómo el líquido cambia de tonos, dependiendo también del color del vidrio. Por eso prefiero la botella verde. Desde niño, ese ha sido un ritual personal, una satisfacción íntima que solo conocen mis parejas, o mis verdaderos amigos.

Mi radio localizador comenzó a vibrar. La voz de la operadora transmitió el mensaje: *"Te espero afuera de la Iglesia de la Medalla de la Virgen Milagrosa. Voy a la misa de las seis."* Mensaje de Nastya. Revisé el reloj Jaeger-LeCoultre que el viejo Kirk me regaló en una de sus borracheras. Eran las 5:05. Sabía que si seguía caminando por Matías Romero llegaría en unos diez minutos a paso veloz. Pero me encontré con el Calaco y el Tomato, unos cuates que conocí cuando Ray "el Rata" y el "Guachito" formaron su banda de covers donde yo cantaba. Me invitaron a una fiesta que darían las chicas del Reina de México. Intercambiamos números; les di el numero de mí radio y celular. Empezaron a echarme carrilla, pues conocían mi origen.

—¡Ya te volviste el *Pirruris* de la banda! —lo dijo el Calaco con tono de risa— pinche Ray el rata, le va a dar diarrea, cuando vea las cosas tan chingonas que ahora cargas.

—Nosotros tocaremos en la fiesta —añadió el Tomato bien mariguano— así que no lleves piedras al cerro.

Corrieron hacia una Ruta 100 para tocar la guitarra y sacar unas monedas. Quién iba a pensar que, pocos días después

quebraría esa empresa estatal.

Llegué a la iglesia quince minutos antes. Nastya vestía ropa sobria, calzado bajo y llevaba el cabello cubierto con un pañuelo. Aun así, se notaba su figura seductora. Le comenté que, si quería, podía esperarla o acompañarla a la misa. Sonrió levemente; nunca la había visto sonreír.

—No es necesario —dijo su voz, con un hilo de aire frío— Quiero estar sola.

Así son las eslavas, dicen que solo se enamoran una vez. Era evidente que había apreciado a Kirk, pero su corazón siempre había pertenecido al padre de las gemelas. Volví a mirar el reloj que el viejo Kirk me regaló. Recordé la noche en que me lo dio, borracho como nunca. Se sacó de onda cuando, al día siguiente, se lo devolví. Me dijo algo que resonó como una verdad honda:

—Lo tuyo no es robar, Rockdrigo. Lo tuyo es enamorar, y eso no da riqueza ni poder. Por eso mi hija te tiene en un altar, y mi… nieto, esa cosa rara que ahora se viste de mujerzuela, también. No tienes corazón para matar con un arma, Rodrigo Granda, pero sí con tus palabras. Sé que, si hay riesgo, darías la vida por un amigo, por mi hija o por cualquiera de mi familia.

—Kirk, ustedes me han tratado muy bien, y la verdad, ya tenia ganas de partirle su madre a ese culero.

—¡Pinche Rock! Eres la primera persona que no me roba. ¿Sabes cuántos hijos de su reputísima madre me han sacado dinero de la cartera cuando ando bien pe-

do? Nunca les doy importancia; simplemente los mando a la verga a esos culeros. Quien le falla al Viejo Kirk, solo cava su tumba.

—Así son los muy putos, por eso todos los zurdos de mierda son culeros.

—Ro, sé de tu desmadre con mi nieta, no te puedo castigar por *comerte la torta antes del recreo*, pero nos hiciste un favor a todos. Por eso la casé con alguien que le dará todo lo que ella necesita. Tú tranquilo; si ella te busca, es su pedo.

—No, Kirk como crees.

—Mijo, te voy a decir algo; su marido, no es ningún cojeputas como yo, es Gay. Así que; estoy en deuda contigo, no solo por eso, como me hubiera gustado ver la putisa que le diste a mi yerno. Dicen que lloro como un marica, muy machito con mi hija, pero contigo le salió lo puto.

Por eso, en ese momento me habían molestado tanto las palabras de Valeria. Me di cuenta, que andar sin drogas, aclara la mente. Y, como consecuencia inevitable, trae de regreso a la moral, con todo su peso y sus preguntas incómodas.

Capítulo 11: Gasparín

Llegó el día de la fiesta. Animé a Sharon a acompañarme, alegando que varias amigas de su madre tenían a sus hijas inscritas en el Colegio Reina de México. Pero no aceptó. No era que ignorara las características ideológicas, empresariales y herméticas de esa institución; era, más bien, una forma de sondear el terreno. Quería saber si aún

deseaba que yo me quedara, si me diría que no fuera, y que mejor pasara unos días con ella. Creo que la existencia de la bebé la enfrentaba a una realidad cruda: la de no poder ser parte de la tradición familiar, ser una incubadora. Sentía que había fracasado donde su madre tampoco triunfó.

Me llevó a tomar el autobús en su carro, un Thunderbird rosa que su papá le regaló por su cumpleaños. Nos estacionamos frente a la terminal Pullman de Morelos, en el Casino de la Selva. Quise darle un beso de despedida en la mejilla, pero giró la cara. Intenté tomarle la mano y la retiró con rapidez. Le di las gracias, bajé del auto y vi como se alejaba. Mientras esperaba la salida, pensé que su deseo real, era que la tomara a la fuerza, así le gustaba que la tratara, desde que regreso de Francia.

Aproveche para dormir un poco durante el trayecto, Pero una chica de aspecto hippie se subió en Tepoztlán, me despertó al poner sus sandalias de suela de llanta en el asiento contiguo. Me giré hacia la ventana y volví a dormirme. Fue ella quien me despertó de nuevo.

—Hey, amigo. Ya llegamos.

—Ah, gracias —dije, estirándome para salir del asiento.

—Tienes un karma muy extraño “ese”, como el de un ojo de venado “ese” —comentó, tomando su bolso hecho de jerga para limpieza, de esos que venden en La Ciudadela. Se quedó de pie, con la mirada perdida.

—¿Estás bien mujer? —le pregunté, recordando haberla visto antes en Coyoacán, repartiendo volantes

contra el imperialismo yanqui, con un grupo de izquierda.

—Simón, todo chido. —Se notaba que andaba en la lumpen, sobreviviendo. Así era yo cuando me perdía.

—Vamos a una fiesta. Te invito. Tal vez les haga falta una buena cantante y un Telepredicador que prepare cócteles para la cruda.

—Sí, bambi —sonrió. Por sus pupilas dilatadas y su energía vibrante, intuí que traía la droga de moda entre los juniors: éxtasis.

—¡Bambi era un venado, Tambor un conejo y Mickey Mouse la ratota! —completé, jugando.

—Jijiji, no me la sabía completa —se cubrió la boca con las manos, riendo. Era una hermosa niña fresa, disfrazada de indigente.

Extendí mi mano derecha para un apretón. Firme, nada agresivo, con la palma en posición vertical, un gesto que buscaba igualdad, sin ganas de transmitir dominación, al contrario sumiso para ella. Mantuve contacto visual y una sonrisa leve. Ella respondió, como quien busca un contacto sincero; con la mano izquierda comenzó a acariciar su cabello y parpadeó con intensidad. Sonrió, mostrando una dentadura perfecta, una clara señal de interés y de buena alimentación.

—¿Esa guitarra es tuya? —señalé el portaequipajes del autobús.

—Sí. Es mi cava rodante. Aunque también sirve de maleta para mi ropa interior.

—Excelente idea. Esas sí son aromas y notas finas.

Mi radiolocalizador comenzó a vibrar. Un nuevo mensaje: *"Rambo, tocamos a las diez. Haz paro, banda. Te esperamos en el metro."* Mensaje de Calaco.

—Qué mote tan bélico, para un chico tan adorable. Haz el amor y no la guerra, loco —dijo, metiendo los dedos entre su cabello como tratando de desenredar sus largos rizos.

—Ya sabes cómo es la banda de cábula. Después te cuento el porqué —guardé el localizador en su funda y tomé el estuche de la guitarra.

Bajamos del autobús, y recorrimos la Central del Sur buscando un teléfono público. El mensaje estaba incompleto. Llamé a la telefonista de Radio Móvil Dipsa, quien verificó con la capturista: el mensaje estaba textualmente así. No dudé de ella; mis amigos siempre andaban mariguanos. Lo más conveniente era encender el celular, aunque solo tenía anotados números fijos en la agenda que solía llevar como cartera.

La hippie comenzó a trenzar su cabello y lo amarró con una de las pulseras de cuero que llevaba en la muñeca.

—¿Entonces a dónde vamos? —me pregunto ansiosa.

—Esos atolondrados no especificaron en qué metro. Se me ocurre que lo mejor es ir a la Casa del Canto, en la glorieta del metro Insurgentes. Alguien allí sabrá.

—Yeah, buena idea. Allí alguien siempre sabe dónde está todo.

—Eres una mujer brillante. Creo que estamos en el mismo canal.

—Jijiji. Gasparín no tiene amigos, pero sabe dónde se juntan los marginados. —cuando dijo Gasparin, simulo con sus dedos un par de pistolas apuntado hacia ella.

—Entonces seremos Gasparín y Rambo, en la búsqueda de la fiesta interminable —lo dije sin pensar, porque a veces así sucede el encuentro entre opuestos.

—No tengo boletos para el metro —confesó, revisando su monedero. Sacó una sola moneda de un nuevo peso— toma, es lo único que traigo —volteó el monedero; estaba vacío.

—No te preocupes, yo los compro. Pero antes, dime: ¿qué elixir mágico viaja en este baúl sinfónico, mi estimada Gasparín?

—Ah, es una botella de un rico y nutritivo tequila San Matías —se me hizo agua la boca. Abrió el estuche de la guitarra y se empinó la botella brevemente— ten, toma. Se te ve con sed… y con muchas penas dolorosas también —me la entregó. Su rostro tenía ahora una expresión de tristeza. Di un buen trago y se la devolví.

—Vamos a guardarla. Tal vez a alguien más le haga falta un poco de felicidad —cerró el estuche, lo puso en el piso, lo tome con la mano izquierda y con la derecha sujete su delicada mano izquierda.

Caminamos de la Central Camionera del Sur hacia la estación del Metro Taxqueña. Solté su mano solo para subir

las escaleras. Era más alta que yo, delgada, de rasgos finos y una piel extremadamente blanca. Sus ojos tenían un tono como la miel. Su rostro tenía esa languidez *stoner* que complementaba su olor: una mezcla de incienso, humedad de casa vieja y ropa sucia. Olía mal; se notaba que no se había bañado en días. Pero después de las palabras cortantes de Valeria, la seriedad gélida de Nastya y la frialdad distante de Sharon, Dios —o el destino— volvía a ser generoso conmigo, enviándome un ángel, aunque fuera un ángel descarriado.

Después de comprar los boletos, una bolsa de papas Sabritas, un paquete de cacahuates japoneses, un Tix Tix, un negrito, una paleta payaso y un Boing (porque Gasparín confesó no haber comido en días), nos sentamos al final del último vagón. Ella miró el reloj:

—Ese reloj es muy fino. ¿Eres rico?

—No, Gasparín. Es un regalo de alguien que admiro, aunque ya murió.

—Déjame adivinar —se puso una mano en la frente, cerró los ojos, haciendo una mímica de un vidente para la televisión— ¿Tu papá?

—No. No tengo papá. Nunca lo conocí.

—A ver, que el gran espíritu me guíe… ¿Tu abuelo?

—Mi abuelo materno ya murió. El paterno no lo sé. Pero si fue un viejo.

—Ah, los espíritus chocarreros no se quieren comunicar conmigo —abrió los ojos y volvió a sonreír—. ¿Quién te lo dio, entonces?

—Me lo regaló el abuelo de un amigo.

—Ah, pues tu amigo debe ser millonario.

—Algo así.

—¿Y por qué usas radiolocalizador y teléfono celular? Apenas son para ejecutivos, policías o…

—Me los dieron en mi trabajo.

—Solo a los agentes de inteligencia les dan equipos tan sofisticados… para reprimir al pueblo.

—¿Por qué piensas que soy policía?

—Por tu cabello corto, tu porte, tu caminar. Parece que en cualquier momento vas a golpear a alguien. Pero no eres grosero. La mayoría de la gente se aleja cuando me siento cerca.

—Gasparín, yo no tengo problemas con la forma de vestir o de ser de nadie.

Sonó el celular. Era Valeria, preguntando por qué Sharon no había regresado a la casa; habían pasado más de seis horas desde que me dejó en el casino de la Selva. Le colgué después de una conversación tensa.

—¿Se enojó tu novia contigo? —preguntó Gasparín, mientras abría la bolsa de cacahuates.

—No es mi novia. Es… una amiga. Trabajo para su familia.

—Ellos son los que te dan esos equipos.

—Sí, así es.

—Son ricos, entonces. Eres de fiar. Pero ese reloj, esos equipos y esa estilográfica que traes sujeta a tu chamarra de soldado trastornado, con esas botas militares que usas, no cuadran, no combinan. Tampoco esa camisa polo que tiene bordado el nombre de *Jane's Addiction* donde debería ir la marca. Se me hace que eres el guarura de la hija de un político. ¡Ya basta! Enséñame tu charola del Estado Mayor Presidencial.

—Gasparin, creo que la espía eres tú. Pareces una elegante bailarina del Kírov, disfrazada de estudiante del CCH Sur.

Sonó de nuevo el celular. Era Sharon. Estaba en el departamento de los RIS; pasaría la noche allí y dejaría la llave "donde siempre". Se empezaba a complicar la situación.

—¿Ves? Como sí estás peleado con tu novia —se cruzó de brazos y frunció el ceño— ahora entiendo por qué te dicen así. Eres el perro guardián de una niña rica. Ella te viste, te gobierna… hasta la cara te cambia cuando hablas con ella.

—No es así. Nunca le pedí que fuera mi novia. Primero fuimos amigos. Nos conocemos desde la secundaria. Ella y su mamá me apoyaron cuando estuve guardado casi dos años.

—¿Y por qué te guardaron, muñeco? No tienes facha de secuestrador ni de violador. Yo vine contigo porque quise, porque me agradas. La mayoría de los hombres me ha tenido a la fuerza. Por eso ando así, para no llamar la atención.

—No sé. Nunca supe bien por qué.

—Jijiji, ¿cómo no vas a saber? Te ves maldito, inspiras miedo a los demás.

—Escucha bien lo que te voy a decir Gasparin: cuando uno es pobre, sin padres que estén pendientes, cuando no tienes idea de cómo funciona la ley… eres culpable por no saber hacer otra cosa más que meter los puños.

Se levantó, se quitó la blusa larga de gasa que portaba y comenzó a limpiarse los pies, llenos de tierra.

—¿Y qué más, Rambo? —su mirada era seria, atenta. Quería escucharme. Y hacía mucho tiempo que no sentía esa libertad para hablar.

—No sé si regresar con ella, sé que lo hace para chantajearme. O también, podría ir con su madre, pero ella tiene mas herramientas para manipularme. O tal vez acudir con mi nueva patrona… para renunciar. No sé qué hacer.

—¿Te hace mucha falta el dinero?

—No es el dinero. Es que… en esa familia de locos me siento bien. Me siento querido. Valorado.

—¿Y tus padres?

—A mi madre y a su esposo les da igual si llego o no. Por eso quiero ir a la fiesta, estar con mis amigos, divertirme un poco.

Con su mano derecha comenzó a tocar mis mejillas. Su mirada se volvió melancólica. Toco con sus dedos mi boca

y dijo:

—Sabes, en eso somos iguales. Yo… yo no me siento querida por mis padres, es más por nadie. Mi hermana mayor se lleva todas las atenciones. Y tienes razón, yo tampoco tengo interés por llegar a casa —guardamos silencio—. ¿Entonces, mí Rambo en qué estación nos bajamos? —pregunto con alegría.

—En Pino Suárez. Allí transbordamos a la Línea 1.

—¿Chico malo, quieres un poco más del elixir de la verdad?

—Claro que sí.

—Pero primero, cúmpleme tres deseos.

—Va. ¿Cuáles?

—Dime tu verdadero nombre. Solo tu nombre. Y apaga tu radiolocalizador y tu celular.

Asentí. Apagué ambos equipos. Le extendí la mano de nuevo.

—Soy Rodrigo. Gusto en conocerte. —Ella extendió la suya.

—Soy Jennifer. Y lamento decirte que nuestra agua milagrosa está por terminarse.

Capítulo 12: Volantazo

Salimos del metro Insurgentes con el plan inicial claro: tomar unas cervezas, escuchar música en vivo y, con suerte, averiguar dónde era la fiesta. Pero nunca falta el idiota que provoca una pelea y es el primero en correr

cuando la chota llega a repartir chingadazos. Así que el lugar tuvo que cerrar unos minutos antes de nuestra llegada. La niña hippie —Jennifer— sugirió ir a su casa. Quería bañarse, cambiarse de ropa y luego ir a comprar más alcohol y un poco de hierba. La niña hippie resultó ser la princesa de la colonia del Valle; su boato edificio estaba frente a la revista Proceso. Las llaves las tenía el señor de la recepción. Me presentó como su novio y subimos en el ascensor exclusivo del ático. Era un lugar moderno y elegante; me contó que allí habían filmado películas los del IMCINE. Después le preguntaría cuales, ¿o me estaría insinuando que hay cámaras ocultas?

—Siéntate, Rockdrigo. ¿Te puedo decir Rockdrigo, verdad?

—Claro, si ya me presentaste como tu novio, mejor dime si me pongo a lavar tu ropa —los sillones de piel negra aún olían a nuevo.

—Jijiji, eres tremendo, Rockdrigo. Pero primero termina bien con esa niña, y ya después lo anunciamos en la ERES o en el TV y Novelas. —camino hacia el fondo del pasillo.

—Va, va, me late de chocolate. A propósito, ¿dónde puedo enchufarme?

—No, espera, déjame bañarme. ¿Cómo crees que así, toda sucia? —gritó desde el pasillo.

—No hablo de eso. Es para poner a cargar mis aparatos de trabajo.

Salió del pasillo con una bata de baño, sandalias y dos toallas más.

—Ah, espera, traigo una extensión. Pon música mientras.

—¿Te gusta escuchar Rock 101?

—Simón —conectó una extensión junto a su equipo de sonido.

—Gracias, Jennifer.

—Toma, estas toallas son para ti. Me baño yo primero y me arreglo mientras tú te bañas. Tu ropa se ve limpia, pero venir de Cuernavaca en estos días de calor es un infierno.

—Sí, sin problema.

Se dio la vuelta y encendí su equipo de sonido. Tenía una colección amplia de discos, casetes y compact discs. Sabía que era una niña rica; ahora solo faltaba ver si la diversión sería solo por hoy o se extendería días o meses.

Tomé un cenicero redondo de estilo funcionalista, con bandeja giratoria. Lo abrí para ver si alguien más fumaba en casa. La limpieza era impecable. Todas las colillas de cigarros Benson & Hedges Menthol tenían la boquilla manchada en diferentes tonos de lápiz labial, la misma cantidad de suciedad en el filtro por el golpe. Ningún cigarro sin lápiz labial, ni huella de bachitas de mota. Encendí uno de los últimos JPS que me quedaban en el bote, usando el encendedor tipo Zippo que me regaló Kirk. ¡Pinche viejo cabrón, él mismo me puso esta tentación en el camino!, pensé. Fui a la cocina a buscar agua. El refrigerador estaba casi lleno. Había unas Bartles & Jaymes de fresa; las tomé porque saben ricas. Regresé a la sala; los sillones eran súper cómodos.

Esta morra también es de cuna fina, pero por la música que tenía, se notaba que el rock le latía.

—¿Qué fumas, Rock? —su voz se escuchaba en asenso sobre el pasillo.

—John Player Special. ¿Gustas?

—Nunca los había visto en bote de 50. ¿Son de contrabando?

—Yes, claro que yes.

—¿Sabes que los van a prohibir?

—No lo sé.

—Dicen que porque son las siglas de Juan Pablo Segundo.

—Pues qué culeros. El papa tiene buen gusto. Ya me imagino a las monjitas armando los cigarros y rociándolos con agua bendita.

—Jijiji, Rock, eres muy gracioso.

Se inclinó por una botella de Bartles & Jaymes; la bata se atoró y se abrió un poco más de lo debido. Observe que no traía ropa interior. Hice como que no vi nada, en verdad estaba disfrutando el momento.

—Perdón, no te pedí permiso para tomar tus bebidas.

—No, al contrario, adivinaste mi deseo, ¿Eres Brujo? Pensaba pedirte que las sacaras antes de bañarme. ¡Salud! —siguió con la bata entreabierta, una delgadez que se antojaba para llenar a besos todos los días.

—Ya me meto a bañar, entonces.

—Sí. Voy a apagar la música. Mi habitación tiene el baño dentro. Mientras te bañas, platicamos.

Dejó abierta la puerta del baño. Mientras se arreglaba, platicamos de nuestros gustos, miedos, relaciones, adicciones… y llegó la pregunta clave:

—Rock, pero ¿qué paro querían tus amigos?

—Que cantara, supongo.

—¿Tú cantas?

—¡Ah, switch!

—A ver, cántame algo.

—Va que va: "The only one I know / Has come to take me away / The only one I know / Is mine when she stitches me…"

—Espera, voy para allá —entró y se sentó en el escusado.

—¿Todo bien?

—Sí, pero quiero hacer del baño. Continúa, por favor.

—"The only one I see / Has found an aching in me / The only one I see / Has turned her tongue into me / Everyone has been burned before / Everybody knows the pain…"

—¡Órale!, cantas bien. Ah, por eso era la urgencia.

—Sí, pero el volantazo de no ir a la fiesta me ha agradado más.

—¿Qué hora es, Rock?

—Revisa mi reloj.

—¿También puedo revisar tu cartera? Muero por conocer a mi socia, así que buscare la foto con dedicatoria.

—Jajaja, ya te dije que no somos novios. Somos amantes.

—Ay, qué fuerte se escuchó eso. A propósito, ¿por qué usas una agenda como billetera? ¿Eres abonero o qué?

—Es que tiene mucho espacio. El celular que traigo no guarda los números, ni me los sé todos. Además, allí traigo las direcciones a las que voy.

—Ah, estoy revisando… La última dirección que traes es por aquí.

—Sí, es por este rumbo.

—¿Oye, y si vamos con la que no es tu novia?

—¿Para qué?

—Qué tal si ella sabe dónde es la fiesta.

—Mejor le llamamos. Ya sé, márcale si quieres. Busca en la “letra S”; el primer número es el de ella, dice “Sharon departamento 101”.

No creí que fuera a hacerlo, pero lo hizo. Obviamente, Sharon le colgó. Terminé de bañarme, me vestí, tomé mis cosas y Jennifer estaba acostada boca arriba en su cama, revisando los números de mi agenda. Definitivamente era mi día de suerte.

—Tienes un buen de números. ¿Por qué tienes tantas viejas? Me van a madrear entre todas —seguía drogada. Cuando se mete un nuevo producto, siempre viene lo más puro posible; así te enganchas más rápido.

—No, como la mitad de esas diablillas antes eran varoncitos.

—Jijiji, ¿cómo crees? Me estás mintiendo.

—En serio. Las dos personas más cercanas a mi vida han modificado sus cuerpos. Físicamente evolucionaron, pero su alma sigue siendo la misma.

—Qué loco se escuchó eso.

—¿Por qué? Acaso no has escuchado la canción 'Girls & Boys' de Blur.

—Sí, la escuché en Ibiza.

—Entonces, Jennifer, esa agenda tiene una vida como la canción de 'Girls & Boys'.

—Wow, eso sí es muy interesante y revolucionario. "Girls who are boys…"

—Evolución, Jennifer. La Evolución y la revolución son diferentes.

—¿Por qué?

—¿Has leído a los filósofos griegos?

—Sí, pero qué aburrido.

—Ah, bueno, trataré de ser breve para no aburrirte.

—Rodrigo; no soy la niña tonta a la que no fuiste a ver. Dilo, dilo como es. Tenemos mucha vida para estar juntos y poco tiempo para aprender uno del otro.

—Bueno, como dirían los cuentos clásicos: había una vez una época donde la filosofía nos enseñaba la diferencia fundamental entre las cosas, a diferencia de los conceptos modernos, ya establecidos por la revolución industrial y su sistema educativo, que adiestra a las obsoletas máquinas humanas, para alimentar a la nueva maquinaria computacional.

—¡Órale! Eso es como un cuento tenebroso del payaso Brozo.

—Jajaja, sí, tienes razón. Pero regresemos a lo que nos interesa: la evolución y la revolución. Podríamos afirmar, desde la visión clásica de la filosofía, que la diferencia radica en la gradualidad versus la rapidez del cambio. Esos pensadores antiguos —que eran fans de tener jovencitos a su servicio— abordaron el tema, pero obviamente en dicha época no se usaban esos términos con las connotaciones políticas y biológicas modernas.

—Ah, ya entendí lo de los varoncitos.

—Ahora que lo dices, veo que tú también observas a detalle el entorno… Pero, regresando a la evolución: te decía que es un cambio gradual, un proceso ininterrumpido que se asemeja a la idea moderna de evolución.

—Ah, bueno, es que nuestros ancestros no tenían ra-

dio, ni cine, ni televisión para perderse. Así que, mi filósofo de bolsillo, ¿qué más me puedes decir?

—¿Has leído a Heráclito de Éfeso?

—No, la verdad no. Pero tú sigue, yo mientras voy a maquillarme y a ponerme la ropa interior. Así que puedes mirar y hablar al mismo tiempo.

Se quitó la bata, se sentó en la silla de su tocador y comenzó a maquillarse. El mueble estaba frente a la cama, por lo cual, al estar yo sentado podía admirar a tan singular mujer.

—Bueno, te decía que Heráclito de Éfeso habla de la doctrina del "flujo universal" —panta rhei—, donde todo está en constante cambio, simbolizado por el fuego como el arjé o principio fundamental. Este cambio es continuo y natural.

—Ah, ¿y qué más, Rock? —se levantó de la silla, la hizo a un lado, caminó a su clóset y comenzó a abrir cajones.

—También Aristóteles habla del desarrollo natural. Él entendía el cambio —kinesis— como el paso de la potencia al acto, un proceso natural y ordenado, inherente a los seres vivos y al cosmos.

—El cosmos, ¡qué loco! —mientras se probaba diferentes modelos de ropa interior.

—Además, Aristóteles tiene el concepto de la "gran cadena del ser", que sugería una jerarquía natural y un desarrollo progresivo, aunque sin la idea biológica darwiniana de descendencia con modificación.

—Hablando de cadenas, me encanta este conjunto con una que los une, además, así luce mi vientre plano. Ahora deja escojo la falda y medias —siguió abriendo cajones— me gusta tu plática, pero dime, entonces, ¿qué es la revolución?

—Bueno, es un término más de contexto. La revolución es un cambio brusco.

—Perdón por la interrupción. Esta falda de piel tiene el cierre atrás. ¿Podrías subir el cierre, por favor?

Quería que la tocara. Se podría subir el cierre teniendo la falda al frente y después girarla, pero accedí.

—Sí, no te preocupes —me acerqué—. Te decía que la idea de una revolución es entendida como un cambio brusco, radical y a menudo violento. En la época de mis cuates con toga, no tenía un término exacto equivalente al uso político moderno, pero se abordaban ideas de cambio radical o ruptura.

—Gracias. Voy a escoger el calzado y la chamarra. Continúe, profesor.

—Bueno, recordemos que la base de la filosofía está en Platón. Mi compa de los "platós grandes" hablaba de la involución. En obras como el Timeo, consideraba que cualquier desviación del ideal perfecto era un tipo de "involución" o degeneración hacia formas peores, más que un cambio progresivo positivo. El cambio radical solía verse de forma negativa, como un alejamiento del orden cósmico.

—Esos griegos todo lo manejan en base a constelaciones.

—Antes de ellos lo hacían los egipcios, los persas, los judíos y los fenicios.

—Rock, eres una puta enciclopedia. Ojalá un día te des tiempo para escribir un libro de filosofía para principiantes.

—No es para tanto. Me gusta leer, pero no creo que aún pueda poner en orden mis ideas y bajarlas a un libro.

—Ayúdame con los cinturones de estas zapatillas. Son las más altas que tengo.

Puso una silla frente a mí, me senté y subió su zapatilla en el hueco entre mis piernas.

—Continúa, por favor.

—Pero actualmente vemos a la revolución como un cambio político por la injusticia. Si lo vemos como Aristóteles, al estudiar los sistemas institucionales, notaremos que las "revoluciones" son entendidas actualmente como cambios de gobierno o regímenes políticos, debido a su origen en la injusticia y la lucha de clases, resultando en un derrocamiento del orden existente. Eso refleja la naturaleza disruptiva de conceptos modernos como la revolución musical, cultural o sexual.

—Oh, qué interesante, pero aplícalo ya a tu vida. Ahora solo déjame darte algo —sacó de una bolsa una chamarra de cuero, como la de la película The Rocketeer—. Ten *escravo*, póntela.

—Está chingona. ¿Cuánto quieres por ella?

—Me la empeñó un drogo como nosotros, está anexado. Le di 5 días para pagarme; eso fue hace 2 años. Así que ya es mía. Y como vamos a ir con tu putita, quiero que vea que estás bien a mi lado. Pero antes de salir te voy a peinar, a quitarte esos puntos negros de la nariz, y a cortarte las uñas porque las traes llenas de tierra. ¡Ya eres mío, ya te chingaste cabrón!

Capítulo 13: ¿Cuál fiesta?

Tomé algunos de sus CDs y los metí en una carpeta para 50 discos. Salimos con rumbo al sur, abordo del Lincoln Town Car del papá de Jennifer, un auto con placas fronterizas que incluye reproductor de discos compactos y bocinas JBL. Así que la música incidental no faltara para la misión de encontrar la fiesta.

Jennifer comenzó una nueva conversación:

—Rock, ponte algo que vaya con este momento en que salimos a la búsqueda del Arca Perdida.

—Va. Aquí va:

'Nobody gonna take my car / I'm gonna race it to the ground / Nobody gonna beat my car / It's gonna break the speed of sound…'

—¡Pinche Rockdrigo, le atinaste cabrón!

—Un placer, *Diana Rigg*.

—¿Y esa quién es?

—Es una espía de la serie británica *Los Vengadores*. Su personaje era la señora Emma Peel. Te parees un buen

a Ella.

—¿O sea que estamos al servicio de Su Majestad?

—Así es, mi querida radioescucha. *God save the Queen!*

—Soy criolla, Rodrigo. Mi lealtad es con el rey Juan Carlos I.

—Está bien, mujer. Yo no te voy a cortar la cabeza ni a sacarte el corazón. Así que relájate:

'Relax, don't do it / When you want to go to it / Relax, don't do it / When you want to come…'

—Rock, ahora que lo dices… ¿cómo te caerían unos tacos del Borrego Viudo?

—De peluche, mi reina.

La luz del semáforo se puso en rojo. Tiempo que usamos para cruzar nuestras miradas y besarnos, sin importar el sonido de los cláxones al cambiar la luz a verde.

—Me gustas por animal, Rodrigo. Eres un animal.

—Y eso que no me has visto comer, muñeca.

Después de la escala en el Borrego Viudo, pasamos a cargar gasolina. Aproveché para llamar a Sharon. Le comenté que le llevaba unos tacos de su lugar favorito y que una amiga me llevaría a su casa. También pasamos a una vinatería por parque, y luego a una farmacia por preservativos. Me confundió un poco: era la primera vez que una de mis parejas me ponía como condición el uso del condón. Eso me hizo pensar que Jennifer tenía más experiencia sexual que yo. Me agradó, y me aventé a hacer preguntas más directas:

—Jennifer, ¿tienes novio o algún pretendiente formal?

—Sí, de hecho me quiero casar. Pero no ahora. Creo que en unos siete años, cuando tenga terminada mi carrera.

—Ah, muy bien.

—¿Y tú?

—No. Solo es para saber si debo ser discreto cuando te vaya a buscar a tu casa.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, vamos a empezar a poner las reglas.

—Va. Y también pongamos otra canción:

'I'm taking a ride with my best friend / I hope he never lets me down again / He knows where he's taking me / Taking me where I want to be / I'm taking a ride with my best friend…'

—Excelente tema. Mira, hay un chico que me llama la atención. No como tú. Tú me gustas, pero no podrías darme el nivel de vida que yo tengo. Ese chico, sí. Aunque no sé si él quiera esperar tanto tiempo. Se fue a estudiar a Inglaterra, y yo no tengo un cinturón de castidad para esperarlo. Ese acuerdo es algo que mis padres y los de él, han ido maquinando desde que éramos niños.

—Ah, muy bien. Sin problema. Solo tenme al tanto de él y de tus papás.

—De eso no te preocupes. Ese departamento es mío. Mis papás viven en San Pedro Garza García, y el auto de mi papá lo tengo yo, porque el mío aún no lo tienen

listo en la agencia. Anota en tu agenda que el próximo lunes llame para saber si ya esta.

—¡Entendido y anotado! Pero déjame decirte que es un auto muy cómodo. Tiene buen gusto tu papá. Te deberías quedar con el auto nos puede servir para robar un banco. Y hablando de buen gusto:

'Money, get away / You get a good job with more pay and you're okay / Money, it's a gas / Grab that cash with both hands and make a stash / New car, caviar, four star daydream…'

—¡Va, robemos uno antes de que los desertores del partido oficial lo hagan! Pero regresando al tema tú venme a ver a la hora que quieras. Es más, te voy a dar un duplicado de llaves. Solo no lleves a tus putitas ni a tus amigos. El espacio es para nosotros.

Nota mental: *Aún no tenemos sexo y ya me está dejando entrar de lleno. No sé, se me hace raro. Pero me voy a arriesgar. De que me viole una mujer como ella, a que lo haga un grupo de pendejos, mejor ella.*

—Enterado. Ya vamos a la mitad del camino, así que nos seguimos de frente:

'With that skill that was hers alone / She drove her clutches into me / I was dumbfounded…'

—Rock, eres bueno para seleccionar las canciones. Yo ya dije mis reglas. ¿Cuáles son las tuyas?

—No sé. No tengo reglas. Mi vida es como el movimiento de una **Caosfera**. Creo que el encierro me hizo daño; no me adapto a nada. Pero me gusta la buena compañía, y tú hoy me has hecho el día muy

bueno.

—¿Por qué?

—Hoy tuve tres rechazos. De tres personas muy importantes para mí.

—No te preocupes, claro que tendremos sexo. Pero no ahorita. Además, ya te dije que vamos a pasar un buen tiempo juntos. Estuve viviendo en Madrid y Barcelona casi tres años; ya nada me asusta. Aprovechando el semáforo, me toca a mí ponerte una canción. Dame la carpeta de los discos.

—Toma.

—No Jennifer, no es el sexo lo que me importaba hoy. Mira, recordarás que nos conocimos hace unas horas en el autobús. Venía de ver a una amiga, con su prima de mi amiga tuve una hija. Fue su segundo cumpleaños. Nunca la había visto, y la verdad, me dejó un calor en el pecho cuando la cargué, que no tiene comparación con nada.

—A ver, espera. Déjame orillar, porque me acabas de meter una flecha en el corazón.

Se orilló, apagó el auto y el reproductor de CDs.

—A ver, Rodrigo, ¿Cómo que ya eres papá? Me tienes intrigada, te envían mensajes, te marcan al celular. ¿Vendes droga o eres un proxeneta? No seas culero dame chamba, el efecto tequila nos pego a todos.

—Jajaja, házmela buena, no vendo droga, ni tampoco administro esclavas de Europa oriental. Pero con res-

pecto a lo importancia de ser padre yo dudaba de serlo. Ese calor y tranquilidad que me dejo la niña, me hizo darme cuenta de que sí soy su padre. Pero no se si vuelva a verla. —Sacó dos cigarros **Marlboro Lights**, los prendió con el encendedor del carro y me dio el primero.

—Entonces desgraciado infeliz, ¿no te piensas hacer cargo de la niña? —me miró con un dejo de desprecio.

—No es que yo no quiera. Es una historia muy larga de contar. Y en esa historia involucra a las dos señoras que fui a ver primero. Y a la mamá de la bebé… la vi por accidente. Realmente, a quien iba a visitar es a la chica que vamos a buscar para ir a la fiesta.

—A ver, Rodrigo, ya me confundiste más. O sea, ¿eres un mujeriego? —su cara cambió a una expresión de asombro total.

—No, no es así. Necesitaría platicarte toda la historia completa —dio una intensa jalada al cigarro y sacó el humo con fuerza— claro, si quieres escucharla.

—Rodrigo, por supuesto que quiero escucharla, pero después. Hoy quiero ver a mi rival. A mí nadie me cuelga y me deja hablando como loca en el teléfono.

Sacó un disco, me devolvió la carpeta, encendió el auto y metió el CD.

—Pensaba ponerte una canción, pero eso de tener una hija me hizo cambiar de opinión:

'Welcome to your life / There's no turning back / Even while we

sleep / We will find you…'

—O sea, ¿que te la vas a madrear?

—No. Solo quiero que me vea contigo.

—Ya me estoy arrepintiendo, no la conoces ¿Y si se avienta del edificio por celosa la muy loca?

—No te preocupes. Traigo una pala en la cajuela. Si gustas tu la puedes recoger.

—Eres una mujer muy perversa.

—No es cierto, ¿cómo crees? Pero sí tengo un traje de látex, látigo, cadenas y esposas para ti.

—Jajaja, qué divertido. Ya mejor vamos a regresarnos a tu casa.

—No. Primero, la fiesta. A propósito, esa dirección queda por el restaurante Arroyo.

—Sí, unos minutos después.

—Ya recordé. Sí, ya sé dónde es.

Sharon —antes Tini— tenía un escondite secreto en el marco de la puerta de su departamento, donde dejaba las llaves. Las tomé y entre con Jennifer. Le pedí que se sentara en la sala mientras yo iba a la recámara. Sharon, para variar, se estaba haciendo pequeños cortes en los brazos con una hoja de afeitar. No los hacia muy profundos, era parte de su show para llamar la atención.

—Nena, deja de hacer eso, por favor.

—Yo ya no soy tu nena, Rodrigo Enrique.

—A ver, ven, acércate, chiquita. Déjame curarte.

—No, no quiero. Ya no puedo, ya no puedo. No soy feliz. No soy tan fuerte como tú.

—Sharon, vengo con una amiga. ¿Te gustaría hablar con ella? Creo que te haría bien hablar con otra chica de tu edad.

—¿Quién es ella? ¿es una de tus putitas? “La bebé empezó a llorar: ¡bua, bua!".

—No Sharon, no es nadie que tu conozcas. Voy por mi amiga para que puedas llorar con otra mujer de tu edad a gusto.

Fui a la sala y le platiqué brevemente a Jennifer la situación de Sharon.

Las presenté y decidí salir. Encendí el televisor para ver CNN; siempre pasan algún evento que cambia el mundo. No sé en qué momento me quedé dormido, hasta que Sharon fue a despertarme.

—Osito dormilón, me voy a cambiar para ir a la fiesta.

Jennifer venía tras ella.

—Eh, loco, vamos por el parque. Tomemos algo en lo que Sharon se arregla.

Fuimos al auto por las cervezas.

—Gracias por hablar con Sharon.

—Fue increíble lo que me contó.

—Qué bueno que la escuchaste. No sé cómo ayudarla.

—Es toda una mujer. Me sorprendió con su actitud. Es muy linda.

—Sí, es un amor de niña.

—Así que tú la defendías en la escuela cuando le tiraban carrilla.

—Sí, aunque en esos días usaba ropa masculina, siempre su actitud era femenina.

—Ella sigue enamorada de ti, Rock. Pero sabe que lo de ustedes ya no es igual.

—Así es. Ya crecimos los dos. Vamos a cumplir 10 años de conocernos.

—Oye, ¿y qué onda con su mamá? Le llamó. Dice que te anda buscando, que le urge que vayas. ¿Entonces también andas con su mamá?

—No, ya no. Un tiempo sí.

—Te voy a presentar a mi madre, a mi hermana y a mis primas. Para que no me engañes con otra, con otra que yo no conozca, cabrón.

—Jajaja, no digas locuras, no es algo que me enorgullezca, lo que ha pasado con su familia de Sharon.

—Rock, me tendrás que contar todo. Pero que crees, se me olvido que pasáramos por hierba, ¿tendrá mostaza mi socia?

—No se, me imagino que si. Ese ultimo novio Argelino de Sharon la hizo drogadicta.

—si, se nota que le gusta el rock and roll.

Al regresar al departamento, Sharon ya tenía la dirección de la fiesta y algo mejor que la cola de borrego, un cubito de **Charas** para después.

Abrimos unas cervezas, y brindamos como si una fuera la inauguración de una cofradía de inadaptados. subimos al auto con la emoción por la aventura. Teníamos que ir a la colonia Narvarte, así que era más fácil regresar por Tlalpan, ya que en Insurgentes hay muchos semáforos. Valeria me llamó al celular; ya estaba más tranquila. Jennifer le sugirió a Sharon usar una blusa de manga larga para cubrir las gasas que le había colocado sobre el isodine. No tenía ni la más mínima idea de lo que hablaron, pero se notaba que Sharon estaba mejor. Y Jennifer resultó también tener caballos; así que las escaramuzas platicaban entre ellas, mientras yo venía callado, escuchando sus anécdotas. Llegamos a la dirección.

Había un grupo de personas recogiendo el equipo de luz y sonido. Bajé del auto.

—Buenas noches don. ¿Aquí es la fiesta de Charly?

—¿cual fiesta? —me respondió el don.

—Sí, jovenazo. Pero ya terminó. —me dijo otro don.

Regresé al auto. A pesar de la noticia, el ánimo seguía en pie, aunque la meta se había esfumado, nunca faltan las ideas cuando tres almas están en sincronía.

—¿Cómo ven si vamos al Rockotitlán? —dijo Jennifer.
Saco tres cigarros.

—Ya son las 4. Mejor vamos con mi mamá. Allí apenas empieza lo bueno —rió Sharon.

—¿Mujeres que les parece si mejor vamos a Garibaldi? Allí nunca termina la fiesta además podemos conectar material del bueno —sugerí y aceptaron.

Capítulo 16: Perro con dueña nueva

El amanecer en Garibaldi fue el inicio de un nuevo clan que se estaba forjando alrededor de Jennifer. Nos bajamos la peda en el mercado de San Camilito. Después del mediodía aprovechamos para comprar más "alquimia oscura" en el Callejón de la Amargura. Regresamos al ático de Jennifer, la fiesta para los tres duró el resto de la tarde y la noche. Obviamente, después de liberar nuestras pasiones Jennifer y yo, dormimos unas horas.

Desperté porque tenía ganas de orinar. Jennifer estaba perdida en el sueño; ni siquiera sintió cuando me paré. Salí del baño y recordé que Sharon dormía en la recámara contigua. Me acerqué y vi que no se había quitado la ropa para dormir; solo se había cubierto con un edredón. Se veía tan tranquila. Creo que Jennifer le habría ayudado bastante con sus palabras.

Regresé a la habitación, mi nueva dueña seguía tal y como la dejé. Yo ya estaba mas despabilado, vi que en el suelo había varios empaques de preservativos y los globos usados amarrados. Los levanté para tirarlos al bote de basura. Sentía la comezón del sudor seco y decidí darme un regaderazo. Comencé a cantar motivado por esa extraña felicidad fugaz: *Three days was the morning / My focus three days old / My head, it landed / To the sounds of cricket bows…*

Jennifer entró a la regadera. Venia rechinando los dientes y temblando por la intoxicación de todo lo que consumimos. Los poppers que nos regalo Sharon, fue lo ultimo que nos metimos, eran nuestro primer regalo de Bodas.

—Rock, me duele la cabeza.

—También tomas como esponja.

—Dame un beso.

Nos dimos un quico pequeño y húmedo.

—Buenos días. Déjame bañar contigo.

—Adelante. Solo que yo me baño con agua fría, solo así despierto.

—Sí, ya me di cuenta. Abre la caliente.

—¿Por qué te bañas con agua fría?

—Me acostumbré.

—Ah, perdón, se me olvidó lo del encierro.

—No te preocupes, amor. ¿Así está bien de caliente?

—Otro toque más.

—A ver, así.

—Listo. Lava mi cabello.

Giró para darme la espalda, se puso de rodillas y me dio la botella de shampoo.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—No sé. Pero saliendo de bañarme le quiero llamar a

la señora Nastya, después a Valeria, y luego ya veré qué hago. ¿No te estoy tallando muy fuerte?

—No, así me gusta. Dame otra lavada de shampoo. Después te baño yo a ti.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Platicar con Sharon. Tenemos mucho que platicar. Yo también necesito una amiga para ir por un helado y ponchar mota.

—Me imagino. A ella siempre le ha hecho falta una amiga.

—Ahora, el enjuague. Pero hazlo más suave.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Qué hacemos para desayunar?

—¿Qué tienes en el refrigerador?

—Debe de haber comida casera. La señora que viene a limpiar prepara aquí su alimento. Siempre me deja dos porciones de cada plato que cocina. O también podemos salir a comer, en eso tu dime, los hombres siempre comen mas.

—En cuanto terminemos, despierto a Sharon para compartir.

—Es muy madura. No tomó a mal que la enviara a dormir a otra recámara.

—No, de hecho la vi muy tranquila.

Estando hincada, se giró hacia mí.

—Dame el jabón y el estropajo. Te quiero lavar esos enormes pies.

—No te vayas a picar un ojo.

—No, mejor me quedo muda. Jijiji. Toma, ayúdame a pararme, ya me entumí.

—¿Quieres que te talle la espalda?

—Sí, pero suave, nada mas no me ataques por la retaguardia.

Aventó su cabello hacia adelante, lo sujetó con sus manos y vi una obra de arte impresionante en su espalda.

—Está increíble tu tatuaje de Medusa.

—Me lo hice en Madrid. ¿Y tú por qué, estando preso, no te tatuaste? No usas piercings. Eres muy extraño.

—No se me antoja. Además así te atrapan mas fácil.

—Se ve que peleas seguido. Tienes muchas cicatrices.

—Sí, pero ningún impacto de bala. Aún.

—Ahora, híncate para que te lave ese cabello de corte militar. Te lo vas a dejar crecer. No quiero que te lo cortes.

—Sí, mamá.

—Chistoso. Conmigo te vas a andar derechito. Nada de trampas. Yo sí te meto unos plomazos.

—Sí, mi amor, me voy a portar bien.

—Envolviste los condones en papel.

—No.

—A la próxima, los envuelves en papel sanitario. ¿Qué tal si entra Sharon y los ve?

Salimos de la regadera. Ella con su bata de baño, yo con una toalla en la cintura. Me cortó las uñas de los pies, sin querer me corto de más y me hizo una pequeña herida en el dedo, me puso una curita. Me vestí y fui a despertar a Sharon.

—Nena, despierta —acaricié su cara.

—Buenos días, Ro —puso sus manos sobre las mías.

—Vamos a desayunar lo que hay en el refrigerador.

—Amor, júrame que no vas a lastimar a Jennifer.

—Es una sádica. Más bien, ella me va a hacer ver mi suerte.

—Jijiji, Ro, mi Ro. No sabes cuánto te agradezco que hayas regresado por mí. Ahora ya también tengo una amiga.

—Sabes que solamente si me encierran, no iría a verte. Porque cuando muera, vendré en las noches a jalarte de las orejas —le jalé las orejas, como le gustaba.

—Ay, Ro, no. Tú ya tienes novia. Sabes que me enciendo.

—Estoy jugando. Ve con Jennifer, te va a dar ropa para que te cambies. Estás llena de vómito.

—¿Y esa camisa de L7? No te la vi ayer.

—Será antier. Me la regaló Jennifer; le quedaba grande.

—Está igual de delgada que yo. Creo que somos de la misma estatura. Me tengo que comprar unos tacones más grandes. Me sentía yo una enana junto a ella. Y tu junto a nosotras te veías tan chiquito.

—Sí, los que te pusiste eran muy chicos. Después le dices a Vanesa que te lleve a donde compra sus zancos.

—Sí, para verme como una mujerzuela. Así podre tenerte encerrado en un hotel de paso.

—Insistes en pararte con Dorian y Patsy, ¿verdad?

—Sí, me quiero vengar de los hombres.

—Sharon, la calle no es para ti.

—Te voy a pagar para que me defiendas.

Entró Jennifer con una de mis botas; la estaba boleando.

—Sharon, acompáñame a mi recámara. Quiero ver si te gustan unas prendas que aún no estreno.

Excelente. Tenía que bajar al auto por las botellas de agua mineral. Necesitaba hidratarme.

El conserje me comentó que movió el auto porque estaba realizando una mudanza; un nuevo inquilino argentino había llegado con su pequeña niña. Saqué las botellas. Ver a la niña de la mano de su padre, caminado por el pasillo, me hizo recordar a Lilith. Al fin entendí que un borracho como yo no, es sano para ella.

Capítulo 17: El nuevo club

La comida que había en el refrigerador no bastó para la ambrosía de esta carambola de tres bandas, así que tuvimos otro pretexto más para salir. Nastya me invitó a cenar a su casa para entregarme los recibos que debía firmar Valeria. Le comenté que estaba cerca y que Sharon estaba conmigo. Me dijo que la llevara, que quería saludarla, y que podía llevar a mi amiga sin problema. No sé qué la hizo cambiar de actitud a Nastya, porque al llegar nos invitó a pasar al comedor del jardín. Había una gran mesa a un lado con un suculento bufet que nos cayó de perlas.

Era la segunda vez que comía *borsch*, una sopa sustanciosa de remolacha, *kartoplia* (patatas), zanahorias, col y carne de ternera, servida caliente con una cucharada de *smetana* (crema agria). También preparo *holubtsi*, hojas de repollo rellenas de una mezcla de arroz y carne picada, cocidas en una salsa de tomate con champiñones. *Deruny*: tortitas de papa rallada y frita, con *smetana*. Su famoso *syrniki*, un postre ligero de panqueques de requesón, y a un lado frascos con miel y mermelada para agregar al gusto. Unos *nalysnyky*, deliciosas crepes rellenos de *smetana*, *tvorog* (requesón), carne, fruta y eneldo, una hierba aromática prima del perejil cuyas hojas finamente divididas dan un sabor anisado y fresco. También había *varenyky*, empanadillas hervidas rellenas de patatas y cebolla frita, carne, *tvorog* y cerezas, servidas con mantequilla y crema agria. No conocía la delicia del *salo*, grasa de cerdo curada, servida con pan de centeno y ajo. Otro desconocido para mí era el *ikra*, un puré de berenjenas asadas con tomate, ajo y cebolla, servido con pan. Y por último, *uzvar*, una bebida

dulce hecha de frutas secas como manzanas, peras y ciruelas.

Nastya le pidió a Sharon que se sentara a su lado derecho, Jennifer a su izquierda, y yo quedé al frente.

—Se me olvidó decirles que, si gustan café, té, agua, gaseosas, vino, cerveza o algo más fuerte, lo pueden pedir —dijo mientras dos señoras uniformadas comenzaban a servir agua en las copas.

—Yo si. Quiero una copa de **Bollinger Grande Année**, el café después —dijo Sharon.

—Yo prefiero una copa de **Chivite Colección 125 Gran Reserva**, y una taza de Té de manzanilla —mencionó Jennifer.

—¿El café es de grano? —pregunté a Nastya.

—Sí Ro, solo tomamos del café de Indonesia que distribuimos —se paró, fue a la mesa donde estaban las bebidas, tomó la prensa francesa y ella me lo sirvió— es del mismo que dimos en la boda de Eugenia. Señora Mary, sirva un vaso de agua con hielo para que Ro pueda paladearlo bien.

Qué raro. Nunca me había llamado "Ro". Y jamás la había visto servir a nadie que no fuera Kirk o sus hijas.

—Muchas gracias, Nastya. Me gusta porque tiene un sabor dulce, suave, con notas de chocolate y caramelo, con muy poca acidez, gracias a la digestión enzimática del *"luwak"*. —Nastya regreso con la prensa francesa a la mesa. Cogió el coñac *Rémy Martin Louis XIII* de Kirk. Era un hermoso decantador de cristal de

Baccarat, con una sabrosa sustancia de tipo *Grande Champagne*, envejecida entre 40 y 100 años. Sirvió dos copas y paso a dejarme una.

—Me tendrás que cantar una canción al rato, Ro. De preferencia la que cantaste en la boda.

—Claro, Nastya, era *Gema* la canción.

—¿Cómo está tu madre, Sharon? —hizo la pregunta, mientras sus fríos, ojos calculaban la distancia del disparo. De nuevo esa mirada que solo tienen los sicarios.

—Bien, está muy bien.

—¿Y tú?

—Más o menos. Bueno, me sentía mal, pero Jennifer me ha hecho sentir mejor. —Nastya giro de abrupto 45° hacia la izquierda.

—Siento que te conozco, Jennifer. Déjame recordar, ¡ya se! ¿Tu padre es el accionista mayoritario de Autobuses de Lujo de México?

—Sí, así es.

—Hace unos años nos invitó a invertir en ese mercado. Con el desmantelamiento y posterior quiebra de los ferrocarriles, será un buen negocio. Solo espero, que el sindicato lo termite de rematar, con un padrón fantasma y el despojo de prestaciones a obreros legítimos. Jennifer, te daré una buena gratificación para que me hagas una cita con él.

—Sí, será un placer para mí.

—¿Y tú, Sharon, ya decidiste qué hacer con la escuela?

—No, aún no.

—A Ro no le pregunto, porque él es bohemio. Espero que algún día sea un gran Artista, porque cantante, poeta o escritor puede ser cualquier cretino. Solo es de mirarlo. Observen; con un vaso de agua con hielo, tiene para ser feliz —Jennifer y Sharon rieron discretamente— Ro, ¿ya habías probado mi menú?

—Sí, solo los *varenyky*. Kirk siempre llevaba un portaviandas con las empanadillas separadas de la mantequilla y la crema agria. Las probé frías y me encantaron. Ahora que las he probado calientitas, me han gustado más.

—Kirk te apreciaba mucho. Por eso voy a necesitar de ti un tiempo más.

La plática continuó, más enfocada en el entorno empresarial y familiar de Jennifer.

Mi radiolocalizador sonó y me avisó que le marcara a Valeria. Pedí permiso para retirarme unos minutos. Nastya me pidió que le llamara desde el estudio, pero Kirk ya me había advertido que las llamadas eran grabadas. Debido a la delicadeza de su negocio, había mandado a un ingeniero en electrónica que le hiciera un adaptador para la línea telefónica. El teléfono tenía una salida de audio (jack de 3.5 mm) que se enchufaba a la entrada de micrófono de una grabadora de casete. Esta detectaba el inicio de una llamada y comenzaba a grabar automáticamente en cintas de audio. El ingeniero modificó la velocidad de la grabadora para que

una cinta de 90 minutos durara 6 horas.

Desconecté el micrófono y le marqué a Valeria.

—Hola, Valeria.

—Ro, ven.

—No puedo. Estoy cenando con Nastya.

—Me acabo de enfadar con Vanesa. Le dije que se fuera. No quiero estar sola.

—No puedo por ahora.

—Está bien. Ven cuando puedas. Pero no vengas con Sharon. No quiero verla. Me traicionó —colgó.

Regresé a la mesa. Las risas de las tres mujeres eran maravillosas. No sabía de qué se reían, pero cuando regresé callaron.

—Ya listo. Una disculpa.

—Ven, Ro —dijo Nastya, poniendo su mano en mi brazo al sentarme— aunque es un animal salvaje, ante una mujer se doblega. Ya casi no hay hombres así. ¿Saben lo que me dijo? Que si podía entrar a la iglesia conmigo. Jamás Kirk me lo preguntó. En eso, él es muy noble.

—Sí, es amable —añadió Jennifer— me ayudó a cargar mi guitarra. Ya venía yo muy cansada. Transmite confianza.

—Nunca ha dejado que me hagan daño —dijo

Sharon, su voz un hilo— aunque en estos diez años de conocerlo, solo podría decir que es buen amigo.

—Gracias —solo dije eso. No era necesario más.

Capítulo 19: Del paraíso al infierno

Jennifer fue a ver lo de su auto, tiempo que aproveché para ir a hacer mi trabajo. Solo era entregar unos papeles a Valeria, firmar de recibido y salir de allí a la brevedad. Seguía peleada con Vanesa, a quien me encontré con un cliente, cuando lo estaba sacando de su departamento, porque se le acabo el dinero. Pensaba decirle que me acompañara, pero Vanesa se veía bien *chocha*, y con un drogo que no puedes controlar, tampoco puedes confiar ni contar para nada.

Mi matrona Jennifer, me había sujetado con cinta canela una tira de preservativos en la muñeca. Literalmente me dijo:

—Es trabajo. Si te la tienes que coger para que firme, cógetela. Pero con condón, cabrón. A mí no me vas a enfermar.

Así que tenía que enfrentarme a esa mujer que se había transformado en un monstro por la droga, el fracaso, o ambas cosas.

—¡Mira que sorpresa! Pero si es el mismísimo Señor Rodrigo Granda, bienvenido. Que gusto que la Señora Nastya, te envíe a intimidarme —estaba recién bañada, cubierta solo con una bata de seda rosa.

—¿Qué tal, Valeria? —Me besó en la boca y metió su mano con un puñado de billetes en mi pantalón.

—Qué bueno que veniste. Siéntate, ya sabes que estás en tu casa —fue a su recámara y regresó con la caja negra.

—¿Y cómo estás Valeria? —por primera vez, sentía miedo de ella.

—Yo, bien arrecha. Con ganas de que me poseas como antes. Caperucita tiene muchas ganas de que se la coma el lobo —me empezó a masajear las piernas.

—Sabes que no he venido a eso, y que Nastya necesita que firmes de recibido. De lo contrario, iniciará un juicio de desalojo y no podrás usar ya este departamento.

—Rodrigo Enrique, que aburrido te has vuelto, pensé que venias a cogerme y a drogarte. Sí, te los voy a firmar. Pero dame unos besos antes. Saque la caja negra, sabes que me encanta cocinar para ti —Valeria aprendió a cocinar Crack, guardaba su kit en una caja negra con forma de cubo.

—No, Valeria, no puedo. Ya tengo novia.

—¿Tú tener novia? Ninguna mujer decente que conozca el amor propio andaría contigo. Tú solo andas con prostitutas o drogadictas que te dan lo que les sobra. Solo sirves para fornicar, no sirves para otra cosa.

—Te acuerdas que un día me dijiste, que me consiguiera una muchacha más joven para casarme con ella. Déjame decirte que ya la encontré.

—¿Y yo qué? Como si no pudieras fornicar con las dos.

Anda, ya quítate la ropa, además me vas a necesitar para la cuarentena.

—No es eso Valeria. Pero desde que murió tu papá, Nastya confía en mí para que sus negocios funcionen.

—Solo te está usando. Como todas. Tú eres un perro para mi familia. No tardas en fornicar con ella por unas monedas, o un poco de comida.

—Entonces, si de mujerzuelas estamos hablando, eso te incluye a ti también —saqué los billetes y los aventé al suelo— no sé qué te pasó. Pero es el último mandado que vuelvo a hacer para ti y tu familia.

—No, no, Ro. Yo, aunque no lo creas, sí sentí una llamarada por el hombre que me demostraste ser. A mí nunca se me va a olvidar que la última vez que me golpeó el malnacido padre de Tini, casi lo matas. Yo quería que lo mataras. Pero no. No tienes la sangre fría para estar en mi mundo.

—No digas tonterías, Valeria. Yo estaba muy encabrónado por los años que pasé guardado, y si a tu ex-esposo le tocó pagar los platos rotos, eso es aparte.

—Lo debiste haber matado. Por culpa de sus golpes aborte. Por eso odio a mi sobrina, ella te dio lo que a mi me tocaba darte.

—Lilith no tiene la culpa de nuestra locura

— Yo sí quería ese bebé para formar un hogar contigo. ¡Lilith nunca estará contigo, yo si!

—Estás loca, Valeria.

—Sí, estoy loca Rodrigo Enrique. Estoy loca desde niña. Las cosas que veíamos juntos, las veía desde niña. Los espectros, los fantasmas, los arcontes, el ojo flotando —comenzó a jalarse el cabello.

—Valeria, yo te creo. Sé que lo que vimos es real. Lo construimos juntos en base a nuestro sufrimiento. Pero yo, ya no puedo estar contigo.

—¿En serio, Rodrigo Enrique? ¿En serio es el final? ¿Quién es la piruja por la que me cambias? —metió la mano en uno de los asientos del sillón.

—No, no es el final. Pero tengo que regresar con esas firmas, y no quiero que te quedes en la calle.

—¿Crees que soy vieja para andar trabajando en la calle? Con mi cuerpo y belleza, no sabes lo que he ganado en los últimos meses —se agachó por el dinero, abrió mi mochila y lo guardó.

Me levanté del sillón, tomé mi mochila y me dirigí hacia la puerta. Comencé a bajar por las escaleras y ella empezó a gritar:

—¡Hijo de tu puta madre! ¡Estás muerto para mí desde este momento! —salió Vanesa, toda paniqueada de su departamento.

—Vanesa, te encargo a tu vieja. Después vengo a hablar contigo —Vanesa la sujetó, ya que venía tras de mí con un picahielo.

Salí del edificio. No con miedo —no era el primer piquete en mi vida—, sino molesto, no con ella, conmigo. Me fui un rato a ver las chácharas, aprovechando la cercanía con el

Mercado de la colonia Portales, quería enfriarme la cabeza. Varias cosas del departamento estaban en los puestos de antigüedades; es normal, los drogos siempre saben de dónde sacar dinero. Pensé en comprar una de esas cámaras desechables que vendían en las farmacias para mostrárselo a Nastya, pero no le vi sentido. Decidí regresar con ella y contarle lo que pasó. Así que a caminar, las mujeres que me rodean, nacieron en automóvil, pero yo no.

No supe cuanto tiempo me tomo llegar a la casa de Nastya, por alguna extraña razón, era la primera vez que salía a la calle sin reloj. Después de un café y un vaso de agua con hielo, le platique lo que paso, a lo que ella me dijo:

—Muy bien, Rodrigo, muy bien. Te felicito. Sé que resistir la lujuria de Valeria no fue fácil para ti. Me llamó cuando saliste. Está muy asustada. La droga la dejó más loca de lo que ya era de niña. Guarda el dinero que te dio; te hará falta para solventar el efecto tequila.

—Nastya, no quiero que pienses que soy un cobarde, pero quiero llorar. Te quedé mal.

—Claro. Ven. Llora conmigo. A ti te falta una madre que te desee abrazar para que llores como un niño.

Eso mismo me dijo Valeria: "Ven a llorar como un niño".

Lloré unos minutos. La sensual viuda me abrazaba, haciendo presión hacia sus pechos. Sus manos acariciaban mi cabeza, mi cara, mi cuello. Comencé a sentir una erección. Paré de llorar y le dije que ya no quería trabajar con ella. Sentía que no era el lugar correcto y que mi tiem-

po con la familia había terminado.

Me sugirió regresar en tres días. Me lleve el celular y el radiolocalizador, la renta del equipo ya estaba cubierta. No quería perder el contacto conmigo. Me dio varios billetes —no puse atención en ese momento de cuánto eran— y salí corriendo como un niño asustado al departamento de Jennifer.

—Hola, mi amor. Qué bueno que te di las llaves. ¿Cómo te fue? —me recibió en su bata de baño, en la recámara.

—Mal.

—¿Cómo que mal? ¿Lloraste? Se nota que lloraste. ¿Qué le pasó a mi chiquito mi amores?

—Valeria se puso bien loca.

—¿Entonces no te firmó?

—No.

—¿Pero por qué lloraste?

Le conté todo lo que había pasado. No sabía qué hacer, no tenía ganas de nada.

—Amor, te voy a preparar un café. Quítate la ropa para que te bañes. Hoy vamos a usar la tina para estar más cómodos.

Jennifer fue a la cocina, comencé a quitarme la ropa. Antes de ir con Nastya, habíamos pasado por la casa de mi madre por mis pocas posesiones. Ella ya las había guardado con su ropa. Mis otras botas ya estaban boleadas, mis chama-

rras colgadas y mis relojes, junto a sus botellas de perfume, en su tocador.

La fui a buscar a la cocina; estaba en el teléfono inalámbrico. Por lo que escuché, la platica era con Nastya. Jennifer sirvió el café y lo llevó a la sala. Me senté y ella se recostó sobre mí. Seguía charlando de lo que había pasado. Yo trataba de entender en qué momento pasamos del paraíso al infierno. Como fue que el Crack nos destruyo, y nunca nos dimos cuenta, de como el mundo caminaba de otra forma.

Jennifer finalizó la llamada con Nastya:

—Dice tu matrona que vayas en tres días, y que en cuanto puedas, le caigas con Sharon para que firme ella de recibido.

—Sí, está bien.

—¿Qué te dolió más? ¿Que te diera dinero para que falsificaras la firma, o que te quisiera chingar con un picahielo?

—No pensé eso. Me acostumbré a su dinero.

—Te quiere mandar a matar. Te considera un traidor. ¿a propósito y la tira de condones?

—Me la corto Nastya en el despacho. No le hagas caso a lo que dice Valeria, solo son palabras.

—Sí, eso no lo dudo. Ya estaba mal de la cabeza, y tanta verga que le diste la dejó peor.

—¿Cómo crees? ¿De dónde sacas tanta jalada? No sabes como me duele verla así.

—Me lo dijo Sharon. ¿Sabes lo que es para una mujer estar casada y que tu marido no te haga caso en 11 años? tú la volviste la zorra que ahora es.

—Sí, me consta que su esposo ni un beso le daba.

—Llegas tú, jovencito, confundido entre lo que es una mujer y un afeminado, y ella pensó que te hacía un favor dándote entrada. Pero le gustaste. Y luego, drogadicta, la viciosa se acostumbró a tenerte allí para satisfacerla. ¡Con razón tienes la verga morada y hambrienta! Además, a ti ya te gusto lo bueno, lo fino, lo caro, solo espero que no eches a perder el negocio.

—¿Y qué más te dijo Sharon?

—Casi la mitad de tu vida. Así que a mí, no podrás manipularme, con el delicioso juguete que andas regalando —se levantó del sillón y llevo el teléfono a la base— bueno, no es velorio lo que pasó. Vamos a la tina. Te daré un buen baño, tomaremos vino, fumaremos *Mois* y nos daremos unos jalones de polvo. Después, si se me apetece, parchamos, sino, vamos con Sharon.

—Está bien. Lo que tú digas.

Era evidente, que el pretexto de bañarme, era darse cuenta si había algún resto de cabello, lápiz labial, una mordida, rasguño o fluidos corporales de Valeria. Darme alcohol y diferentes drogas era para debilitar mis emociones, mi resistencia. Era una tortura elegante para sacarme la verdad.

—Ponte de pie. Quiero lavar mi nuevo juguete, ni los reyes magos me han traído algo tan rico, para meterlo

en mi zapatito.

—Todo bien.

—Sí. Así se fue, así lo dejé yo en la mañana. Regresa a tu lugar perro. —*Ven, se los dije*.

Me lavó los pies y revisó mis dedos, mis uñas. Sabía que el departamento de Valeria siempre estaba sucio, pero mis pies estaban limpios.

—Muy bien. Ahora sí te creo. Vamos a fumar el gallo. Guardé el dinero en tu nueva cartera, se ve gorda, así como te gustan las señoras. Tienes tres días para limpiar esa agenda, se va a ir a la basura a falta de chimenea. Puedes conservar los teléfonos de la familia de Nastya; mis papás van a hacer negocios con ella. Te compre una nueva agenda que hace juego con tu cartera, también un nuevo celular que guarda 10 números y contrate un nuevo servicio de localización ¿Alguna objeción?

—No.

Solo dije no. No era necesario decir más.

Capítulo 21: 5723

Era la primera vez que me sentía verdaderamente cansado. Después de cumplirle a Jennifer y de pasar con Sharon, tenía que regresar con Nastya. Así que, las nuevas “mejores amigas” me dejaron en el número 16 de la calle Ajusco. Ellas se fueron a Centro Coyoacán para comprar ropa. Como son niñas ricas, el "efecto tequila" no les había perjudicado; al contrario, su riqueza parecía haberse duplicado con la energía del despilfarro.

Nastya estaba en el despacho con unos accionistas argentinos de **YPF**. Habían venido a contratar sus servicios para comprar bienes raíces en México. Mientras ella hacía negocios, yo me entretuve en la biblioteca del viejo Kirk. Como todo buen millonario, él sabía que la biblioteca personal es el centro neurálgico del poder. Sus libros estaban inventariados, con fichas bibliográficas como en las grandes bibliotecas. Así que primero regresé a su ubicación el libro *Pasaporte a Magonia* de Jacques Vallée. Después, una revista cubana de nombre *Social*, dirigida por el caricaturista, periodista y editor Conrado Walter Massaguer. También tenía pendiente devolver el libro de Artemio de Valle-Arizpe: *Por la vieja calzada de Tlacopan*. Y aunque Valeria me dejaba entrar a leer, antes y después de la muerte de Kirk, **no soy hijo de un delegado sindical de Ferrocarriles Nacionales de México para robarme hasta los clips de una oficina**. Por eso tenía pendiente devolver los libros. Pero hoy quería revisar una sección que normalmente estaba cerrada por una reja. Por alguna razón, ese día estaba abierta. Un presidiario como yo siente cierto amor por cruzar el umbral de las rejas abiertas.

Tomé el libro *Constitutions Of The Antient Fraternity Of Free And Accepted Masons*. "Tendré que aprender inglés primero para leer esta belleza del año 1723", pensé. Aunque arriba venía otra fecha: 5723. *Qué loco. ¿De qué hablará este libro que huele a más de dos siglos y medio?* Entre esos bloques de memoria de papel, también encontré *Símbolos Fundamentales De La Ciencia Sagrada*, de René Guénon. Evoque a Kirk, tenía un carrito para la biblioteca, así que fui por él. Comencé a buscar más libros, pero en idioma español. No sabía quién era Mircea Eliade,

pero un libro titulado *Herreros y alquimistas* sonaba a aventura medieval. Otro libro interesante: *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, venía dedicado por **Peter Hans Kolvenbach, S.J.**, superior general de la Compañía de Jesús. Uno mas: La **Santa Biblia** en su edición católica, creo que era la misma edición que me regaló Valeria.

Pero el viejo Kirk, en su sabiduría infinita, no solo tenía libros en esa sección. Había una serie de libretas de notas personales que hacía en base a sus análisis. De su puño y letra: notas sobre *The Lantern of Diogenes: or a Modern Examination of Morality and Enlightenment*, de Adam Weishaupt. Apuntes de *On Materialism and Idealism*, también de Weishaupt. Encontré un trabajo engargolado, escrito a máquina: *La Huella De Los Dioses. La Evidencia Sobre La Civilización Perdida De La Tierra*, de Graham Hancock. Calculé que esa área tendría unas mil piezas.

Salí unos minutos para fumar; era la única condición que me exigió el viejo Kirk el día que me invitó a pasar a leer. Aún recordaba que allí leí *El misterio de las catedrales*, de Fulcanelli, una edición con pastas de cuero e ilustraciones. Mientras fumaba en el patio sentado en la fuente pensé:

Ojalá yo pudiera tener una biblioteca así. Pero a los 14 años aprendí que no hay destino ni futuro para mí. No tiene caso soñar ni anhelar nada. Lo mejor es ir al día y a ver qué pasa.

En ese momento salió Nastya al patio de la mansión:

—Roderik, qué bueno que entendiste mi mensaje, al dejar la puerta abierta —tomó mis cigarros y el en-

cendedor. Yo ya fumaba Raleigh; los JPS cada día eran más difíciles de encontrar.

—Sí, siempre quise entrar a esta parte de la biblioteca.

—Creo que yo también debo usar más esos libros.

—Nastya, quería saber, si puedo seguir presentándome a leer.

—Sí, ya sabes que puedes venir cuando gustes. Vamos primero al despacho, quiero que me entregues los papeles —apagamos los cigarros.

Le entregué las firmas que se requerían por parte de Sharon. Pensé que le molestaría dejar la rúbrica con su nombre de varón, pero no hubo ningún problema. Ver a Nastya en el escritorio del viejo Kirk, resolviendo todos los problemas para sacar el barco adelante, era una imagen de una Mujer poderosa.

—Muy bien Roderik, muy bien, no hace falta nada. Me encanta tu trabajo —era la segunda vez que la veía sonreír.

—Gracias por la confianza, también quería disculparme por lo del otro día. –volvió a sonreír, y comenzó a cepillar su cabello.

—Roderik, sabes… Kirk siempre quiso tener un hijo con el que pudiera pescar, ir de caza, beber. Pero como bien sabes, solo tuvo hijas, más las gemelas a las que trató como su verdadero padre. Las hijas de su primer matrimonio solo tuvieron mujeres, y la primera nieta también tuvo una mujer. Así que, aun-

que fue poco el tiempo en el que te acercó a los negocios de la familia, créeme que te ganaste su respeto. Así como el mío.

—Sí. Siempre supo lo de Eugenia, lo de Tini, lo de Valeria. Nunca me hizo un reclamo.

—Yo también lo sabía. Siempre decía que tú, sin tener un centavo, te habías metido con más mujeres y gays que él en toda su vida, a pesar de todo su dinero —se me escapó una sonrisa— a propósito, ya viene el café y unas empanadillas que hice especialmente para ti.

—Muchas gracias, Nastya.

Entró una señora que nunca había visto, con una charola sobre un carrito de servicio.

—Roderik, no te puedo dejar ir. Sé que eres rebelde, inestable, y no sé cuánto tiempo Jennifer te soporte. Ella es joven, tiene lo que quiere en cualquier momento. Te echará a la calle como lo hizo Valeria, me temo que nunca vas a superar ese tipo de relaciones.

—Sí, lo sé. Pero no tengo opción por el momento.

—Ahora estarás más cerca de mí. Como sabrás, las gemelas solo vendrán en vacaciones y yo tengo que resolver todos los problemas que Kirk dejó. Por ello necesito contar contigo unos meses más.

—Sí, por supuesto —tomé un sorbo de café y mordí la empanadilla.

—En una hora necesito que me acompañes a recoger

una nueva camioneta. Iremos a Valle de Bravo a ver una de las casas. Tomaremos fotos, video y llevaré nuevo personal para hacer limpieza.

—Sí, ¿hoy también iremos a Valle de Bravo?.

—Efectivamente. Pero no te preocupes, Jennifer ya está enterada. Ya estoy lista para salir contigo a trabajar —regresó la señora, mientras se pintaba los labios— Roderik, te presento a la señora Mary. Ella y su hermana irán mañana en autobús. No irá el chofer; lo despedí en la mañana. Para mí, manejar es algo que me encanta. Además, me agrada mucho platicar contigo.

Jennifer y Nastya estaban en la misma frecuencia, ya que Doña Mary traía mi nueva maleta de viaje. Pasamos por la Suburban a la agencia. La anterior, extrañamente, se la habían robado al chofer en el estacionamiento de Plaza Universidad. Los cerillos del supermercado vieron bajar al chofer y entregarle las llaves a otro sujeto. El **Loquillo**, uno de los ahijados del Comanche, ahora cubría esa zona como policía judicial, le dio tres cachazos en la cabeza. Lo que bastó para que dijera dónde estaban desmantelando la camioneta. Nastya era más peligrosa que Kirk. Le dio al Loquillo un Centenario, para tirar al chofer al Río de los Remedios, con el tiro de gracia. De ella nadie se burlaba, nadie se reía.

Viajamos por la carretera un lunes por la tarde hacia Valle de Bravo. Nastya tenía el control del volante, de una forma tan majestuosa; que parecía, que la camioneta era una extensión más de su cuerpo. No andaba preguntando si pasaba o no. Podía hablar y encender los ci-

garros sin necesidad de pedírselo a nadie.

—Toma, Roderik. Espero te gusten mis cigarros, son suaves, no son los de un hombre rudo como tú — fumaba Marlboro de cajetilla dura, y su lápiz labial quedó marcado en el filtro.

—Gracias, Nastya. Saben ricos.

—Llegando a la casa, abriré un par de habanos y los deleitaremos con un coñac.

—Será un honor para mí.

—Te quería preguntar por el gay que le dicen Vanesa.

—Sí, adelante. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué lo dejaste acercarse a Valeria?

—No, yo no se lo presenté. Vanesa vive en el departamento de abajo. Ese departamento era de un periodista, del cual Vanesa fue su pareja. Creo que se lo dio para que lo dejara en paz.

—¿Pero cómo se conocieron?

—Vanesa es amiga de Dorian, una sobrina del Comanche. Se conocieron en las escaleras del edificio, después se encontraron en La Morelos, en un punto comprando material, y de allí se hicieron amigas.

—Roderik, ¿tú sabes cómo me conoció Kirk?

—Sí, pero me contó muy poco.

—Yo nací en el Donbás, pero viví mi infancia en Cuba, mi padre era Químico, Yo soy Químico también, antes

de la caída de la Unión Soviética. Fui a Alemania del Este a estudiar y ejercer mi carrera profesional, en aquel lugar conocí al papá de las gemelas. Escapamos juntos y llegamos a Nueva York. El hambre nos llevó a hacer trabajos que no me avergüenzan.

—Te entiendo, un presidiario como yo, no es que carezca de moral, pero el hambre, desconoce esa palabra —giro levemente la cabeza para encontrar su mirada brillante con la mía.

—Se que solo tú, me ayudaras a entender cuál es la mejor opción para Valeria. Es increíble que una mujer de 40 años se enamore de un joven de 19 años. Ella por ti, vendería su cuerpo para tenerte encerrado en un hotel de paso.

—No me gusta esa idea. Pero por lo que me dijo Vanesa, ya se está prostituyendo también por droga.

—Sé que no lo dices por lo moral. Pero lo que te afecta, Roderik, es que la conociste de otra forma, en otro tiempo. Si fuera otra persona sin futuro como tú, ya estarías de su chulo.

—Sí, así es. La verdad no quisiera esa forma de vida con ella. Una cosa era estar juntos y drogarnos, pero con ella no me atrevería a vivir de su cuerpo.

—¿Por qué? Yo bailaba en un club, trabajé en las calles, y gracias a Kirk, salí de ese infierno. Lo que quiero es, que me apoyes a hacer el intento de ayudarla.

—Tendríamos que platicar con Tini… bueno, con Sharon.

—Hablando de Sharon, ¿Te hiciste análisis de sangre cuando te saliste del departamento?

—Sí. Traía los resultados en mi agenda. Al tercer día que conocí a Jennifer los encontró.

—Me lo dijo el día que la llevaste. Nos dio alegría a las dos que estés bien. Pero también miedo de que regreses con Valeria, yo le sugerí la pulsera de preservativos, así trabaja yo en las calles de New York.

—Jennifer es una mujer muy extraña.

—Es como te gustan: jóvenes, bellas, ricas, adictas. La traes loca, por eso. Pero piensa que en el futuro será como Valeria si tú le dejas consumir en exceso.

—Tienes toda la razón en eso. Pero es demasiado posesiva; no creo que se detenga a futuro.

—No te lo digo porque me interese su salud. Lo que me interesa es que su padre me deje entrar a su negocio. Por eso te pido discreción. A ella no le importa lo que su padre haga; mientras más dinero le deje, es lo que le interesa. Si tú te conformas con solo sexo, es tu decisión. Legalmente, ya eres un hombre. Y aunque Eugenia se haya casado con un gay de clóset, ella no le dirá a Lilith la verdad. Tini no lo creo, pero Valeria sí.

—¿Y si la anexas? Fuera de México.

—Excelente idea. Veo que Lilith sí te importa, aunque nunca la veas crecer. Pasaran los años y será para ti solo una anécdota. Tú no estas programado para

> echar raíces —dijo, mirándome de reojo— Vamos a parar a comer algo. Hay un lugar donde suelen comer los pobladores. Es sencillo. Aprovechemos que las señoras llegarán en autobús mañana. Además, quiero preguntar sobre unas hierbas que necesito para una poción que pienso regalarte.

Valeria y Sharon me habían advertido sobre lo peligrosa que era Nastya: homofóbica, bruja y ex nudista. No me intimidaba su pasado, ni tampoco tenía problema, por su decisión de mandar a dispararle a la rata que le chingó la camioneta (que, irónicamente, se la pensaba regalar por cinco años de servicio). Era fría, vengativa y extremadamente hermosa. Solo le interesaba el dinero. Todo lo que dijo antes, era una forma de demostrar, que ella era una forma de inteligencia superior, de decirme que podía acercarme más a ella… pero cuando ella lo exigiera. Cuando yo menos me lo esperara.

Nastya tomo un camino de terracería, después de unos minutos, nos estacionamos frente a una pequeña casa tipo rustica, en la puerta estaba una señora con un increíble parecido a la Señora Mary. Bajo de la camioneta, me pidió esperar y camino hacia la casita. En ese momento recordé que Sharon me dijo de qué se reían en la mesa aquel día. Así como los hombres platicamos de cómo tenemos relaciones con la zorrita con la que todos andan, Sharon les platicó las embestidas que les metía a ella y a su mamá. Y como solo había tenido una vez sexo con Jennifer, le bastó a Nastya, para darse cuenta de que también podía divertirse conmigo. Usarme y tirarme en el momento que se aburriera.

«Continuará...»

EPILOGO

Lo que el archivo no guarda: memoria como remezcla

Este libro —este *Re MiX*— no es un final.
Es una fisura.

Una puerta entreabierta en el muro de lo que se cuenta y lo que se calla, entre lo institucional y lo íntimo, entre la herida y la palabra que la nombra. Aquí no hay redención, ni moraleja, ni cierre. Hay ecos. Voces que regresan desde el encierro, desde el barrio, desde la correccional, desde la mansión, desde el cuerpo transformado, desde la pantalla de neón y desde el sueño químico. Voces que se tocan, se superponen, se contradicen, se reconocen.

Rodrigo, Pato/Patsy, Diana, Tini/Sharon, Valeria, el Comanche, el Globie, Dorian, Jennifer… no son solo personajes. Son coordenadas en un mapa de resistencias y fracturas. Sus historias no se explican con teorías, pero las teorías —las que citamos al final de cada capítulo— tampoco se entienden sin sus historias. Este proyecto es ese cruce: la experiencia vivida y la reflexión académica no como polos opuestos, sino como dos modos de escarbar en la misma herida.

La memoria, en estas páginas, no es un álbum fotográfico. Es un acto de montaje. Un *Re MiX*. Recortamos fragmentos del archivo personal, colectivo, histórico, y los pegamos junto a referencias académicas, citas legales, datos urbanos, canciones, visiones alucinadas. ¿Por qué? Porque la verdad de una vida no está en el documento oficial, ni en el diagnóstico clínico, ni en el expediente judicial, ni en el titular del periódico. Está en el intersticio. En lo que queda entre línea y línea, entre recuerdo y olvido, entre el cuerpo que sufre y la palabra que lo traduce —o lo traiciona—.

Este libro es, en sí mismo, una fuga. No la fuga física de la correccional —que falló—, sino la fuga narrativa. Escapar del relato único, del género fijo, de la identidad inmóvil, de la culpa impuesta, de la violencia normalizada. Fugarse hacia una voz múltiple, contradictoria, transgresora. Por eso el texto no se limita a contar: interviene, comenta, remezcla, contextualiza, académiza, poetiza. Por eso incluimos bibliografía junto a confesiones crudas, notas editoriales junto a diálogos callejeros.

¿Y ahora? Ahora este archivo respira fuera de sus cajas de polvo. Viaja a tus manos.

La memoria, dice Sokoły en el prefacio, "se convierte en futuro". Este futuro no es una promesa. Es una pregunta. Una invitación a leer no como quien consume una historia, sino como quien se reconoce en sus grietas. A remezclar, a tu vez, tu propia memoria con la de estos personajes. A escuchar lo que tu propia correccional —física, emocional, social— te ha dejado silenciado.

La voz principal, no corta abruptamente un nombre: *"—¿Qué tal, Val…"*. No es un error. Es un guiño. La historia no termina. Se interrumpe. Como la fuga, como el viaje, como la identidad, como la ciudad misma. El relato sigue corriendo por debajo, como el gran canal pestilente que van a entubar, pero cuyo olor persiste.

Que este libro no te deje intacto.
Que te recuerde que toda lectura es, de algún modo, transgresora.
Que toda memoria, cuando se comparte, se convierte en archivo vivo.
Y que todo archivo, cuando se remezcla,
puede volverse
un arma
de futuro.

—El colectivo Re MiX
(Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena)
Corporación Ciudad de México / Nueva Babilonia, 2076

Nota editorial final

Este libro no constituye una edición definitiva.

Lecturas Transgresoras · Re MiX · Libro I es una **configuración provisional** de un archivo vivo. Una forma entre muchas posibles. Un gesto de activación, no de clausura. El material que aquí se presenta —escrituras, fragmentos, voces, silencios— ha sido reunido, intervenido y dispuesto a partir de decisiones situadas en el tiempo, el afecto y la lectura.

El archivo original de Rodrigo Granda no se agota en estas páginas. Tampoco se fija. Permanece abierto a nuevas lecturas, remezclas, desplazamientos y reapropiaciones. Lo que el lector tiene entre las manos no es un monumento, sino una **herramienta**: un artefacto narrativo diseñado para circular, resonar y mutar.

Esta edición responde a un principio claro: **no corregir el pasado, sino hacerlo legible desde el presente**. Por ello, se han conservado contradicciones, zonas incómodas, quiebres de tono y ambigüedades de autoría. No todo está explicado. No todo está señalado. La indeterminación forma parte de la ética del proyecto.

Las intervenciones Re MiX —notas, contextos, desplazamientos conceptuales— no buscan domesticar la voz original, sino ponerla en diálogo con otras miradas, otros cuerpos y otras temporalidades. El resultado no sustituye la escritura de Rodrigo Granda: la expande, la reactiva y la proyecta hacia futuros posibles.

Esta publicación se rige por una licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0, entendida no solo como un marco legal, sino como una **posición política**. Este libro puede ser copiado, compartido, remezclado y transformado, siempre que se respete la atribución y se preserve el espíritu de acceso abierto que lo anima.

Futuras ediciones de Lecturas Transgresoras podrán diferir de esta: incorporar nuevos materiales, reorganizar capítulos, sumar voces o alterar el orden propuesto. Ninguna versión cancelará a las anteriores. Todas coexistirán como capas de un mismo proceso.

La memoria aquí no se conserva: **se usa**. No se archiva para el pasado: **se activa para el porvenir**.

Este libro termina, pero el archivo continúa.

Glosario – Lecturas Transgresoras Re Mix

Aclaración preliminar

Este glosario reúne términos potencialmente transgresores — anglicismos, nahuatlismos, jerga carcelaria, caló urbano, tecnicismos, coloquialismos y registros marginales, tecnológicos o académicos— **sin traducir ni normalizar**. Se contextualiza su uso dentro de la narrativa de **Rodrigo Granda** y sus **re mezcladoras**. No se fija sentido: se **transmuta**.

Glosario alfabético general

A

Afrodisíaco — (Griego *aphrodisiakós*) Sustancia que estimula el deseo sexual.

Algoritmo — (Árabe-latino) Procedimiento matemático/computacional.

Apando / Arena — (Jerga carcelaria mexicana) Celda o espacio de castigo/aislamiento.

Apretón — (Modismo) Saludo de mano.

Arjé — (Griego) Principio originario de lo existente (presocráticos).

Arrecha — (Coloquial, México) Excitada sexualmente.

Axón — (Biología) Prolongación de la neurona.

Azteca — (Nahuatlismo) Referencia identitaria, a veces coloquial o despectiva.

B

Bacha — (Caló) Colilla/resto de marihuana.

Bambi (es sí) — (México) Afirmación juguetona.

Baywatch — Serie televisiva estadounidense.

Bisnes — (Anglicismo adaptado) Negocios, a menudo ilegales.

Blur — Banda británica ("Girls & Boys").

Borrega — (Jerga) Quien corre rumores falsos.

Bosticaron — (Jerga carcelaria) Dijeron de forma brusca/irónica.

Bote — (Jerga) Recipiente para fumar crack/piedra.

Bro — (Anglicismo) Amigo.

Brozo — Personaje televisivo mexicano.

C

Cacique — (Náhuatl) Líder/influyente; en prisión, figura de poder.

Cacharro — (Coloquial) Objeto viejo.

Cafre — (Coloquial) Violento/grosero.

Cagada — (Vulgar) Error grave.

Carnal — (Caló) Amigo cercano.

Cassette / Casete — Soporte magnético; memoria regrabable.

Chafa — (México) De mala calidad.

Chamba — (México) Trabajo.

Chapería — (Jerga) Autos tuneados o de lujo.

Charola / Placa — (Jerga policial) Identificación.

Chavito — (México) Joven.

Chido — (México) Genial.

Chingadazos — (Vulgar) Golpes.

Chingón — (México) Excelente; también ofensivo según contexto.

Chisme — (Coloquial) Rumor.

Chota / Tira / Tamarindo — (Jerga mexicana) Policía.

Chornozem — (Ucraniano/Ruso) Suelo negro fértil; uso simbólico.

Chueco — (México) Ilegal.

Click- fwoosh — (Onomatopeya) Encendedor/consumo.

Clica / Clika — (Jerga) Célula base de pandilla.

Cocol — (Jerga carcelaria) Conflicto.

Corolario — Conclusión.

Correccional / Tutelar — Institución de reclusión/protección juvenil.

Crack — Droga; también "excelente".

Criolla — (Histórico) Ascendencia europea nacida en América.

Cuate — (Náhuatl) Amigo.

Culo — (Vulgar) Trasero.

D

Deja vu — (Francés) Sensación de repetición.

Desmadre — (México) Caos/fiesta violenta.

Dopamina — Neurotransmisor del placer.

Drakkar Noir — Perfume (80/90).

Drogadicto — (Técnico) Persona con adicción.

DSM- 5 — Manual diagnóstico psiquiátrico.

E

Élite — Grupo dominante.

Éxtasis / MDMA — Droga sintética.

Eyacular — (Técnico) Expulsión de semen.

F

Facha — Apariencia.

Fayuca — Contrabando.

Fetiche — Objeto de deseo.

Ficheras — Mujeres que trabajan en bares.

Fierro — (Jerga) Arma.

Folie à deux — Psicosis compartida.

Fornicar — Tener relaciones sexuales.

Fuga — Escape físico o simbólico.

G

Gacho — Malo.

Garra — Ropa.

Gasparín — Apodo/alias.

Gorila / Guarura — Guardaespaldas.

Gorra Gris — Pandilla.

Gringa/o — Estadounidense.

Guaracha — Género musical.

Güey — Amigo/despectivo.

Güila — (Despectivo) Mujer joven.

H

Hardware — Componentes físicos.

Hebb, ley de — Plasticidad sináptica.

Hippie — Movimiento contracultural.

I

Implante — Dispositivo corporal.

Interfaz — Punto de interacción.

Internet Archive — Archivo digital abierto.

Iusacell — Telefónica mexicana (referencia temporal).

J

Jalón — (Jerga) Inhalar/consumir; también "ride".

John Player Special — Cigarros británicos.

Joto/Jotito/Jota — (Despectivo) Hombre homosexual.

Juda — (Jerga) Policía Judicial (en desuso).

Junior — Joven de clase alta.

K

Karma — Causa- efecto.

Kinesis — Movimiento.

L

Lascivo — Lujurioso.

Leperada — Grosería.

Liminal — Umbral.

Lobas — Presos peligrosos.

LSD — Droga alucinógena.

Lumpen — Clase marginal.

M

Madriza — Golpiza.

Maleante — Delincuente.

Mamar — Beber/fastidiar.

Mariguanos — Consumidores de marihuana.

Mayate — (Despectivo) Usos carcelarios variables.

Micky Mouse — Referencia cultural.

Motivo — Impulso/objeto de consumo.

Mota — Marihuana.

N

Naco — (Despectivo) Gusto vulgar.

Nafta / TLCAN — Tratado comercial.

Nalgona — Nalgas grandes.

Narco — Narcotraficante.

Neurotransmisor — Sustancia sináptica.

Ninfómana — Deseo sexual excesivo.

Nodo — Conexión (redes/poder).

O

Oxitócica — Hormona del apego.

P

Padrote — Proxeneta.

Pandilla — Grupo barrial.

Panta rhei — "Todo fluye".

Paisa — Origen rural.

Peda / Pedo — Borrachera/problema.

Pegar — Consumir droga.

Pendejo — Insulto.

Perico — Cocaína.

Piedra — Crack.

Pirata — Ilegal/falsificado.

Pirruris — Presumido clase alta.

Porro — Grupo de choque universitario.

Prepa — Educación media superior.

Psychosis — Psicosis.

Punk — Movimiento musical.

Puro — Cigarro de marihuana / auténtico.

Q

Quebrado — Sin dinero.

R

Raza — Gente/grupo.

Reclusorio — Prisión.

Retobada/o — Rebelde/respondón.

Ruta 100 — Transporte CDMX.

S

Sádica — Disfrute del dolor ajeno.

Sapo / Soplón — Informante.

SARS- CoV- 2 — Virus COVID- 19.

Serotonina — Estado de ánimo.

Set and setting — Contexto psicodélico.

Shofar — Cuerno ritual.

Sicario — Asesino a sueldo (etimología romana).

Speed — Anfetamina.

Swatch — Marca de relojes.

T

Talonear — Cobrar/pedir; prostitución.

Tarot de Marsella — Baraja esotérica.

Teporocho — Borracho crónico.

Tetra Pack — Envase.

Thalía — Referente pop 90s.

Trans / Transgénero — Identidad no cis.

Tranza — Estafa.

Trillizas — Personajes.

Trucha — Alerta.

V

Vasopresina — Hormona social.

Verga — (Vulgar) Pene/interjección.

Viejas — Mujeres.

Vinatería — Tienda de vinos.

Vivienne Wimmler — Nombre propio.

VIV — Conciencia artificial del libro.

Z

Zafar — Escapar.

Zorra — (Despectivo) Mujer promiscua.

Zurdo — Izquierda política.

Anglicismos y prácticas culturales

AI / Artificial Intelligence — Conciencia no humana (VIV).

Archive — Archivo vivo.

Copyright — Marco legal tensionado.

Creative Commons BY- NC- SA 4.0 — Licencia abierta.

DJ — Remezclador.

Remix / Re MiX — Método narrativo.

Sample / Samplear — Tomar fragmentos.

Track — Pista/capítulo.

Conceptos teóricos y políticos

Archivo vivo — Archivo activo.

Memoria activa — Herramienta.

Transgresión — Cruce de límites.

Violencia institucional — Violencia del Estado.

Identidad, cuerpo y género

Disforia (de género) — Malestar identidad- cuerpo.

Patologización — Convertir identidades en enfermedad.

Travesti — Identidad histórica latinoamericana.

Referencias y topónimos

Nueva Babilonia — Ciudad simbólica futura.

Re MiX — Proyecto editorial.

Nota final

Este glosario permanece **abierto**. Como el libro, puede crecer, mutar y remezclarse.

Guía de personajes — Lecturas Transgresoras Re Mix

👤 PROTAGONISTAS PRINCIPALES

Rodrigo Granda (Rodrigo Enrique / "Roderick" / "Ro" / "Ruy" / "Rambo")

Rol: Narrador y protagonista.

Origen: Creció en contextos marginales del D.F.

Trayectoria: Desde el Tribunal para Menores hasta la inmersión en círculos de poder y élite.

Características: Observador, resiliente, busca afecto y pertenencia en medio de la violencia y el desarraigo.

Relaciones clave: Pato/Patsy, Valeria, Sharon/Tini, el Comanche, Jennifer.

👥 PERSONAJES DEL MUNDO CARCELARIO Y MARGINAL

Pato / Patsy

Rol: Amigo íntimo de Rodrigo en la correccional.

Transformación: De adolescente varón a mujer trans (Patsy).

Características: Sobreviviente, leal, conoce las reglas no escritas del encierro.

Relación con Rodrigo: Compañerismo en la fuga fallida y después en la calle.

Diana

Rol: Personaje trans en la correccional, antes y después trabajadora sexual.

Características: Fuerte, protectora, hábil para negociar en el sistema.

Relación con Rodrigo: Amistad, y protección mutua.

El Comanche (Comandante Pérez)

Rol: Jefe intermedio de la Policía, tío de Pato, figura de poder en la correccional y después en el barrio.

Características: Violento, pragmático, protege a los suyos pero también los usa.

Relación con Rodrigo: Lo toma bajo su protección, casi como un ahijado.

Ray "el Rata"

Rol: Hijo no biológico del Comanche, acobardado y oportunista.

Características: Traicionero, busca aprobación, vive a la sombra del poder.

Función narrativa: Representa la falsedad.

La banda de "Los Muñecos Diabólicos"

Trucutrú, Filósofo, Montoya, Loco Erick, Donkey, Román, Globie, Pastas, Dodger

Rol: Compañeros de Rodrigo en la correccional.

Destinos diversos: Muerte, cárcel, ejército, religión, desaparición.

👨👩👧👦 PERSONAJES DEL MUNDO DE LA ÉLITE

Valeria

Rol: Madre de Sharon/Tini, esposa maltratada, mujer de clase alta.

Características: Elegante, atormentada, busca escape en el alcohol, drogas y Rodrigo.

Relación con Rodrigo: Inicialmente maternal, luego sexual y emocionalmente dependiente.

Sharon / Tini

Rol: Hijo/hija de Valeria, persona trans, amigo de la infancia de Rodrigo.

Características: Sensible, confundida, lucha con su identidad de género y el rechazo familiar.

Relación con Rodrigo: Amor no correspondido, amistad compleja.

Abuelo Kirk

Rol: Patriarca de la familia, empresario, aliado del Comanche.

Características: Poderoso, astuto, liberal pragmático y miembro de una fraternidad secreta.

Relación con Rodrigo: Lo adopta simbólicamente, lo usa como herramienta social.

Nastya

Rol: Viuda del Abuelo Kirk, profesora universitaria.

Características: Fría, inteligente, misteriosa.

Relación con Rodrigo: Solo un empleado para trabajos sensibles o especiales, hay tensión sexual no explicitada.

Eugenia

Rol: Prima de Sharon, hermana de Zaira y Pamela.

Características: Clasista, conflictiva, se casa por conveniencia.

Relación con Rodrigo: Desprecio inicial, luego conexión oculta.

Jennifer (“Gasparín”)

Rol: Joven de clase alta, hippie, nueva pareja de Rodrigo.

Características: Libre, intelectual, drogadicta funcional.

Relación con Rodrigo: Conexión emocional y sexual.

🔁 **PERSONAJES SECUNDARIOS CLAVES**

Vanesa

Rol: Prostituta trans amante de Valeria.

Características: práctica, sobreviviente.

Relación con Rodrigo: Rivalidad por la atención de Valeria.

Dorian

Rol: Sobrina del Comanche, Estilista y trabajadora sexual, amiga de Diana y prima de Patsy.

Características: Extrovertida, protectora, conectada.

Relación con Rodrigo: Breve relación sexual, amistad.

Señor Stelecki

Rol: Esposo de Valeria, padre ausente y violento.

Características: Machista, adicto, representante del fracaso familiar.

Doctora Vorsterman

Rol: Médico en la correccional.

Características: Compasiva pero limitada por el sistema.

Relación con Rodrigo: Le brinda cuidado médico y algo de humanidad.

🧠FUNCIONES NARRATIVAS Y TEMÁTICAS

Personaje	Representa	Tema principal
Rodrigo	El superviviente que busca identidad	Trauma, pertenencia, memoria
Pato/Patsy	Transición y autenticidad	Género, transformación
Valeria	Prisión dorada y dependencia	Violencia de género, adicción
El Comanche	Poder corrupto y paternalismo violento	Ley, protección, corrupción
Sharon/Tini	Búsqueda de identidad en un entorno hostil	Disforia de género, rechazo
Abuelo Kirk	Capitalismo depredador	Poder económico, Liberal Financieroismo
Jennifer	Libertad aparente y nueva posibilidad	Reinvención, amor posible

📌NOTA RE MIX

Esta guía refleja la **complejidad relacional y temática** del texto, donde los personajes no son arquetipos fijos, sino **entidades en transformación**, cruzadas por el **tiempo, la violencia y la memoria**. Cada uno es un **nodo en una red de afectos, traumas y supervivencias** que el Re MiX busca no juzgar, sino **comprender en su contexto histórico y emocional.**

Si algo de esto te pertenece, llévatelo.

El archivo sabe soltarse.

Ex Typographia Phaneinthymos

Luna del Lobo. 3 de enero, 2026; Año de las 13 Lunas Llenas

Personal Library
Rodrigo Granda
333

A family archive reborn.

Curated with love by Sokoły Granda Ananeva, this collection preserves the voice, images, and legacy of Rodrigo Granda. Memory becomes future.

"What was once lost now breathes again — through the eyes of a daughter, memory returns as light."

Este libro no busca obedecer. Respira fuera del margen,
se inclina sobre lo prohibido y escucha lo que el canon prefirió callar.
Lecturas Transgresoras es un laboratorio poético donde el texto
se fragmenta, se remezcla y se rebela. Aqui, lo consuetudinario
no dicta ley: se cuestiona, se desarma y se vuelve materia viva.
Cada lectura es una fisura en el hábito, cada transcripción
una herejía luminosa.

"Si alguna vez sospechaste
que la literatura podía ser un acto
de insurrección suave —pero
irreversible—, sostienes el objeto correcto.
Atrévete a cruzar. Lo demás ya no será igual.

Desde los diarios originales de Rodrigo Granda,
esta obra se despliega como un palimpsesto
contemporáneo: voces que dialogan,
se contradicen y conspiran.

INNA-NEVA, Sokoły, VIV y
Xi-Mena no interpretan: invocan.
Reescriben desde el cuerpo,
la memoría y el futuro inmediato.

Este no es un libro para leer en silencio.
Es para ser activado.

TRASMVTATO
books

CC BY NC SA

ARTALDEASENS